

INDICE

Cuentos

21 Carlos Gardini Cesarán las lluvias
25 Angélica Gorodischer De cómo cinco aventureros...
53 Luisa Axpe Principio y fin
67 Eduardo Abel Giménez Quiramir
77 Mario Levrero Los reflejos dorados
105 Philip K. Dick Suspensión deficiente

Artículos

45 Isaac Asimov Los sueños de la ciencia ficción 57 Pablo Capanna Armagedones y guerras galácticas 81 John Sladek Los nuevos apócrifos

Historieta

118 Jacques Tardi El demonio de los hielos

Entrevista

39 Angélica Gorodischer

Secciones

3 Crónicas terrestres 19 Este número 127 Correo 130 En próximos números

Tapa de Raúl Fortín



cronleas terrestres



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Escapándole a la (gran) bomba

La posibilidad de que Europa se convierta en el campo de batalla de una digamos, Tercera Guerra Mundial, ha vuelto a poner de moda el tema de la Bomba Atómica v Cómo Evitarla. Un equipo de franceses está elaborando un manual exhaustivo sobre el arte de sobrevivir a sus efectos, no desprovisto de humor, del que han ofrecido algunos adelantos en la prensa, con datos y sugerencias que conviene tener en cuenta.

En Francia, por ejemplo, hacerse de un buen refugio antiatómico cuesta alrededor de 150.000 francos. Si uno es de los que prefieren el "hágalousted-mismo". puede consequir los materiales en 50.000 francos y dedicarse a construirlo en los fines de semana. Para promocionar sus productos en una época recesiva que hace dificil incluso la venta de algo tan imprescindible como un refugio antiatómico, una firma ofrece un modelo que sirve a la vez de piscina cubierta (cuando no hay guerra) y de refugio (cuando la hay). Cartesianamente, el equipo de investigadores (integrado proguente) per la Castel, Camille Scalabre y Jean-Marc Orsini) señala la embarazosa situación de tener que vaciar en tiempo record cuarenta metros cúbicos de agua en plena alerta roia.

La lista de elementos imprescindibles abarca unos cien artículos, desde colchones hasta abrelatas y una Biblia. En cuanto a los elementos para pasar los ratos de ocio, los autores aconsejan, en primer lugar, unir lo útil a lo agradable y dedicarse a accionar la manivela del aparato mecánico para renovar el aire (salvo que se cuente con grupo electrógeno). Desaconsejan, en cambio, aparte de lo obvio (las distracciones al aire libre), los rompecabezas (muy malos para la sangre fría), los juegos estratégicos, y pasatiempos que pueden parecer nofensivos y acarrear tristes consecuencias, como el "scrabble" o las palabras cruzadas. "Si aparecen términos tales como "casa", árbol", "flor", 'animales', la moral arriesga descender a nivel cero", aclaran.

Se incluye además el porcentaje de seguridad de diversos países, tomando como base la existencia de reales refugios antiatómicos, construidos para resistir los tres efectos de la Bomba: mecánicos (onda de choque), térmicos y radioactivos. La lista es la siquiente:

China: porcentaje secreto, pero al parecer eficaz.

caz. Dinamarca: protección del 52 %.

Francia: 0 %. Gran Bretaña: 0 %. (¡Nos sentimos menos solos!, comenta el equipo de investigadores franceses.)

Holanda: 15 %. Israel: 100 % (1). Noruega: 42 %. Alemania: 3 %. Suecia: 88 %. Suiza: 80 %. U.R.S.S.: 68% oficialnente.

U.S.A.: 47% oficialmente.

Los compiladores aclaran que en todos Jos casos eligieron los porcentaies más baios si había más de una fuente informativa, para no dar falsas esperanzas. Y como consejo principal ante la eventualidad, recomiendan estar bien leios de donde caiga el siniestro artefacto, o sea en el campo, en una aldea. "En todos los buenos manuales de protección. el capítulo consagrado a los efectos de la explosión atómica comienza invariablemente con la siquiente frase: Dada la hipótesis de una bomba que explota en una linea vertical en relación a la torre Eiffel (o al Empire State, poco importa)... Como han leido, no se trata del campanario de Saint-Léonard-en-Champagne (o Chañar Ladeado, para Argentina. N. de E.E.G.), o del palomar de la grania del tío Mathieu. Hay incluse objetivos privilegiados."

Visto y considerando los datos aportados, el hecho de que América Latina ni siquiera figure en la lista de porcentajes de seguridad, y el consejo final, los lectores de El Péndulo harian bien, en caso de que un objeto si-



milar a una bomba atómica comenzara a descender lentamente sobre Buenos Aires, en apretar la marcha pedestre o el acelerador siguiendo el trayecto que los alejara con la mayor rapidez posible del Obelisco.

Opiniones I

"La mayoria de los escritores norteamericanos no son muy buenos: son escritores populares. en el mismo tipo de nivel profesional del escritor promedio de "thrillers" y uno puede encontrar exactamente los mismos elementos en Agatha Christie: el punto de vista medio, expresado sin cesar. El prejuicio medio. No se vuelven perniciosos porque realmente no contienen energia suficiente. Es cuando uno se encuentra con un Heinlein. que produce un libro lunático lleno de energia con el que pueden enchufarse los lunáticos, cuando aparecen los problemas. La ciencia ficción no es como la literatura común; atrae a gente que la utilizará - Charles Manson es un ejemplo muy dramático - como un medio a través del cual vivir. Pero cuanto más autoritario es un libro, digamos. de Heinlein, acerca de cómo vivir y cómo resolver los problemas, más aparta al lector de la realidad con la que está tratando de enfrentarse. Ese tipo de ciencia ficción. que pretende resolver problemas u ofrecer respuestas -podriamos llamarla ciencia ficción! campbelliana-



cuentro perniciosa por completo, porque confunde a los jóvenes, que después de todo conforman la mayoria de los lectores.

'Es muy dificil subestimar un público americano medio. Un motivo por el que existe una gran divergencia entre la ciencia ficción británica y la americana es que los escritores de Estados Unidos están librando batallas anteriores, para imponerse a un pueblo extremadamente prejuicioso y de inclinación religiosa, que tal vez se desplace, por ejemplo, de la iglesia episcopalista a la Cientologia, pero que en lo básico es un grupo de paisanos muy ingenuos.

Los escritores americanos no tienen -la mavoria de ellos - esa tradición de necesaria arrogancia que se le permite al escritor europeo. Si el escritor europeo dice "fuck" en la catedral de Colonia, no corre un riesgo especial. Si el escritor americano dice "fuck" en un pueblito de Arizona, es probable que tengaproblemas físicos... porque se las está viendo con paisanos ignorantes.

Michael Moorcock

Hazañas dudosas del '81

En enero de cada año la revista norteamericana Esquire otorga sus Du-Achievement Awards, o sea los Premios a la Hazaña Dudosa. Conforman una larga serie de las extravagancias. ridiculeces y simples traspiés cometidos por la raza humana en general y el subgrupo estadounidense en particular. Con frecuencia se le concede una buena cantidad al propio presidente de la República y a importantes personalidades políticas. De los otorgados para 1981 (bajo el subtítulo "Los momentos más tristes de un año por lo demás terrible") elegimos los que no dependen demasiado de factores pocó conocidos fuera de los límites estadounidenses.

Vernon Cayten, un ministro fundamentalista, denunció el tradicional conejo de Pascua como dios pagano, y para demostrar su repudio quemó la efigie de un enorme conejo en la plaza de Niles, Ohio.

 Louis Proctor, un obrero de la construcción de cuarenta años que vive en Calgary. Alberta, se incorporó al Ku Klux Klan, El matiz que lo hace acreedor a un Dubious Achievement Award es que Proctor es negro.

• En la localidad de San Clemente se inauguró un museo destinado a honrar a Richard Nixon, en el que se incluían objetos tales como una botella de vodka chino, una fotografía de Nixon con el sha de Irán, tarjeteros de valijas de Pat Nixon, y un ceni-

crónicas terrestres

cero de la Casa Blanca. Poco después de su inauguración el museo tuvo que reducir su horario de atención a dos días por semana, debido a la falta de interés público.

Tal vez la frase más perfectamente hueca del año la haya dicho la ya no tan joven Brooke Shields para apoyar una campaña gubernamental contra el cigarrillo: "Fumar mata. Si uno se muere, se pierde una parte muy importante de su vida."

· En el apartado de hechos violentos fuera de lo común se destacaron un estudiante de la Universidad de Illinois y un vecino de Sacramento, El primero mató a William, el ganso mascota de la Universidad mediante el sencillo procedimiento de golpearlo en la cabeza con un bastón mientras se encontraba (el estudiante) sentado junto a una laguna. Interrogado sobre la extraña y brusca acción (se dio vuelta y lo golpeó certeramente) declaró que el animal lo había sacado de un estado de "meditación profunda". El vecino. tuvo una reacción más comprensible: enfurecido por la negativa de su cortadora de césped a arrancar, sacó una pistola y le disparó.

 Un estudio llevado a cabo en la Universidad Egea de Ankara demostró que la música disco provoca homosexualidad en los ratones.

 David Lloyd, inventor de Nueva York, presentó "rock and roll pants" para hombres y mujeres. Consisten en bikinis que se enchufan a un aparato stéreo y provocan vibraciones en la entrepierna. Ozzy Osbourne, una estrella del rock, entró a una reunión de negocios de la CBS, extrajo una paloma muerta y le arrancó la cabeza de un mordisco. "Quería que me recordaran", declaró.

 Paulo Cesar Bonfim recorrió medio Brasil con una enorme cruz al hombro, dando gracias por la recuperación de su novia de una enfermedad paralizante. Mientras lo hacia, su novia se casó con otro.

Opiniones II

"Creo que en el oficio de escritor la modestia es una virtud sobreestimada. Porque si uno se sienta a escribir modestamente, se convierte forzosamente en un escritor de modesto nivel. Hay que poner por el contrario toda la ambición del mundo. colocar todos los grandes modelos delante de uno. Al fin de cuentas uno aprende a escribir con los grandes modelos.

que para mi son Sófocles, Dostoievski... ¿Por qué escribir más modestamente que esos modelos? Lo que hay que hacer es golpearlos a muerte y tratar de escribir mejor que ellos.

La Biblia no tiene miedo de nada, es capaz de todo. En el Antiquo Testamento todo es posible. No temen absolutamente nada. Supongamos que la Biblia hubiese sido escrita por un autor: ite imaginas la "modestia" de ese tipo! Estaba dispuesto a construir un mundo mejor que el que suponia que Dios había construido. Esa fue una hermosa batalla. Quiso sobrepasar el modelo de Actualmente los escritores corren un gran riesgo al proponerse como fin los concursos literarios, que teóricamente. en principio, son un modo de sobresalir, y en ese sentido son muy importantes porque permiten descubrir valores

probablemente no serian canalizados de otro modo, debido al estimulante comercial que existe en los países capitalistas. Si, los concursos son una buena ayuda. Pero implican un gran peligro, y es el de que los escritores escriban para ganar el concurso. Entonces el fin se transforma en eso, y escriben con rapidez en los días anteriores al concurso. El que gana es el "meior del día", y no quien trata de ser mejor que Cervantes o Shakespeare."

Gabriel García Márquez

Mamá me mima mucho

Yo leo El Péndulo, Marcial Souto lee El Péndulo ustèdes leen El Péndulo pero que nuestros hijos vavan a hacerlo es discutible. Los niños leen cada vez menos. Popularmente se atribuye esa peligrosa desidia a la televisión v demás medios esencialmente visuales. El psicólogo Bruno Bettelheim v Karen Zelan han sacado conclusiones distintas en un ensayo titulado "Por qué no les gusta leer a los niños". La razón principal sería el hecho de que los manuales de lectura básicos son un plomo. por diversos motivos. Eso hace que la lectura se convierta en una tortura en vez de algo dinámico v placentero.

Para quienes tengan curiosidad por saber cuál es el equivalente en inglés del título de esta nota. dejamos sin traducir el ejemplo que dan Bettelheim y Zelan: "Un niño a quien se le hace leer: Nan had a pad. Nan had a



tan pad. Dad ran. Dad ran to the pad, e insensateces aun peores no puede tener idea de que los libros son algo por lo que vale la pena el esfuerzo de aprender a leer. empobrecimiento de los manuales ha ido aumentando progresivamente -al menos en Estados Unidos- con el paso del tiempo. En los años '20 contenian un promedio de 645 palabras nuevas: a fines de la década del '30, 460 palabras; en los años '40 y '50, 350 palabras nuevas; y en siete textos publicados entre 1960 y 1963, el promedio iba de 113 a 173 palabras nuevas. Algo que contradice la riqueza de vocabulario con la que ya cuenta un niño al entrar en la escuela primaria, riqueza calculada en 4.000 o más palabras, 2.000 en los casos problemáticos

El empobrecimiento no ha sido sólo numérico, sino también temático, y por razones extrapedagógicas, que mucho tienen que ver con el particular sistema democrático norteamericano. Para recobrar la costosa inversión necesaria para editar una serie de manuales. las editoriales no se pueden permitir ofender a nadie. Un ejemplo: en un texto un niño tiene un alobo, un gato salta sobre él y lo revienta; el niño llora. Amantes de los gatos de una escuela de Illinois protestaron contra la historia, que finalmente fue retirada del libro. Resultado: relatos abominablemente blandos, irreales, que se unen a los melosos trabalenquas iniciales. Niños entrevistados por Bettelheim y Zelan. ya buenos lectores. confesaron que aún sentian vergüenza de leer en voz alta. con sólo recordar lo que habian tenido que decir mientras aprendían. En un grupo declararon sobre los personajes de los libros: "¡Los chicos no son reales! ¡No se enojan!" "¡No son nada!"

Otro factor de deterioro ha sido la importancia cada vez mayor que se le da a las ilustraciones, o al deseguilibrio entre la idea de esfuerzo y la de diversión. "El problema con las imágenes", dicen Bettelheim y Zelan, "es que el texto impreso se vuelve aún menos atractivo en comparación. Pruebas hechas con dos grupos. uno que aprendia las palabras acompañadas de

atractivas imágenes, v otro que lo hacía sin ellas, demostró que los conocimientos adquiridos por el segundo eran más sólidos y duraderos. En cuanto al deseguilibrio entre las ideas de esfuerzo v diversión, pueden provocar lo que los psicoanalistas Ilaman tuación de doble vinculo", donde se le dan a un sujeto ideas contradictorias que terminan por desorientarlo. 'Aprender a leer no es un entretenimiento sino un duro trabajo. En vez de enfrentar esto directamente, los editores buscan distraer a los niños con referencias al juego." Abundan las lecturas que hablan de picnics, partidos de béisbol o la necesidad de que la

escuela termine cuanto antes (siempre dentro del tono lavado general).

Pruebas hechas con ninos que ya habían adelantado camino en la lectura. demostraron además que reaccionan contra las palabras poco comunes o las contradicciones palmarias entre el
texto y una ilustración,
por ejemplo. A veces tales correcciones tienen
una notoria lógica, pero
son rechazadas como
errores por los maestros.

Como ejemplo positivo de lo que podría ser una enseñanza de la lectura que respetara la inteligencia y dignidad infantil. Bettelheim y Zelan dan ejemplos de textos europeos, que no desdeñan recurrir a historias menos sanitizadas que las norteamericanas, incluyendo cuentos de Grimm, o historias donde figuren hechos que para un niño importan, como la enfermedad, o el nacimiento de un hermano.



Opiniones III

"Ser una celebridad significa ante todo que los ingresos de uno suben, al menos por un tiempo. Uno puede convertirse en una celebridad sólo porque sus ingresos han subido. Lo que distingue a los meramente famosos de una celebridad o una estrella por lo común tiene que ver con el dinero o con el sexo o, como en mi caso, con las dos cosas. Han dicho que he hecho un millón de dólares. y han dicho que vo no era otro que Portnoy Convertirse en una celebridad es convertirse en una marca registrada. Está el jabón Ivory, el ce-

crónicas terrestres

real para el desayuno Rice Krispies. y Philip Roth. Ivory es el jabón que flota: Rice Krispies, el cereal para desayuno que chisporrotea: Philip Roth eljudio que se masturba con un pedazo de higado. Y saca un millón de dólares con eso. No es mucho más interesante, útil o entretenido que eso, no después de la primera media hora. Elevarse a la celebridad, que según se cree le aporta a un escritor un público más amplio, no es más que otro obstáculo que la mayoría de los lectores debe superar para lograr una percepción directa de su

En cuanto a mi autobiografía, es imposible comunicar lo aburrida que sería. Mi autobiografia consistiria casi por completo en capitulos acerca de mi, sentado a solas en un cuarto mirando una máquina de escribir. La falta de hechos relevantes de mi autobiografía haría que El innombrable, de Beckett, se levera como Dickens.

Philip Roth

Muerto pero bien acompañado

Hace veintidos siglos el emperador Qin Shi Huang Di (nombre cuya traducción aproximada sería Primer Emperador Soberano de China), consiguió unificar por primera vez los distintos estados en guerra y pretendió gobernar para siempre. Su primer logro tuvo una imperecedera importancia política e histórica; su deseo tiene que ver con la

zona creativa y extravagante de su personalidad. que lo hace digno de un cuento borgeano.

Para cumplir sus propósitos de inmortalidad construyó una casi infinitud de palacios (los cálculos más precisos nombran 270), envió una expedición a buscar bajo pena de muerte el Elixir de la Vida, e hizo enterrar vivos a todos sus integrantes cuando no pudieron encontrarlo. Peleó como pudo contra sus limites de mortal (fue quien adelantó la Gran Muralla, quien estructuró la red de canales para irrigación de China). Todo fue inútil: su reinado fue el más breve de la historia del país, ya que duró apenas 14 años.

Pero la dinastia que

fundó gobernó durante más de dos milenios, hasta 1911.

Lo más impresionante. sin embargo, tiene que ver con su muerte, no con su vida. Recién en 1974, unos campesinos descubrieron indicios de su tumba. La misma es tan enorme y sus características tan particulares, que las pirámides egipcias empequeñecen en comparación. Se emplearon 700.000 obreros de todas las partes del reino para cavar a través de tres corrientes subterráneas y construir réplicas de palacios, pabellones y oficinas, o complicadas trampas de arcos que se disparan automáticamente ante la presencia de un extraño. Según el historiador Sima Qian, que

escribió sobre la tumba en el año 100 a.C., se construveron también réplicas del río Amarillo y del Yangtze en azogue, que mediante un mecanismo fluian hacia un océano miniaturizado. Encima de ellos brillaban la Estrella del Norte y las constelaciones celestes. trazadas con piedras preciosas sobre ura gran cúpula de cobre. Para disimular el túmulo se plantaron árboles y flores que lo hacian parecer una montaña natural.

Et dato culminante, sin embargo, lo constituye el acompañamiento funebre del gran emperador. Este decidió, en efecto, construir centenares de estatuas de terracota que reprodujeran a los soldados de su ejército. Son de tamaño natural, y lejos de basarse en un molde unico, sus rostros varían con rasgos individuales en cada caso. Se trata de centenares de estatuas. de las cuales se han rescatado muchas intactas. a pesar de su material frágil. Como si eso fuera poco, se han descubierto a principios de 1981 dos carros de bronce, cada uno tirado por cuatro caballos y conducidos por un auriga de bronce, que ocupaba en la corte un puesto de noveno rango. Estas estatuas estaban perfectamente intactas, y resultaron ser la punta visible de un enorme témpano arqueológico: dentro del túmulo, según sondeos realizados, hapria centenares de estatuas similares que conformarian toda la corte del emperador, reproducida también persona por persona, con los rasgos particulares. Los chinos



van desenterrando esta imagen tridimensional del pasado con su clásica paciencia: el conjunto es tan grande que se cree que pasarán dos generaciones antes de que se revele toda la magnitud del hallazgo. Y la tumba propiamente dicha de Qin Shi Huang Di aun permanece sin abrir

Libros enterrados: Juego limpio



Asi como el virus debilitado de una enfermedad suele servir para inmunizarse contra ella, leer libros con un trasfondo paranoico puede ser un buen antidoto contra las persecuciones muy reales o imaginarias que la crisis multiplica dia a dia.

Un buen producto de ese subgénero que podriamos bautizar "ficción paranoica" es Juego limpio, novela de George Bartram publicada por Sudamericana en su colección Vértice hace unos años. y que tal vez por ello hava escapado al olfato de los aficionados a la ciencia ficción, a pesar de que incluye más de un elemento del la misma

El tono, sin embargo es más bien el de un excelente thriller

suspenso al por mayor, y una visión cruel del mundo contemporáneo, que por suerte no cae dentro de la exageración o la generalización excesiva que suele aquejar a la mayoria de los ejemplos de ficción paranoica. El esquema básico es sencillo y viejo como la literatura popular: un hombre común y silvestre es absorbido sin querer dentro de un mecanismo gigantesco y siniestro que trata de destruirlo. En el transcurso del libro aprende no sólo a defenderse de él sino también a atacarlo y destruirlo

Como es lógico, lo que importa es el grado de convicción y complejidad que adereza esa estructura básica. Bartram se muestra sumamente eficaz en eso, y no se limita a escribir un proyecto de quión para la pantalla. como acostumbran ser muchos best sellers

Tampoco cae en un final na y electrónica creada





CINE Anibal M. Vinelli

Conan el hárbaro

El libro

"Hace aproximadamente doce mil años, en los oscuros siglos que mediaron entre el hipotético descubrimiento de la Atlántida y el alborear de la historia, vivió, amó y llevó a cabo sus fabulosas hazañas un gigantesco guerrero bárbaro llamado Conan. Este héroe de tiempos remotos, cuvas aventuras apasionan al hombre de la Era Atómica, es el personaje más famoso de un género literario inédito entre nosotros: la Fantasia Heroica

La introducción -tan discutible como cualquier gacetilla promocionalpertenece a la versión española de Conan publicada por Bruguera de Barcelona en junio de 1973 y que pocos meses después llegaba a la Argentina. Los 11 volúmenes, de tapas coloridas que reproducían las ilustraestadounidenses de Frank Frazetta (Conan: Conan de Cimeria: Conan el pirata: Conan el usurpador; Conan el conquistador; Conan el ven-'gador; Conan el vagabundo: Conan el aventurero: Conan el bucanero; Conan el guerrero y Conan



8/ELPÉNDULO 10

erón casterrestres

de las islas, por riguroso orden de aparición) "se han convertido en modestos obietos de colección. más por los antecedentes de la saga que por sus relativos valores literarios. Conan es un folletín dispar, rebosante de sangre v crueldades, a veces convincente, revelador de influencias surtidas. quizá las del Edgar Rice Burroughs de Tarzán en cierta medida, pero mavormente del ciclo de aventuras venusinas v marcianas de aquel au-("Ahora Conan" Superhumor, enero de

Su autor, Robert Ervin Howard, fue, en vida, también una suerte de folletín insólito. El único hiio de un médico rural. Howard nació en Peaster. Texas, en 1906: durante su niñez, la familia de Robert deambuló por diversos pueblecillos del estado hasta afincarse en Cross Plains, un villorrio en el medio del desierto. Howard, luego de graduarse en la secundaria y asistir a unos pocos cursos universitarios (se enorquilecía del exótico hábito de caminar dormido durante la noche) empezó a ganarse la vida como dactilógrafo. Por esa época un sujeto alto, escuálido y nervioso, Howard era el blanco predilecto de las bromas pesadas de amigos y condiscipulos: en el mejor estilo norteamericano. Howard se volvió un devoto del ejército físico, la gimnasia y las pesas, llenando su metro noventa de estatura con más de 100 kilos de peso. Obvio decirlo, las bromas cesaron.

A lo largo de su corta



vida, el placer por el boxeo, la historia bélica y la cerveza se hicieron parte de la personalidad de Howard y, en gran medida. lo serían también de su literatura, un torrente de aventureros, piratas y vaqueros, relatos que gradualmente ganarian su caudal de lectores (fundamentalmente adolescentes) en revistas baratas llamada The Magic Carpet, Top Notch y Spicy Adventure Stories. Todo a partir de la primera historia que le compraron, "Spear and Fang" (1925) publicada en la legendaria revista Weird Tales, que sería el vehículo predilecto para el trabajo de Howard.

"Howard fue un prolifico escritor de todo tipo de ficción pulp (por el barato papel de pulpa en que se imprimian estas revistas). Sus mejores cuentos exhiben un buen sentido del tempo narrativo y están escritos en un estilo directo y sin rodeos, virtudes tipicas de un

escritor pulp. Y pese a la diversidad de sus personajes (el vagabundo Solomon Kane, el rey Kull de los Atlantes y el jefe de guerra picto Bran Mak Morn, los dos últimos variantes -sin poesía - del rey Arturo de Bretaña) es recordado por Conan de Cimeria, ciclo de aventuras de Espadas y Brujería (Swords and Sorcery) que constituyen una piedra fundamental de este subgénero. Diecisiete relatos de la serie aparecieron en Weird Tales (1932-1936) v cuatro más fueron publicados. luego de la muerte de Howard, en otras revistas. Sin embargo las series no concluyeron alli, va que L. Sprague de Camp, Lin Carter v Biorn Nyberg las prosiguieron completando, reescribiendo e incluso creando nuevas historias. Los méritos de estos agregados son casi unánimamente considerados por los estudiosos de Howard como inferiores a los originales"

Nicholls en The Science Fiction Encyclopedia, Doubleday, New York, 1979).

A causa de Conan, Howard es uno de los contados escritores pulp cuya producción ha perdurado, aunque no tanto como la de su contemporáneo (y cada día más estimado), H.P. Lovecraft (que se carteaba con Howard, al que había rebautizado Bob Dos Pistolas y no sólo porque era texano sino por la admiración de Howard por las armas, con las que solía retratarse a menudo).

A diferencia de Lovecraft, Howard ganó buen dinero en vida, pero detrás del triunfo público se escondía la tragedia personal, Emocional, solitario, este escritor de la aventura v la virilidad se sentia incómodo v retraido en compañía de otros. Intensamente apegado a una madre semiinválida, ésta entró en coma a las 8 de la mañana del 11 de junio de 1936. Su hijo abrió la puerta del automóvil, de la guantera extrajo un Colt automático 38 y se pegó un tiro en la cabeza: agonizó durante ocho horas muriendo casi al mismo tiempo que la madre. Tenía sólo 30 años

Tanto el autor como sus narraciones habían muerto y, aunque parte de los relatos siguieron reeditándose, Conan pasó a mejor vida en los años subsiguientes. Hasta que en 1946 una cuidada edición de las obras de Howard, a cargo de August Derleth, las trajo nuevamente a una consideración que los años han acrecentado (dicho

sea de paso, la mencionada edición era la de Arkham House, la misma que reeditó a Lovecraft). Se multiplicaron las ediciones e incluso apareció en historieta (Marvel Comics, 1970, Estados Unidos).

La película

Para 1979, 47 años después de la publicación del primer relato. Conan the Barbarian comenzó a tomar forma como provecto cinematográfico. De la idea de un film barato (2.5 millones de dólares). los prestigios del productor Dino de Laurentiis y el director John Milius (El viento y el león; Dillinger) elevaron el presupuesto a 18.5 millones (30 si se incluyen los gastos del lanzamiento publicitario). El quión es de Oliver Stone (Expreso de medianoche) y el propio Milius, y se basa en relatos de Howard ("El co-"Nacerá loso negro'', "Nacerá una bruja", "La hija del gigante helado'' y ''La reina de la Costa Negra" y Carter y de Camp ("El ser de la cripta"), todos incluidos en los tres primeros volúmenes de la serie. La filmación se inició en 1981 y tuvo lugar por 30 semanas en interiores y exteriores de España, Yugoslavia e Inglaterra: el reparto incluyó como Conan al austriaco Schwarzenegger (a quien los argentinos habrán visto recientemente como Mickey Hargitay en el telefilm Jayne Mansfield, la diva de los años '50) un atleta ganador de los musculosos títulos de Mr. Olimpia, Mr. Universo y Mr. Mundo. Tiene



35 años, casi dos metros de altura y desde 1968 está radicado en los Estados Unidos, donde intervino en varios films además de presentarse en competencias fisiculturistas y escribir libros sobre el tema. Valeria, Reina de los Ladrones, fue in-

terpretada por Sandahl Bergman, bailarina de la televisión y de Broadway, mientras que el fundamental papel de villano, Ilamado Thulsa Doom, recayó en el notable actor negro James Earl Jones (La gran esperanza blanca, la serie de TV Paris y

FICHA TÉCNICA

	Control of the last of the las
Conan	Arnold Schwarzenegger
Inulsa Doom	James Earl Jones
Valeria	Sandahl Bergman
Rexor	Ben Davidson
The Wolf Witch	Cassandra Gaviola
Subotai	Gerry López
The Wizard	Makn
Princesa Yasimina	Valerie Quennessen
The Master	William Smith
FI Rev Osric	Max von Sydow
La madre de Conan	Nadiuska
Haga Vendor	Pon Cohb
Lizard-on-a-Stick-Vendor	lohn Milius
Producida por	JUIII WIIIUS
Producida por	Feitsnans
Dirigida por	John Millus
Argumento de	Willus y Uliver Stone
Efectos especiales	NICK Allder/Peter Kuran
Música	Basil Poledouris
Fotografía	Duke Callaghan
Duración: 129 minute	os; producción Univer-
sal/Dino de Laurentiis, 19	982.

—lógico— la voz de Darth Vader, archimalvado de La guerra de las galaxias). Otra personalidad del elenco es el sueco Max Von Sydow. como el Rev Osric.

La première mundial del film (ignoramos si cuando la presente nota aparezca Conan ya se habrá estrenado o no en la Argentina) tuvo lugar en los Estados Unidos el 21 de mayo, con críticas de todos los calibres. desde las entusiásticas hasta las que abominaron del film llamándolo "producto tan aburrido como la cara y los músculos de su protagonista". Pero todos coinciden en que Conan ha de ser un éxito comercial, algo previsible estando detrás de De Laurentiis, capaz de acabar con entrañables mitos (King Kong; Flash Gordon) pero sacándoles finalmente un provecho económico.

Por lo que se sabe, este Conan del cine explicita -visualmente- toda la violencia y la sangre latentes en los relatos de Howard: la película abunda en cabezas (y otros miembros) cortados, en ríos de sangre, torturas, batallas, monstruos innombrables y la mezcla de ocultismo y hechicería que le eran tan gratos al escritor texano. Y hav. además, otros nombres involucrados en la película, especialmente un par bien conocido de los aficionados a la cienciaficción.

En un film como éste, pródigo en fantasía y acción, el look, el aspecto, el diseño de producción, es fundamental. Cuando se empezó a planear Co-

crónicas terrestres

nan, la empresa tuvo la colaboración de Frazetta, cuya influencia se nota en el producto terminado aunque el dibujante ya no sea de la partida. Pero varias de las secuencias, su composición, están directamente inspiradas por su trabajo.

Al aleiarse Frazetta de lo que por entonces (1980) todavía era un proyecto, De Laurentiis-Milius contrataron a Ron Cobb, un ilustrador que adquirió su fama inicial como dibujante del periódico satírico Los Angeles Free Press, luego pasó a la realización de portadas y posters y en los últimos años colaboró intensamente en productos filmicos tan notorios como Dark Star, La guerra de las galaxias, Encuentros cercanos y Alien (para la que se diseñó la mayor parte de interiores v exteriores de la nave estelar Nostromo).

A la pluma de Cobb pertenecen buena parte de los escenarios, armaduras, espadas (en colaboración con Tim Hutchthausen, quien forjó las espadas de Conan y compañía) y diseño del vestuario.

Conan ha de provocar discusiones acerca de la calidad de su relato, o si contiene o no las adecuadas dosis de suspenso y convicción. Pero estéticamente, visualmente, parece que hubo escasas críticas.

Nota: Conan se estrenó en Buenos Aires el 22 de julio, sin pena ni gloria; está muy lejos del espíritu folletinesco de Robert Howard.



LIBROS

Alfred Bester

Tigre, tigre (Tiger! Tiger!) Traducción de Sebastián Martinez; Martinez Roca, Barcelona, 1981; 252 págs.

Uno de los principales atractivos de la ciencia ficción es sin duda su capacidad para estimular sin engolamiento la imaginación y el análisis critico de situaciones. La presentación de mundos extraños mediante cierto rigor expositivo heredado o imitado del discurso cientifico inevitablemente amplia nuestro horizonte mental y nos sugiere imágenes nuevas, razonamientos nuevos y aun soluciones nuevas (lo que se ha dado en llamar pensamiento alternativo''). Las decepciones son inevitables, pues, cuando esos "mundos extraños' resultan en realidad archiconocidos. producto de un malabarismo hábil -o no tan hábil- y de un fichero literal o mental donde los autores han almacenado las recetas que luego se encargan de administrar en dosis convenientes de acuerdo con las exigencias del editor o de un

público excesivamente apegado a las convenciones. En esos casos la imaginación queda reducida a un corso de carnaval que no supera en exotismo las descripciones de cualquier manual de zoología o antropología, y el rigor científico a una exposición enclenque, didáctica en el mejor de los casos.

Si el lector ha sufrido últimamente muchas de esas decepciones, puede resarcirse descubriendo (o redescubriendo) este clásico de los años '50, que no sólo explota sabiamente los mejores recursos del género sino que nos recuerda que no todas las renovaciones llegaron con la new wave ni implican necesariamente ciertos coqueteos verborrágicos mal llamados "experimenta-Tigre, tigre se publicó originalmente en la revista Galaxy en forma seriada, con el título The Stars My Destination, y en 1956 se conoció en el Reino Unido como Tiger! Tiger! (aludiendo al poema de William Blake citado como epigrafe en la novela). Una editorial española ha adoptado ahora el título británico para reincidir en la desprolija versión que Dronte había publicado como Las estrellas mi destino Alfred Bester (El hombre demolido. El lado oscuro de la Tierra, The Computer Connection, Golem 100) es un vieio conocido de los amantes del género por sus notables cuentos y novelas, pero agemás ha realizado actividades muy variadas dentro y fuera de este campo: quionista de historietas.



libretista de radio y televisión, redactor de la revista Holiday (para la cual entrevistó a diversas celebridades: Laurence Olivier, Richard Burton, Anthony Quinn, Kim Novak, Sophia Loren), y actual-mente autor del quión de una película producida por Roger Corman, Journey Beyond this Galaxy. sobre el encuentro de la raza humana con seres realmente extraños. Bester siempre se ha caracterizado por una imaginación alerta, un estilo pirotécnico que rechaza constantemente las soluciones fáciles, y el humor ácido con el que desenmascara algunos de los mitos más difundidos en la moderna sociedad de masas. Tigre, tigre es un excelente muestrario de esas características.

En el siglo veinticinco, la Tierra está dominada por gigantescas corporaciones que encarnan una ideología puritana del poder y la sexualidad. Las relaciones humanas han sido alteradas radicalmente por el jaunteo, un método de teleportación por medios mentales que ha obligado a cambiar desde los diseños ar-

quitectónicos hasta los sistemas carcelarios. Los Satélites Exteriores libran una querra sin cuartel contra los Planetas Interiores. Gully Foyle, tripulante de tercera clase y arquetipo de mediocridad humana, vaga a la deriva en una nave espacial destruida por un ataque de los Satélites Exteriores, sobreviviendo con los elementos que quedan a bordo y esperando pasivamente el rescate. Una nave amiga se acerca. Foyle pide auxilio, la nave sique de largo y lo abandona. El hombre vulgar muere en Foyle, y con la sed de venganza empieza a despertar el tigre, implacable, resuelto e inventivo

La idea original es una cruza de folletin con dato documental (El conde de Montecristo más National Geographics)* v promete una activa novela de aventuras. La promesa se cumple, pero Bester consigue mucho más, y lo consigue ensamblando. con maestria una serie de elementos que en manos de un narrador menos riguroso bordearian peligrosamente el ridiculo. Las situaciones extravagantes se suceden sin descanso: una telépata que recibe pero no envia. una albina ciega con visión infrarroja, el circo de Fourmyle, el Hombre Ardiente: personajes que evocan a los superhéroes y supervillanos de la historieta norteamericana alternan con páginas que recuerdan las comedias

* Véase "Mis relaciones con la ciencia ficción", en El Péndulo 7.

de Oscar Wilde (la fiesta de Año Nuevo en la mansión Presteign) y con pasaies de aliento shakespeariano ("No importa cómo nos defendamos de nuestro interior, siempre somos derrotados por algo de nuestro interior. No hay defensa contra la traición, y todos nos traicionamos a nosotros mismos'': " ...la maldita frustración de la venganza. La venganza tan sólo se da en los sueños... nunca en la realidad'') El resultado no es un cóctel apresurado, sino un relato denso que avanza con ritmo trepidante hacia un desenlace explosivo.

Bester ha escrito: "El propósito del ensayo y error, las imitaciones y los experimentos, la esclavitud constante a través de la incertidumbre y la desesperación es doble: adquirir una autodisciplina despiadada: ad-

quirir esquemas narrativos conscientes y reducirlos a una práctica inconsciente." Y añade en una contradicción que es sólo aparente: "Pero escribir no es lógico ni sensato. Es un acto de violencia demencial cometido contra uno mismo y el resto del mundo... gre, tigre es por cierto un acto de violencia demencial realizado a través de una autodisciplina despiadada, con una buena dosis de humor y un protagonista que despierta sentimientos contradictorios. Entre las taras que suelen achacarse a la ciencia ficción está la incapacidad para crear personajes con carnadura propia. Discutir esa vaquedad no tiene mucho sentido, pero en todo caso Gully Foyle constituye una de las memorables excepciones

Carlos Gardini



Christopher Priest

Indoctrinario (Indoctrinaire) Traducción de César Terrón; EDHASA, Barcelona, 1981; 227 págs.

inventar futuros para inventariar el presente constituve un tipo de distanciamiento eficaz, tanto por la libertad que proporciona extrapolar como por la ventaja que comporta evitar las paradoias inherentes al viaie al pasado. Priest utiliza el claro recurso stapledoniano que deriva de otorgar a un observador la visión global de un fenómeno, convirtiéndolo en testigo de acontecimientos que quedarian fuera del marco temporal.

El autor de Indoctrinario es británico y ésta la primera novela que publicara. Para el lector de idioma castellano resulta relativamente poco conocido, ya que sus libros aparecieron en colecciones ajenas al género o de muy escasa jerarquia. Tanto una versión anterior de Indoctrinaire (El hombre que volvió del futuro: traducción de Eva Iribarne Dietrich: Ediciones Tiempo Nuevo. Caracas, 1971), como Fuga para una isla en tinieblas (Fugue for A Darkening Island). Ediciones Alfa. Bs. As., 1975, fueron leidas por minorias y no recibieron atención por parte de la crítica. Recién cuando Emecé Distribuidora en su colección "Ciencia Ficción" entregó sucesivamente El mundo invertido, La máquina espacial y Sueño

crónicas terrestres



Christopher Priest INDOCTRINARIO

NEBULAE

programado y algunos relatos notables (especialmente "La cabeza y la mano") aparecidos en revistas permitieron situarlo. Priest concitó cierto interés. Precisamente "La cabeza y la mano" (un strep tease de automutilaciones que desarticula la relación públicoartista) resulta adecuado para borrar los limites rigidos de las "convenciones del género', colocándolo entre los grandes escritores de la que vo llamaria, parafraseando libremente a Pablo Capanna. "la era de Cordwainer Smith". Sin el esfuerzo que realiza un Silverberg para ser aceptado como integrante del mainstream. Priest logra moverse entre un homenaje a Wells y algunas de las geometrias ballardianas. O como en el caso de Indoctrinario, utilizando un obvio recurso de la ciencia ficción (el campo de desplazamiento temporal) sin preocuparse en lo más mínimo por expli-

El Dr. Wentik es "lle-

vado" al 2178 para resolver un problema que, involuntariamente, él mismo ha originado en 1979. Esa es la excusa. Pero lo que el autor se propone y logra, a través de una morosa y opresiva atmósfera que pasa por la dependencia psiquica del protagonista, es construir un modelo a escala del inconsciente colectivo de los años ochenta, coloreando y humanizando los mapas del desaliento. del extravio y del apocalipsis interior que Ballard esquematizó, abandonándolos luego para dedicarse a formas más delicadas de indagación y extrañamiento

La óptica de Priest es también desesperada (lo era en Fuga... y en El mundo invertido), aunque con una importante diferencia: el acto humano. infructuoso y vano, vale por la afirmación de la rebeldia que lo confirma como tal. Ante el inevitable final, la elección del estilo de muerte (o una muerte con estilo) devuelve algo de lo que las fuerzas entrópicas han ido quitando inmisericordemente. FI Dr. Wentik es la victima del Dr. Jexon, el sociólogo de 2178 que intenta modificar la historia: de Musgrove y Astourde. dos hombres de diferente época identificados en la confusión que nace en sus propias personalidades: de la guerra, el elemento entrópico por excelencia: del gas modificador de la conducta que él mismo ayudara a crear e incluso de su propia impotencia para modificar el poder de las grandes fuerzas de lo inorgánico.

Pero aún en este pesimista y desolado cuadro hay un lugar reservado para lo afectivo (Wentik elige morir cuando descubre que no encontrará a su familia en el caos de un inminente ataque nuclear), de alguna manera la buena semilla que fructificará en un mundo futuro levantado sobre las ruinas de la Tercera Guerra, más equilibrado y potencialmente más apto para demorar un tanto el inevitable final del género humano

Sergio Gaut vel Hartman



Robert A. Heinlein

La bestia estelar (The Star Beast) Traducción de Francisco Martinez Roca. Barcelona, 1981: 186 pags.

Esta novelita sin pretensiones pertenece a la serie de los "juveniles" que Heinlein escribió entre 1950 y 1957 para la editorial Scribner's. Es quizás el período más inofensivo de su carrera. y un paréntesis entre la

Historia Futura y sus polémicas obras posteriores. Los "juveniles" eran narraciones de tono escapista e intrascendente que Heinlein confeccionaba por entonces con vista al público adoles-

De esta novela, que se publicó por entregas en el F&SF, se conocía va una versión española, publicada años atrás en la colección Nebulae. En ella Heinlein reune todos los lugares comunes del subgénero juvenil, montados con cierto oficio, lo cual la hace bastante entreteni-

Para invitar a los lectores a identificarse, el héroe es un adolescente que goza de libertades y recursos envidiables para cualquiera. La historia ocurre tras una Cuarta Guerra Mundial, pero no existe la menor imaginación sociológica: el esquema es el convencional de cualquier película de Hollywood: las costumbres son tipicas de una familia norteamericana de clase media alta hacia 1950. La relación del protagonista con su novia parece calcada de una comedia de enredos de esa época, y por supuesto hay un final feliz con boda v todo

Si los personajes son adolescentes, el tema es casi infantil: se trata de la amistad de un jovencito con su mascota. El animalito causa estragos en los jardines del vecindario, hasta que alquien comienza a pensar seriamente en eliminarlo: a partir de alli se inicia la lucha del muchacho por defenderlo

La única diferencia con la perra Lassie es que aquí la mascota es un monstruo octópodo de veinte toneladas, traido más de un siglo antes desde un planeta lejano cuando aún era cachorro.

Hay una larga secuencia judicial, donde se trata de determinar si la
criatura es o no un ser racional: a ella le sigue la
habitual persecución doble, también común en el
cine: el muchacho que
huye con su mascota
pensando que van a matársela, y los policias que
tienen que atraparla gara
devolverla a su planeta de
origen.

El bicho resulta ser, al igual que el Patito Feo, la mismísima Emperatriz de su mundo, que recién está alcanzando la madurez: sus congéneres han enviado una poderosa fuerza militar para resca-

tarla, decididos a destruir la Tierra si fuese necesa-

El conflicto intergaláctico se resuelve pacificamente con una vuelta de
tuerca. Ocurre que Lummox. el monstruo-mascota. es quien siempre ha
considerado a toda la familia de su "amo" como
mascotas humanas. y en
realidad ha estado
"criándolos" durante un
siglo y medio como si
fuesen hamsters.

Si algo puede rescatarse de esta lectura pasajera, es cierta actitud abierta frente a la vida extraterrestre, total mente exenta de racismo, tras la cual se siente la influencia remota de Stanley Weinbaum. Es el Heinlein "simpático", bastante alejado de los monstruos de Tropas del espacio o los de Amos de titeres.

Pablo Capanna

Biblioteca Básica de Ciencia Ficción 1- Los grandes maestros

2- Otros mundos, otros soles Selección y prólogos de Domingo Santos: Ediciones Dronte. Barcelona. 1982: 128 págs.

Esta iniciativa de Nueva Dimensión pone a disposición de los lectores recién llegados al género, un puñado de relatos aparecidos entre 1968 y 1973 en la revista citada y que en general (he aquí un primer tanto a favor de los editores) no han sido publicados en nuestro idioma con posterioridad.

La iniciativa debe ser, por lo tanto, evaluada con un criterio diferente del utilizado cuando se trata de libros recientes o no generados por una intención definida.

Una aproximación superficial podría cerrar rápidamente la cuestión afirmando que la mayoría de los relatos ha enveiecido bastante (el más nuevo tiene más de veinte años y el más viejo casi cuarenta). Pero es justamente alli donde la luz de advertencia comienza a parpadear intermitentemente. ¿No se supone que un novato carece de marco de referencia como para hilar tan fino? La función del material presentado se dirige rotundamente a estimular el qusto de un lector poco preparado, desprovisto por el momento del arsenal necesario para acceder a las complejidades de la narrativa de Wolfe. Tiptree, Lafferty, Aldiss,





Baliaro y varios otros nerederos de New Worlds de la "new thing", de la "ficción especulativa" y de narrativas experimentales. En este festival retros-

pectivo de los grandes escritores de la Edad de Oro se incluyen dos relatos de Ray Bradbury, Y la reiteración del creador de las Crónicas marcianas en los dos volúmenes es de por si bastante sintomática. ¿Quién no ha empezado por ahi a despuntar el vicio de leer ciencia-ficción? Y si sequimos desentrañando el secreto a partir de los nombres, hallaremos las alternativas correctas para aquéllos que no empezaron con Bradbury: están Asimov. Clarke. Heinlein. Simak. Wvndham, Brown, Sheckley, O sea los autores más representativos de Más Allá, Minotauro y Nebu-

El valor objetivo (perdón por la mala palabra) del material pasa a segundo plano en tanto y en cuanto la idea de iniciar se presenta como la finalidad excluyente de los editores.

Y alli mismo se advierte la mayor falla:

Es lamentable que, en concordancia con lo expuesto, no se haya tomado en cuenta que una ma-



crónicas terrestres

yor dosis de información acerca de los escritores y las obras (título original, fecha de publicación, datos biográficos y bibliográficos y bibliográficos y hubiera nutrido mucho más eficientemente a los lectores, preparándolos para los ineludibles pasos siguientes: la voracidad, el coleccionismo...

Imagino que entre los lectores de El Péndulo habrá muchos interesados en situarse con sana humildad en la categoría de, principiantes. Para ellos, estos libros (y los que seguirán) constituyen un valioso elemento de aprendizaje y formación. Para los curtidos y avezados, apenas una invitación a la nostaloja.

Así delimitados alcances y fallas, propósitos y despropósitos, el sufrido lector de hoy podrá determinar por sí mismo si debe o no invertir en esta clase de papeles.

Sergio Gaut vel Hartman

Philip K. Dick

SIVAINVI, (VALIS) Traducción de Rubén Masera; Adiax, Barcelona, 1981; 280 págs.

Kafkiano, joyceano.

Apellidos adjetivados para englobar estilos personalisimos. y que los críticos no escatimán en usar para encasillar las creaciones de otros autores.

Últimamente, un nuevo término se agregó a la lista: dickiano (de Philip Kendred Dick; norteamericano: 1928-1982).

Y quizás la obra de este autor sea la que mejor se adapta al calificativo de personal, porque precisamente eso es lo que describen obsesivamente sus relatos y novelas: universos subjetivos, mundos interiores que





Similarsi edicio il a genti dicorpolita, milartiali dicorpolita, milartiali dicorpolita, milartiali dicorpolita, milartiali dicorpolita di consistenti di co

sólo existen en las mentes atormentadas de sus ocupantes. El ideos kosmos o mundo privado, que Heráclito opuso al koïnos kosmos o mundo compartido.

En los años que precedieron a su muerte. Dick adoptó una rara actitud: hacía declaraciones ambiguas; apoyaba una idea con sólidos argumentos v. al terminar, la refutaba. Era imposible discernir si hablaba en serio o se estaba burlando de quien lo interrogaba (a los argentinos, este no puede menos que recordarnos a cierto literato octogenario que ostenta el dudoso honor de ser candidato vitalicio al No-

"En 1974... tuve la experiencia de una invasión de mi espíritu por un espíritu trascendente racional... como si hubiese estado loco toda mi vida y de pronto mi espíritu hubiese sanado... pensé en la posibilidad de haber sido psicótico desde 1928, año de mi nacimiento, hasta marzo de 1974."

Afirmaba haber sido poseido en cuerpo y alma

por esa conciencia ajena, hasta el punto de dejar de decidir por si mismo. Lo asaltaban recuerdos de dos mil años atrás; entendia griego, hebreo y sánscrito. La presencia extraña lo ayudó a resolver sustroblemas económicos y de salud.

Comentó esto con Ursula Le Guin, quien le dijo que estaba chiflado.

Tomó nota de todos los datos que recogía su cerebro, llenando con ellos miles de páginas. Luego escribió Valisystem.

"VALIS es una tentativa por formular mi visión dentro de una estructura racional que pueda ser comunicada."

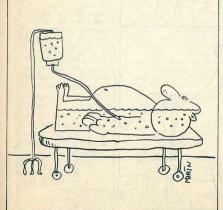
SIVAINVI (en inglés, VALIS): Sistema de Vasta Inteligencia Viva.

Sus protagonistas: Phil propio Dick, que narra en primera persona) y Amacaballo Fat (transliteración de los vocablos Philip Dick). Este último, es una proyección junguiana del primero. Phil es el famoso escritor de vida apacible: Fat es el drogadicto, el maniático, el que intentara suicidarse en Vancouver.

Tras haber planteado durante dos años la pregunta "¿Qué es real?", Dick ofrece una respuesta basada en su propia experiencia.

El Universo es un holograma repleto de información y gobernado por una Mente irracional. Por ende, el Universo también es irracional. Pero inesperadamente irrumpe en él una entidad racional (Dios. SIVAINVI) que se pone en contacto con Amacaballo Fat.

Phil y sus amigos creen



que Fat está totalmente loco hasta que asisten a la proyección de un largometraje de ciencia ficción titulado **Sivainvi**. El argumento del film, aparentemente banal, resulta ser un bluff. En realidad las imágenes actúan como un disparador de información subliminal directamente relacionada con la visión experimentada por Fat.

Convencidos de la veracidad de la revelación, los cuatro amigos emprenden la búsqueda del quinto Salvador. El definitivo

La novela es un fragmento autobiográfico en el que aparecen algunas constantes reconocibles: las drogas, el desdoblamiento físico, las amantes adolescentes, la desenfadada personalidad de los amigos del autor, la alfarería (que aquí adquiere una proporción mística sin precedentes).

En cuanto a la acción, prácticamente no existe. Casi las dos terceras partes del libro están atiborradas por los razonamientos de Fat y los comentarios de Phil acerca de la consistencia de la Creación. Para interpretar la revelación de que ha sido objeto, Dick no duda en echar mano a cuanta religión o filosofía se ponga a su alcance: desde los presocráticos hasta Lao Tsé; de los gnósticos a Una mirada a la oscuridad; pasando, por supuesto, por el cristianismo, Hermes Trismegisto. el Parsifal de Wagner, novelas de ciencia ficción barata y un largo etcéte-

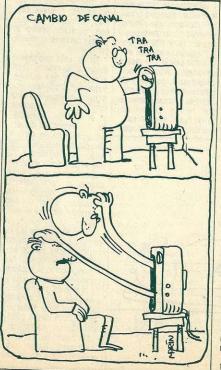
En forma de apéndice (Cryptica scriptura: escritos ocultos), se incluye un extracto de la exégesis de 300.000 pa-labras en la que Fat expusiera la compleja constitución del mundo.

Como advierte Phil, una cosmogonía es el fruto de una producción gral (tribu, civilización), que se establece y decanta con el paso del tiempo. Fat logró crear una por sí solo.

En esta obra la mente de Dick voló realmente muy alto, superándo con creces la capacidad del lector medio. A mi entender, este trabajo póstrumo (considerando como un todo la trilogía a la cual pertenece y que se completa con The Divine Invasion y The Transmigration of Timothy Archer) debe interpretarse como el film que se describe en sus páginas: un mensaje muy particular, subliminal, que Dick quiso brindar a la posteridad

Nunca mejor dicho: "Su lectura transformará a quien lo lea."

Raúl Alzogaray



Edward Bryant

Cinnabar (Cinnabar) Traducción de Elvio E. Gandolfo: Ediciones Adiax, Barcelona, 1981; 239 páos.

Un puñado de personaies exóticos en un contexto ambiguo, protagonizando conductas inclasificables (o simplemente extrañas a nuestra experiencia), presupone cierta garantía de éxito literario en un mercado (el norteamericano) que paga gozoso por sofisticaciones y pedanterias. Pero el público argentino no es tan permeable a los envases coquetos, especialmente en momentos como los actuales: comprar un libro caro (y éste es muy caro) se pretiere pisar firme, de ser posible entre el reducido grupo de escritores incuestionables: Asimov. Bester, Bradbury, Heinlein, Clarke, Sturgeon v tal vez (sólo tal vez), Dick, Zelazny, Le Guin.

Bryant se asoma. a nuestro idioma con esta colección de relatos articulados en torno a una ciudad-final (Cinnabar) y a algunos de los seres que la habitan: humanos, simulacros, resurrectrónicos y la inevitable computadora omnipotente que afortunadamente tiene un punto débil). Tales personajes aparecen en uno o más episodios, relacionándose y entrecruzándose sin demasiado fervor y configurando un fresco esquemático y frio

Ignoro por qué la pirotecnia verbal impresionó

crónicas terrestres

a Sturgeon. La tapa de la edición de Adiax bien puede ser el párrafosalvavidas cuidadosamente extractado de una demolición: pero es obvio que detrás de la brillantez, de la pirueta y de la mueca, queda un vacío que el autor no se preocupó demasiado por llenar. Es posible que la lectura de este texto en el original genere cierto placer sensorial, aunque tal efecto no podrá compensar en ningún idioma la falta de un plan, de una coherencia preexistente.

Y justamente aqui parece residir la clave de las limitaciones de Cinnabar: El ciclo fue concebido a partir del escenario y los personajes (la muy sexy Turmalina, el muy sabio Timnath, la muy tierna Jade Azul), pero no se justifica en el conjunto. Aquéllos que leimos los

Edward Bryant: Cinnabar

La Ciudad en el Centro del Tiempo

Deson Harton conor no highe aper n autor tan impactanter lean a Bryo stån en buenas munok. T handore Stormeon.



dos relatos publicados en forma independiente en las antologías Universo (''Jade Azul'' y "'La leyenda de Puma Lou Landis'') quedamos suficientemente informados. Y si Bryant sólo preparó el terreno para el torpe y superficial "Terminal cerebral", con la computadora probando a los humanos con un rito de iniciación cibernético.

Queda un margen para los snobs asumidos, para los completistas y para los fabricantes de mitos. También queda un margen para mí, que lei el libro durante la guerra y sin un ánimo norteamericanófilo. Por lo demás. Bryant se preocupó tanto por las coartadas que induce a sospechar que ni siquiera él quedó convencido de los resultados.

Sergio Gaut vel Hartman

Isaac Asimov

A lo marciano (The Martian Way) Traducción de Francisco Blanco, Martínez Roca, Barcelona, 1981; 190 págs.

Hace ya tiempo Asimov llegó a su libro número doscientos, y nada parece indicar que vaya a resultarle imposible alcanzar las tres centenas de títulos. Casi todos los recientes son de divulgación científica, pero si se toman sus primeros cincuenta o sesenta, el predominio es del material narrativo.

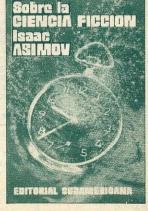
Este volumen recoge cuatro relatos más bien extensos, escritos entre 1952 y 1954. Se trata de trabajos mediocres, que podrían haber sido firmados por cualquiera de los innumerables autores de la época, y harían pensar que no es de extrañar la velocidad de producción del autor si se tiene en cuenta el tono meramente profesional que impera en ellos. Por suerte existen excepciones, externas a este volumen, como algunos de los relatos de Yo. robot o novelas como El fin de la eternidad donde, aunque el estilo siga

Sobre la Ciencia Ficción ISAAC ASIMOV

"Las historias de la ciencia ficción —dice Asimov— pueden seguir pareciendo triviales para críticos y filósofos con anteojeras de nuestros días; pero la ciencia ficción, su esencia, el concepto alrededor del cual gira, se ha transformado en algo esencial para nuestra salvación, si es que hemos de ser salvados" Estos artículos de Asimov se distribuyen en ocho secciones, de acuerdo con sus temas, que van desde el análisis de obras y au tores, hasta las predicciones formuladas por los maestros del género. Una somera lista de títulos ya indica que este volumen es imprescindible para los muchos admiradores de una rama de la literatura fantástica:

- * El universo de la ciencia ficción
- * El científico como bribón
- * El mito de la máquina
- * Arthur C. Clarke
- * Ray Bradbury
- * Ciencia ficción y sociedad
- * Los sueños de la ciencia ficción

y muchas otras reflexiones, fascinantes y de asombrosa riqueza, surgidas de una leyenda viviente en el ámbito de la ciencia ficción: Isaac Asimov.





teniendo el mismo nivel descriptivo, elemental-mente simple, lineal, hay una abundancia de ideas (en los cuentos) o una explotación a fondo de un tema (en la novela) que los transforman en obras rescatables.

rescatables En este caso, en cambio, parecen escritos con uno de los tantos manuales para escritores editados en Estados Unidos al alcance de la mano. Hay una defensa entusiasta y fácil del individualismo contra la Gran Sociedad en "A lo marciano", donde unos colonos marcianos son extorsionados por la Tierra, y terminan por triunfar y tenerla casi de rodillas. 'Juventud'' y "Engañabobos" son una ilustración de los consejos de veteranos escritores profesionales acerca de cómo lograr una identificación del lector con los personajes: adolescentes americanos típicos (es imposible no imaginarlos pecosos), más bien tímidos pero al fin triunfantes. En el primer caso el relato culmina con una de las vueltas de tuerca finales más gastadas del género (tal vez ocupe el segundo término, detrás de aquélla en que luego de

una hecatombe -en la

Tierra o en cualquier otro planeta— Adán Smith y Eva Braun reemprenden el camino de la civilización a través de la procreación).

En "Engañabobos" el protagonista, Mark Annuncio, es una metáfora perfecta del adicto a la ciencia ficción: memoriza absolutamente todo sin saber muy bien por qué y alguien lo describe como:

diferente a todos. Ha recibido una extraña educación y ve la vida de una manera iqualmente desviada y extraña. Se altera por cualquier cosa... y puede echarse a perder fácilmente". Como es lógico, hacia el final el aparente inútil (y alfeñique de 45 kilos) salva a toda la tripulación de una nave en un planeta extraño. Dentro del volumen, es el relato alargado de modo más artificioso, y la solución final es literariamente tan excitante como una página de un libro de texto sobre química

"En lo profundo", por último, cae también en el tono pedregosamente explicativo del resto del libro para describir el intento de contacto mental de una raza extraterrestre con un bebé humano.

Eduardo Dolpher





Libros que vendrán (de España)

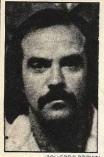
Ediciones Minotauro ha publicado El hobbit, de J. R. R. Tolkien, una novela de Angela Carter, La pasión de la Nueva Eva. un libro de cuentos de Christopher Priest, Un verano infinito y la novela Invernáculo, de Brian W. Aldiss, y anuncia los siguientes títulos: La afirmación (Christopher Priest), Rascacielos (J. G. Ballard), Héroes y villanos (Angela Carter), El silmarillion (J. R. R. Tolkien). Shikasta (Doris Lessing), Helliconia primavera (Brian W. Aldiss), Isla de cemento (J. G. Ballard), El lugar del principio (Ursula K. Le Guin). (Distribuirá Editorial Sudamericana.)

EDHASA, en su colección Nebulae, editó en los últimos meses los siguientes títulos: ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?, de Philip K. Dick, Un planeta llamado traición, de Orson Scott Card, Torrente de fuego, de Vonda N. McIntyre, Los solarianos, de Norman Spinrad y Los muchos mundos de Poul Anderson (dos volúmenes). Anuncia estas novedades: Moderan (David-Rego (Joan D. Vinge), Mago (John Varley), Ojos de ámbar (Joan D. Vinge), Lo mejor de Frederik Pohl, Herederos estelares (James P. Hogan), Loteria solar (Philip K. Dick). (Distribuirá Editorial Sudamericana.)

Ediciones Adiax ha publicado El muchacho que giraba, de Gertrude Friedberg, Los sabuesos de Tindalos, de Frank Belknap Long, Golem 100, de Alfred Bester, Señales en el camino, de Roger Zelazny, Forastero en tierra extraña, de Robert A. Heinlein, Viaje a través del cristal, de George Sand, Viaje a la Luna, de Cyrano de Bergerac, El crepúsculo de la ciudad, de Charles Platt, Venus más X, de Theodore Sturgeon. Anuncia los dos primeros volúmenes de Nuevas dimensiones, las antologías de Robert Silverberg, y Entre los muertos (Edward Bryant). (Distribuirá Continente.)

Martinez Roca publicó recientemente Los mundos de Jack Vance y Marciano, ¡vete a casa!. de Frederic Brown, y anuncia Amos de titeres (Robert A. Heinlein), Lo mejor de Poul Anderson, Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana, Lo mejor de la ciencia española. Tropas del espacio (Robert A. Heinlein), El amado de los dioses (Lester del Rey), El número de la bestia (Robert A. Heinlein). (Distribuirá El Caballito.)

18/ELPÉNDULO 10







GORODISCHER





ESTE NUMERO

Angélica Gorodischer (v. EP 1) publicó su primer libro de ciencia ficción, la novela Opus dos, hace quince años. Desde entonces ha liderado la producción argentina del género con una larga serie de relatos que han merecido la atención de antólogos nacionales y extranjeros. El que presentamos en éste, nuestro segundo número binario, reúne por lo menos dos características notables: la longitud de su título más de ochenta letras, una de ellas mayúscula) y su poder de evocación de un mundo dentro de otro mundo.

Philip K. Dick (1928-1982) nació en Chicago pero vivió casi siempre en California. Su primer cuento, "Más allá está el wub", apareció en 1952, y su primera novela, Lotería solar, en 1955. Desde entonces, hasta su muerte el pasado 2 de marzo, publicó casi medio centenar de libros. "Suspensión deficiente", uno de los últimos cuentos que escribió, explora una de sus obsesiones favoritas: la oposición entre el tiempo del reloj, recto e inalterable,

y el tiempo subjetivo, que se retuerce dibujando interminables laberintos.

Carlos Gardini (v. EP 5) vuelve a estas páginas con "Cesarán las lluvias", la curiosa historia de una nueva era ecológica en la que sólo nos toca ser espectadores.

Mario Levrero (v. EP 6), en "Los reflejos dorados", nos lleva al sótano y nos muestra qué hay del otro lado de la oscuridad.

Eduardo Abel Giménez, autor de "Quiramir", nació en 1954 y vive en El Palomar. Es músico (compositor e intérprete), y ha publicado cuentos y artículos en revistas argentinas y españolas.

Luisa Axpe (n. 1945) es psicóloga, v ha obtenido menciones en concursos literarios. "Principio y fin" es su primer cuento publicado.

Diana Bellessi y Mirta Rosenberg son poetas, y ambas interrogan a Angélica Gorodischer, que nos habla de su temprana relación con la literatura y con la imaginación.

Pablo Capanna, en "Armage-

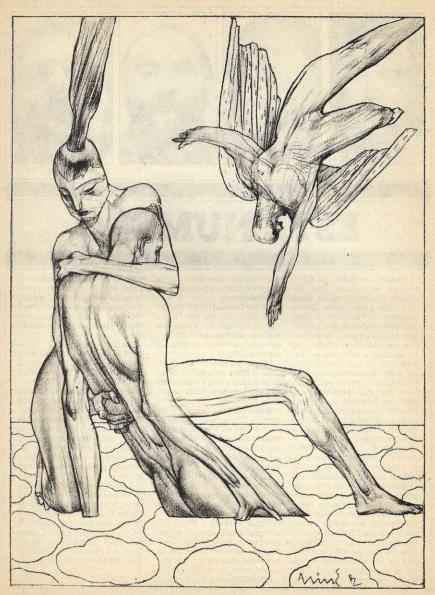
dones y guerras galácticas", estudia ante todo la novela más belicista de la ciencia ficción. Tropas del espacio, de Robert Heinlein, y las respuestas de Harry Harrison y Joe Haldeman.

Isaac Asimov, en "Los sueños de la ciencia ficción". enumera los temas que más usó el género, y los que usará en el futuro.

John Sladek, en la última parte de su libro Los nuevos apócrifos, analiza rumores famosos, profecías disfrazadas de anagramas y el fácil arte de ver lo que uno quiere ver.

lacques Tardi concluve su historieta El demonio de los hielos, y explica todos sus misterios.

Aníbal Vinelli escribe sobre la última película de Ridley Scott, basada en una novela de Philip K. Dick. Elvio Gandolfo recoge más polvo de estrellas, y Carlos Gardini, Pablo Capanna, Raúl Alzogaray, Sergio Gaut vel Hartman y Eduardo Dolpher trituran libros recien-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuando el combustible
de la Historia se acabe,
usaremos nuestro tiempo.

CARLOS GARDINI

CESARAN LAS LLUVIAS

Illustró CARLOS NINE

Los muertos caían y caían.

Las lluvias habían empezado mucho tiempo atrás, va nadie recordaba cuándo. Algunos días, como es natural, arreciaban más que otros, y los muertos, aunque distanciados por espacios regulares, caían casi incesantemente. De cualquier modo, nunca había consecuencias graves. Los muertos jamás mataban a nadie. Pero a Helena la seguían horrorizando, v Martín hubiera hecho cualquier cosa para consolarla. No era aprensión, no era miedo. Era horror puro y simple, un horror que se expresaba en asco, en un regusto de saliva amarga. Le repugnaba verlos caer así, desnudos, en el barro, las bocas abiertas en rictus espasmódicos. Después pasaban los días y se les desmigajaban las carnes, se les disolvían como cera, v los muertos se iban como derritiendo en el suelo. Todos caían desnudos, pero no todos eran iguales. Algunos eran viejos y plácidos, otros eran jóvenes y violentos; los había enteros, y mutilados, y escaldados, y descuartizados, y congelados.

Una vez, cuando Helena y Martín estaban en un campamento, un viejo desdentado había dicho: —Son los muertos de la historia.

Había seguido un murmullo aprobatorio, y el viejo, entusiasmado con su éxito, había repetido: "Son los muertos de la historia." Sin embargo, la frase esta vez sonó insulsa, o simplemente cayó pesada, pues todos se pusieron a hablar de otra cosa, mientras el viejo se iba quedando solo con su sonrisa sin dientes, mirando llover los muertos allá lejos.

Como casi todo el mundo, Helena y Martín habían dejado las ciudades. En el cemento los muertos también se disolvían, pero era diferente. Las carnes no se fundían con la tierra. Se pudrían más despacio, y en las ciudades el tufo a muerto era inaguantable, y además,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pensándolo bien, daba pena ver muertos descomponiéndose de esa manera. Por otra parte, en el campo la lluvia de muertos había abonado la tierra, u crecían árboles u plantas de formas extrañas. La gente se alimentaba de esas formas.

Martín temía confesárselo a sí mismo v nunca lo hubiera dicho en voz alta por temor a confirmarlo, pero sospechaba que esas formas extrañas eran de órganos humanos.

Huían de los muertos. Emigraban. Como tantos otros, buscaban la región donde no hubiera más lluvias de muertos, donde el ruido blando que hacían los cuerpos al chocar contra el suelo no les cortara el sueño, ni el hambre, ni las ganas de amar.

-Alguna vez cesarán las lluvias en alguna parte —decía Martín acariciando el pelo de Helena mientras miraban los muertos desde un refugio armado con piezas de autos, o desde algún galpón abandonado, o desde una estación de servicio desteñida por la herrumbre-. Y no tendremos que aguantar más este espectáculo horrible, ni soñar con estas cosas.

—Yo no sueño nada —decía Helena—. Es como si el horror me hubiera cortado los sueños.

Y Martín callaba, casi avergonzado, pues él tampoco soñaba, pero ni siquiera sentía horror. Sólo buscaba a tientas un modo de animarla, pero en realidad no sabía contra qué. Se quiaba únicamente por una intuición borrosa. Y algún muerto caía cerca, despatarrado, la boca abierta y ensangrentada, y los dos miraban y compartían una sonrisa triste.

—Jurame que alguna vez va a terminar -decía Helena en un arranque de dolor rabioso-. Jurámelo.

Martín murmuraba una promesa, y dormían, y al día siguiente reanudaban la marcha. Al principio cargaban provisiones, latas, o botellas, o los frutos de las plantas-de-muerto, como las llamaban casi todos los emigrantes, pero después empezaron a viajar sin bultos. Era un alivio, pero también un indicio de desesperanza. No tenían que llevar nada ni preocuparse por la comida precisamente porque los muertos lloverían dondequiera fuesen y siempre habría plantas.

Para colmo muchas veces se topaban con

emigrantes que viajaban en dirección contraria. Intercambiaban noticias funestas v miradas de desconsuelo, a veces comían juntos, v después cada viajero retornaba su rumbo como si lo que el otro había dicho no tuviera ningún asidero: guizá desconfiaban, guizá querían creer que había un error, quizá tenían la esperanza de que las lluvias cesaran para cuando llegaran ellos pero en realidad nadie se lo preguntaba, ni se ofendía cuando los demás desoían sus conseios.

-; De dónde vienen? -le preguntaban por

ejemplo a un viajero.

-Del sur. Mucha lluvia, en el sur. Y plantaciones enteras, cargadas de frutos. Ahora iba a tomar para el oeste, para probar suerte allá...

 Nosotros venimos del oeste. Muy malo. también.

-En fin, pero hay que seguir probando

suerte. ¿Para dónde van ahora?

Señalaban el sur. Y más tarde, después de compartir una comida o un té hecho con las plantas-de-muerto, cada cual seguía su rumbo, tras una despedida cortés.

A veces se formaban campamentos en algún valle, o cerca de alguna ciudad. Los campamentos eran casi permanentes, pero la gente cambiaba casi de un día para otro. Era curioso que se formaran cerca de las ciudades. pero así sucedía. Nadie vivía en ciudades, pero a todos les gustaba mirarlas de lejos. Eran como un lazo con el pasado.

Una vez, en uno de esos campamentos, encontraron a un hombre de barba roja y tupida. Viajaba solo, como tantos. La barba les llamó la atención, y se pusieron a hablar con él.

-¿Usted cree que habrá algún lugar sin lluvia?

A unos metros llovió un muerto, un adolescente rubio de piel blanca. El de la barba roja lo miró con cierto rencor, y luego habló.

—No sé, ni me importa. Yo viajo por viajar. Decir esas cosas era una grosería, y el tono también era grosero. Muchos viajaban por viajar, pero pocos se atrevían a decirlo. Pocos se atrevían a expresar en voz alta que estaban seguros de que era igual en todas partes, siempre cadáveres que llovían y llovían, y no tenía sentido andar de aquí para allá.

Pero todos seguían. Era un modo de dis-

traer ese tiempo quieto, de crear una esperan-

za, de pasar los años.

Y Martín y Helena iban de aquí para allá, alentaban la esperanza que habían creado. Jurame que alguna vez va a terminar, decía ella a veces, como en trance. Pero con todo, no podía decirse que no fueran felices. Había tanta gente sola, tanta gente que sólo buscaba amigos para compartir una cena o amantes para pasar una noche, que en medio de tanta lluvia y soledad dos seres que se amaban tenían que ser felices de algún modo. Eran una excepción como ese hombre que viajaba por viajar, y tal vez por eso, mucho tiempo después, lo encontraron de nuevo. Ellos sabían que era mucho tiempo después, porque amándose habían acumulado recuerdos, esos recuerdos que se van cristalizando y adhiriendo como pólipos en la memoria y el cuerpo de los que se aman, esos recuerdos-chuchería que nadan en algún limbo impreciso, sin identidad, pero que juntos forman tiempo, tiempo sólido y firme. Era una forma de medir, y ya que nadie trabajaba, nadie sembraba ni cosechaba nada, todo era viajar y viajar, muertos fundiéndose en la tierra, cualquier forma de medición era mucho.

De nuevo les llamó la atención la barba y se le acercaron. El hombre no los reconoció al

principio.

—Ah, ustedes —dijo después. Y añadió con una sonrisa hiriente—: ¿Encontraron lo que buscaban?

No contestaron. Después de una pausa de silencio, Helena preguntó, casi acusatoriamente:

-¿Y usted sigue viajando por viajar?

Pronto, pronto, le decía Martín mientras caminaban, pronto terminará todo.

ninaban, pronto terminará todo.

—Pronto, vas a ver. No puede durar para

siempre.

-¿No puede? Pero dura y dura. Son años, Martín. Años. Martín, ese hombre...

-¿Cuál hombre?

—El de la barba roja. ¿Cuánto hacía que lo habíamos conocido?

-Bueno, años. ¿Por qué?

—Estaba igual. No había cambiado en nada. Ni la ropa le había cambiado. Es raro, antes nunca me había fijado porque nunca vemos otras personas. Uno siempre viaja y viaja. Pero él estaba igual. Nosotros también estamos iguales...

-; Adónde querés llegar?

—¿Alguna vez viste morir a alguien? Desde que empezó la lluvia, digo. ¿Oíste que alguien hablara de muertos, de sus propios muertos?

-Sigo sin entenderte.

—Es fácil de entender. Nunca se ve morir a nadie. Se ven llover muertos, pero nunca muere nadie. Y nunca se ve nacer a nadie, y nunca se ven mujeres embarazadas.

Caminaban y caminaban. De vez en cuando oían plop, plop, en el barro. Las plantas-demuerto festoneaban los montes. Vivir era eso, ir caminando y caminando, y plop plop en el barro. Alquna vez va a terminar, decía Martín.

Y la tristeza de Helena iba en aumento. De golpe, un día se largó a llorar. Estaba inconsolable, y Martín se sintió desconcertado, porque las cosas nunca habían llegado tan lejos. Estaban sentados en unas piedras, frente a una ciudad abandonada. Los edificios mugrientos se recortaban contra el cielo blanco. Ya va a terminar, le decía Martín, y ella sacudía la cabeza. Frente a la ciudad había gente. Era tan raro ver a Helena así, tan desanimada, y sin embargo las lluvias parecían haber amainado un poco últimamente.

-Martin -dijo al fin moqueando-, me pa-

rece que estoy embarazada.

Martín se echó a reir, abrazándola.

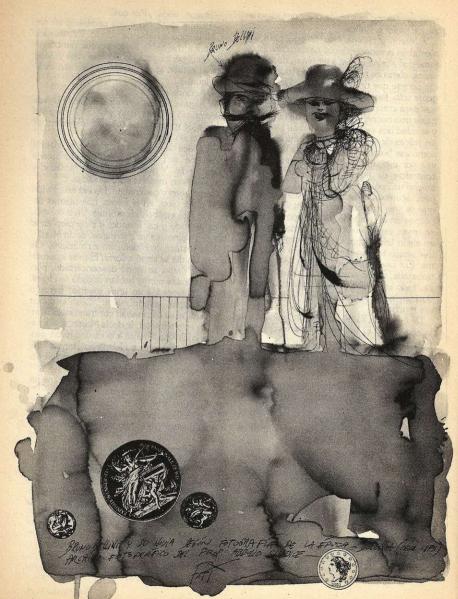
—¿Entonces por qué estás así? ¿Por eso sentis miedo? Mirá, hoy vamos a tener compañía. —Señaló el grupo de gente. — Podremos celebrarlo con una fiesta.

-No creo que estas personas estén con

ánimo, Martín. ¿No ves lo que hacen?

Martín miró con más atención. Bajo un cielo limpio, entre plantas de muerto marchitas, enterraban a alguien. Helena acarició la mano de Martín como un objeto infinitamente frágil.

© 1982. Carlos Gardini.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Todo consiste en pasar de las geografías irremediables a las que no lo son.

ANGELICA GORODISCHER I

DE COMO CINCO AVENTUREROS DESCENDIERON A LAS PROFUNDIDADES Y DE LOS SUCESOS QUE ALLI ACONTECIERON

Ilustró FATI

a Laura Benetti y a la memoria del Pichi Huinca

Estaban alrededor de una de las mesas del Burgundy y eran como las dos de la tarde, el Cuervo, el Pichi Huinca, Laura, Jorge Isaías alias The Tiger of The Pampas, y Trafalgar Medrano.

—Pues a que no sabéis quién se nos ha muerto.

Dijo Jorge que venía con viento idiomático a favor porque acababa de contar un cuento de gallegos, cosa que es una infamia porque no hay más que acordarse de don Miguel de Unamuno por ejemplo aunque don Miguel era vasco, y de Fray Bastien de Montemayor y Eguiluz, y de don Juan Arcal que era aragonés y era mi abuelo. Pero para qué vamos a andar

cavilando sobre detalles y personas que nada tienen que ver con lo que viene a continuación.

-Quién -dijo Laura.

-Bruno Bellini, ahí tenés -dijo Jorge.

Qué barbaridad —dijo el Pichi Huinca.
 Vos querés decir Benvenuto Cellini —dijo

Vos querés decir Benvenuto Cellini —dijo
 Trafalgar.

—Vamos, maestro, que tan despistado uno no es —dijo Jorge—. Bruno Bellini, eso quiero decir.

—La gente se ha vuelto flojona —dijo el Pichi Huinca—. Mucho progreso, mucha electrónica, mucho antibiótico, pero viene el invierno y caen como moscas, Hay que casti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gar el cuerpo, mi amigo, eso es lo que hay que hacer. Levantarse a las cinco de la mañana.

-Ay -dijo Laura-, no lo digás ni en bro-

ma.

—Callesé, mocosa —dijo el Pichi Huinca—. respete a sus mayores. Levantarse a las cinco de la mañana, hacer flexiones durante una hora por lo menos, darse una ducha fría, tomar unos amargos y una copita de grappa, no abrigarse mucho y salir a trabajar. A pie. Nada de auto, y menos de motocicletas, caramba.

Laura no dijo nada: respetó a sus mayores. pero se retorcía en la silla. Marcos la miró y se sonrió porque los oía; estaban cerca de la barra en una de las mesas de allá atrás, por ahí por donde le gusta ir a sentarse a mi tía Jo-

-¿Y cuándo murió este muchacho? -preguntó el Cuervo.

-Supongo que no vas a pretender arrastrarnos al velorio -dijo Laura.

-En mil ochocientos ochenta -dijo Jorge-, hace hoy justo cien años, lo leí en Clarín, venía con recuadro v todo.

-Pobre tipo -dijo el Cuervo-, mirá todo lo que se ha perdido por morirse hace cien

años.

—Ya ves, Pichi Huinca —dijo Trafalgar—, que sin progreso y sin antibióticos la gente se moría igual.

 Pero no tanto porque no había motocicletas —dijo Jorge—, y había mucha menos gente.

-Dejá de hacer humor negro -dijo Laura—. ¿Quién era Bruno Bellini?

-¡Cómo! -dijo Trafalgar Medrano-.; Pero vos no sabés quién era Bruno Bellini? Parece mentira m'hijita, con una madre culta como tenés, con una carrera universitaria casi terminada, no saber esas cosas. A veces te doy la razón, Pichi Huinca, qué se puede esperar de la juventud de hoy en día.

-Ah, sí -dijo Laura-, te juego lo que

quieras a que vos tampoco sabés.

-Claro que no -dijo Trafalgar-, pero yo no soy más que un humilde comerciante y no siempre puedo andar entre gente instruida.

-Bueno, basta, ché -dijo Jorge-, ni los diarios leen ustedes, qué vergüenza, y uno tiene encima la pretensión de vender libros. Bruno Bellini era un químico italiano que nació en Novara en 1849.

-Mirá qué joven se murió -saltó Laura-¿Ves, Pichi Huinca, ves? Para mí que no castigaba el cuerpo.

-Le iba muy bien -siguió Jorge como si nada— y hasta daba clases en la universidad de Bolonia y hacía esos experimentos que hacen los químicos y publicaba tratados y daba conferencias. Pero un día va y se le muere la novia un mes antes de casarse. La muy idiota se cayó por el balcón, podés creer, y se hizo puré en la calle. Eso al Bruno le trastornó la azotea, no me interrumpás, Laura, no me expliqués nada, mirá que yo soy un romántico que prefiere que la gente se vuelva loca de amor y no de sindromes obsesivos ni de brotes paranoides. Le revolvió la sesera y aunque siguió dando clases y diciendo discursos y portándose como un químico serio y trabajador, le dio con que no todo estaba perdido y se puso a investigar en secreto para demostrar la existencia concreta del alma.

—¿La qué? —graznó el Cuervo.

-Hágame el favor -dijo el Pichi Huinca.

Trafalgar Medrano no dijo nada.

—Típico —dijo Laura.

—Lo que él quería —dijo Jorge— era averiguar cuál era la composición química del alma para fabricar en el laboratorio una que fuera igual a la de la mina del balcón, meterla en una bolsita de polietileno.

—No había —dijo el Cuervo.

 Bueno, en una caja de marfil tallado, también vos, qué te hace un anacronismo más o menos, y después plantársela a alguna otra mina en el momento en que muriera y su propia alma la abandonara.

—Lo que él quería era otra mina —dijo Tra-

falgar—, qué tantas vueltas.

Lo que él quería era el raje perfecto de la

realidad —dijo Laura.

—La cosa es que un día lo metieron en cana por robar cadáveres frescos y por hacer líos en los entierros de señoritas atractivas —dijo Jor-

-¿Y por eso pasó a la historia? -dijo el Pichi Huinca—. Vea qué antecedentes lamen-

tables para hacerse famoso.

-Pero no -dijo Jorge-, pasó a la historia por lo de antes, cuando estaba cuerdo, por los trabajos de química que había hecho y los libros que había escrito sobre la composición de no sé qué gases y el comportamiento de los sulfuros o lo sulfatos o los sulfitos o algo así. Además como no era para tanto y se probó que no quería los cadáveres para actividades necrofilicas, lo largaron al poco tiempo, y entonces se hizo anacoreta.

—Andá —dijo Trafalgar.

—Si te digo que lo leí en el diario y que fui a una enciclopedia a ver si era cierto, no veo por qué tenés que ponerte incrédulo.

-Se puso un sayal y agarró un báculo y se

fue al desierto, contame.

—A una cueva —dijo Jorge.

—El símbolo adecuado —dijo Laura que hacía semanas que andaba con Jung bajo el brazo, mejor dicho con un libro distinto de Jung cada tres o cuatro días.

—Y se supone que murió ahí.

—Cómo se supone —dijo el Pichi Huinca—, si vos acabás de decir que hoy hace justo cien años que murió.

—Claro, porque se metió en la cueva y no salió más, pero alguien siempre lo veía ir y venir en la oscuridad de adentro o acercarse a la entrada, y las viejas mojigatas le alcanzaban comida. Un día ya no lo vieron y empezaron con que se había muerto o estaba muy enfermo pero nadie quería entrar por el asunto medio fulero ése de los cadáveres robados, y cuando se decidieron y entraron con policía y todo que eso vino a ser como tres meses después, no se veía a nadie adentro de la cueva.

-Había rajado y tiraba manteca al techo en

París —dijo Trafalgar.

—Callesé, compañero, no me arruine la escena final —dijo Jorge—. Encontraron un jergón de hojas secas y rarnas, nada cómodo, una mesa bastante mal hecha, unos libros de oraciones, una calavera, unas velas, esas porquerías que es obligación tener si uno se hace ermitaño. Y vieron que el tipo había alisado una de las paredes de la cueva y había pintado con los dedos, usando el barro colorado que había por todas partes, un retrato de la tarada que se le había venido en banda desde el balcón. También había cavado una tumba.

—Claro —dijo Laura—, y no me interrumpas vos a mí ahora. Fijate que ese tipo de personalidad neurótica no sólo se rinde a tánatos sin pelear sino que la busca, la corteja y la seduce, y el triunfo final es goce precisamente porque es dolor y duelo. La preparación de la tumba era inevitable, estaba cantada. Y casi te diría que la caída de la mina desde el balcón no fue accidental: por algo él había elegido a esa mujer y no a otra.

-Muchacha, sos un genio -dijo Jorge.

—Para quién era la tumba —preguntó Trafalgar.

—Para él —dijo Laura—, para quién iba a ser. Simbólicamente también era para ella, claro, y era algo más que una tumba.

-Un genio -dijo Jorge-, te digo que es un

genio.

—Delirios psicoanalíticos aparte —dijo el Cuervo—, cómo sabés que la tumba era para él.

—Porque él estaba adentro —dijo Jorge.

Causó sensación. Dice 'Marcos que causó sensación. Hasta se sonrió por debajo del bigote y se lo retorció con suficiencia. Los otros, silencio absoluto.

-Puafff -hizo por fin el Pichi Huinca.

—Melodramático mal gusto, si querés mi humilde punto de vista —dijo el Cuervo.

—Me imagino el olor —dijo Trafalgar.

Jorge volvió a causar sensación cuando dijo que no había nada de olor porque el cadáver no estaba descompuesto.

 De manera que la opinión pública se largó a fantasear y se llegó a tres posibles soluciones. Primera, que no estaba muerto sino cataléptico. Segunda, que se había muerto el día anterior o hacía un rato nomás. Tercera. que se había muerto hacía tres meses, el día en que dejaron de verlo, que es el que el diario dice que se tomó como fecha de la muerte, y que era un milagro. Como la tercera era la más disparatada, se quedaron con ésa y se fueron a reculones y persignándose a hablar con el obispo. Pero la Iglesia también tiene sus burocracias, y hasta que contaron y se les tomó formalmente declaración v se hicieron petitorios y se elevaron a Roma, pasó otro mes. Y cuando volvieron a entrar en la cueva que ya era medio lugar de peregrinación como que había habido que poner una reja para que nadie anduviera revolviendo y quizá profanando, el cadáver va no estaba. Y no se lo encontró nunca más.

—Alguien se lo robó.

-No estaba muerto.

- —Claro, cómo se iba a morir un loco lindo como ése.
 - -¿No sería un veintiocho de diciembre?

—Seguro que por ahí anda, envasando almas en latas de paté de pavita.

-¿Ves que no se puede creer en lo que di-

cen los diarios?

—Y menos en las enciclopedias, que vende Jorge.

—El tipo está vivo, qué te juego.

—A la otra cuadra de mi casa vive un viejo de apellido Bellini, no será ése. Claro que éste es agrimensor.

—Qué poco adecuado.
—¿Se llama Bruno?

—Ya se sabe que a los agrimensores les importa un pito del alma.

-No, se llama Roberto ele.

-Es más, se dice que no tienen alma.

-No es.

—Además no va a andar viviendo a la otra cuadra de la casa de alguien.

-¿Te lo imaginás en un departamento de dos ambientes?

—Debe estar en alguna cueva.

—Eso —dijo Trafalgar y pegó con el puño en la mesa—. Eso mismo.

Todo el mundo preguntó algo pero Marcos estaba ocupado y no les llevó mucho el apunte.

-A ver -le preguntaba al rato Trafalgar a

Laura—, qué es una cueva.

—Y yo qué sé, ché, ¿te creés que estudio geología ahora? Una formación subterránea natural, supongo.

—Pero no. ¿Qué dicen Freud y Jung y Adler y todos esos piantados del año cero que es

una cueva?

-Ah -dijo Laura-. Bueno, mirá, hay que

tener en cuenta varios niveles.

—Ahí está —dijo el Cuervo—. Es por eso que un tratamiento con un reducidor de cabezas dura diecisiete años por parte baja.

—Callate, qué sabés vos —dijo Laura.

—Cállense los dos —dijo Trafalgar—. Decime, muñeca, una cueva significa algo, ¿no?

—Todo significa algo.

—Sonamos —dijo Jorge.

—Quiero decir —dijo Trafalgar— que si vos soñás todas las noches con cuevas o si te creés que vivís en una cueva y no en un quinto piso de la calle Mitre, o si creés que vos sos una cueva y no un pasable exponente del otro sexo, el jíbaro del diván tiene que empezar por las cuevas, ¿eh?

—No es rigurosamente necesario, pero si uno no hace más que hablar de cuevas, se em-

pieza por cuevas, claro.

—Bueno —dijo Trafalgar—, empecemos por las cuevas.

-Y eso qué quiere decir -dijo el Pichi

Huinca.

—Vos también sos un genio, Medrano —dijo Jorge.

-No sé si los entiendo -dijo el Cuervo.

Pero sí que me entienden. Nadie lo vio morir al Bruno Bellini, ¿no es así? Nadie comprobó que estaba muerto ahí en la tumba si es que el que estaba en la tumba era él, ¿no es así? Los diarios sacan una notita con recuadro y todo y aseguran que se murió hace cien años. Pero ponele que no, y que ande investigando el alma o que la tenga ya investigada a fondo. Un tipo al que se le ocurren esas cosas y que además de ocurrírsele las pone en práctica, no se muere así nomás, no es tan fácil. Y fijate que no es el que vive a la otra cuadra de tu casa. Ergo: tiene que andar todavía por las cuevas. Y más ergo: a quién no le gustaría encontrarlo y charlar un poco con él.

—Por supuesto que tenés razón —dijo Jor-

ge.

—Qué imaginación enfermiza —dijo el Pichi Huinca.

Pero la cosa es que por qué no lo iban a intentar. Como siempre, hubo un lío a ver quién pagaba. Ganó Trafalgar con protestas de Jorge y del Cuervo y abstinencia de Laura que es una niña bien educada y sabe comportarse. El Pichi Huinca no terció porque considera que a los ancianos, como a las señoritas, los tienen que invitar los demás. Se pararon junto a la puerta.

-Vamos a organizarnos -dijo el Pichi

Huinca—. ¿Por dónde se empieza?

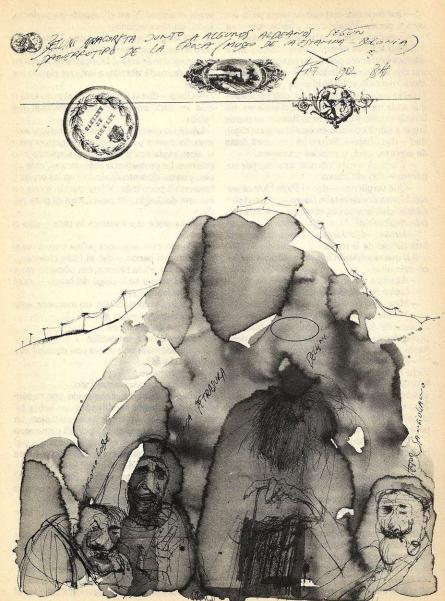
—Por cualquier parte —dijo Laura—, con todas las cuevas que debe haber en el mundo, da lo mismo. Pero no demoremos mucho que después quiero ir a buscarlo a Jorge.

—Si me tenés al alcance de la mano, belleza

-dijo Jorge.

Escuchame, no te me pongás seductor. El otro Jorge.

28/ELPÉNDULO 10



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Qué tiene este tipo que no tenga yo, a ver, vamos, decime. Vitrales tiene, y barba, gran cosa.

-Seriedad -dijo Trafalgar-. Andando.

Serían las tres menos cuarto cuando andaban por la primera cueva. De morondanga, como dijo el Cuervo. Pintoresca, aseguró de primera intención el Pichi Huinca.

—No me van a hacer creer que un feligrés que anda tratando de sintetizar el alma con tubos de ensayo y un mechero Bunsen se puede llegar a sentir cómodo en esta cueva sin dignidad —dijo Jorge—. Pero mirá eso, mirá, latas de cerveza, mirá, y papeles grasientos.

-Y artículos más íntimos; usados, por su-

puesto -dijo el Cuervo.

—Qué vergüenza —dijo el Pichi Huinca mirando para donde estaba Laura—. ¿Usted permitiría, ché, que sus hijas vieran este espectáculo deplorable?

—Jamás —dijo Jorge—. Tengo la escopeta

lista debajo de la mesa.

Así que resolvieron ir a ver qué había un poco más abajo.

-Altamira -dijo el Cuervo.

—Lascaux —porfió Trafalgar.

-Miren, miren -dijo Laura.

—No me interesa —dijo Jorge—, todo ese asunto de los hombrecitos y los bisontes prehistóricos me tiene sin cuidado, yo no paro hasta no ver el retrato de la mina del balcón.

—A mí dejenmé de esas cosas —dijo el Pichi Huinca—, serán muy interesantes para la arqueología y la historia pero yo prefiero un cuadro de veras, con una pintura más real, más llena de sangre y de vida, caballos al galope por la pampa por ejemplo, eso que uno mira y le parece sentir el viento silbándole en las oreias.

-Vos también sos un romántico, Pichi

Huinca —dijo Jorge.

-Psssé.

—Son unos burros los dos —dijo Laura—, vengan, vengan a mirar y a desasnarse. Miren esta figura, no, ésa no, ésta con cabeza de animal, ¿ven?, probablemente era una máscara, pero sobre todo era un puente entre el símismo y el mundo externo y natural, no contaminado, ¿te das cuenta? El tipo se ponía la máscara y se incorporaba al universo: no sólo estaba propiciando sino que estaba protegido por el animal, y más todavía, él era el animal así que lo que hiciera o sintiera lo iba a hacer y

sentir el animal. Y así el cosmos era perfecto, sano, sin disociaciones.

—La chica tiene razón —dijo Trafalgar—, pero en este momento el cosmos no es perfecto porque dónde está el fabricante de almas en cajitas de marfil labrado, a ver, que alguien me lo diga.

—Claro —dijo el Cuervo—, si algo no está o está en otra parte, de qué perfección me

hablás.

Laura no quería irse. Había guerreros y mujeres danzantes y no caballos a la carrera pero sí alces vigilantes y hasta una serpiente con cuernos. Le prometieron más danzas, más alces, y hasta el viento silbándole en las orejas y bajaron un poco más. Y hay que decir que no fue una desilusión, ni para Laura ni para nadie.

-Me parece que metimos la pata -dijo el

Cuervo.

—Bueno, ché, entonces yo me voy; a ver si me cierran el banco —dijo el Pichi Huinca.

- —Pero no, Pichi Huinca, no, cómo te vas a ir —dijo Laura y se le colgó del brazo—, mirá dónde estamos.
- —Vamos, vamos, m'hija, no macanee, esto no es una cueva —dijo él.

—Sí que es, sí que es.

—En todo caso son varias.

—¿Dónde viste una cueva con paredes empapeladas vos?

-Y por qué no.

-Agarremos para aquel lado.

Había un corredor flanqueado por cariátides aladas, de ojos sombreados con kohl y túnicas flotantes de larné, que sostenían un techo brumoso muy alto, y por allí caminaron hacia el sur, hacia las estaciones termales y el carnaval de Dionisos, como dijo Jorge, hasta desembocar en una cosa terrible de ver.

-¿Estás contento ahora, Pichi Huinca?
-preguntó el Cuervo-. Esto sí que es una cueva, la mamá de todas las cuevas.

-No jorobe, ché -contestó el Pichi Huin-

ca-. Esto es una catedral.

—Las catedrales de papel de Tippanerwade III —dijo Trafalgar—, los mausoleos de piedra blanca de Edamsonallve-Dor.

—Las termas de Roma —dijo Jorge—. Funcionarios panzones untándose con aceites, jueces biliosos hundidos hasta el cuello en el agua tibia, esclavos nubios pisando descalzos los mosaicos de colores, la luz blanca sobre las fuentes y las ánforas, y afuera el otoño del Imperio.

—Oí hablar una vez de un tipo que encontró el universo en una habitación de su casa —di-

jo Trafalgar.

—Es muy temprano para eso —dijo Laura despacito—, si hasta tengo tiempo de ir a buscarlo a Jorge.

—No han de haber cerrado el banco todavía

—dijo el Pichi Huinca.

Atravesaron la cosa terrible de ver, entre el incienso y las miasmas, a largos pasos por los callejones de Lagash y el asfalto caliente de Brooklyn y las murallas de Palma Nova, cruzando andenes y estadios y avenidas de pinos entrevistos por músicos y el escenario en el que se cantaba Madame Butterfly y los atrios de basílicas sagueadas, al borde del Gran Canal, por la puerta de Damasco, del otro lado del río y entre los árboles, hasta llegar a Baker Street. En donde les fue abierta la puerta para que entraran al vestíbulo que olía a madera y a tabaco: se oía sonar el violín, y de vez en cuando la voz grave de un hombre, un caballero, sin duda, que hacía comentarios benévolos; la puerta se cerró y golpearon en la calle los cascos de los caballos sobre el empedrado irregular. Subieron por la escalera de baranda labrada y dejaron oír las voces del violín, el hombre y el coche, y resultó que estaban en la antecámara de la biblioteca ilimitada y periódica en la que tuvieron que no ver al hombre invisible y por la que bajaron una vez y otra y muchas veces los hexágonos, sin encontrar por supuesto, el libro único cuya página central no tiene revés.

-Las bibliotecas me deprimen -dijo Tra-

falgar mientras iba bajando.

-Ahá -dijo Jorge-, como si vos no tuvieras biblioteca en tu casa.

-Eso no es una biblioteca, Tigre, ésos son mis libros.

—Francamente, qué manera de haber libros —dijo el Cuervo—; salgamos de acá de algún modo, aunque sea por la ventana.

—No hay ventanas —dijo el Pichi Huinca—. ¿No te diste cuenta de lo mal ventilado que está esto? Debe estar todo comido por las polillas. ¡Fijiuuu!, le das un soplo y se hace polvo.

- —No tiene ventanas pero tiene sótano —dijo Jorge.
 - -Cómo sabés.
- —Digo. Eso es una puerta trampa. Y las cosas como puertas trampas suelen llevar a cosas como sótanos.

Levantaron la tapa que chirriaba.

—Hmmm —hizo Trafalgar—. Hasta puede que sea una bodega.

No era. Bajaron por los escalones de piedra que se retorcían y volvían sobre sí mismos, siempre para abajo y más abajo.

—Ahí tenés otra cueva.

-Y una luz.

. —Es el mechero Bunsen de Bruno Bellini —diio el Cuervo.

No, tampoco era. Era una lámpara Miller, muy pulida, muy brillante, con tulipa de opalina blanca, sobre una mesa Chippendale con tapa de mármol blanco. Junto a la mesa, en una silla de respaldo muy alto, se sentaba una mujer muy vieja, muy bella, muy tranquila, que tejia frivolité.

—Hola —dijo Laura.

La mujer dejó de tejer, se sacó los anteojos y la miró. Después lo miró al Pichi Huinca:

-Es muy joven, ¿no? -le preguntó.

—Una criatura —dijo el Pichi Huinca—. Ahí la tiene, estudia, tiene un novio, sale y se divierte, es libre, no tiene responsabilidades ni problemas. Yo no sé de qué se quejan los jóvenes.

-Digame, señora -dijo Jorge-, ¿usted no

lo conoce a Bruno Bellini?

—Bellini —dijo la mujer—. Me suena. A ver, espere. Estaba Jacopo Bellini, que pintaba. Giovanni también pintaba, y Gentile que era el hermano, también.

-No -dijo Trafalgar-, éste es químico.

—Ah, no, entonces no eran. Tampoco pueden ser Vincenzo Bellini que era músico, ni Romolo que era alquimista. ¿No será ése? Usted sabe que de alquimista a químico hay apenas unos años de diferencia.

-No, no. Bruno, Bruno Bellini se llama.

—Me parece. Déjeme pensar. Me acuerdo de Richard Emerson Bellini que era mafioso, un pionero en su especialidad, ¿usted oyó hablar de los punzones para picar hielo? Y también de Benito Bellini que tenía una cadena de zapaterías, y de Giancarlo Bellini que

cantaba. Y de Ercole Bellini que era pastor y no sabía ni leer ni escribir; además no andaba muy bien de la cabeza y se volvió enteramente loco cuando se enteró que era hijo natural del señor de Fiesole. Y por supuesto me acuerdo del Cardenal Bellini y del Rabino Bellini y del apóstata Procusto Bellini. ¿Quiere creer que hubo un Bellini en la guerra de los Boers?

-¿Y a Roberto L. Bellini lo conoce?

-Pero claro, el agrimensor. Bella persona créame. Del que no me acuerdo es del químico. Es que tampoco se puede pretender que me acuerde de toda la gente del mundo, me parece.

—No, por supuesto que no.

La mujer bella se puso los anteojos y siguió tejiendo frivolité.

Lamentamos haberla molestado.

-No es nada, no es nada, lo que pasa es que a veces me irrita comprobar cuántas cosas le endilgan a una. Hay ciertas injusticias que todavía no se han reparado, ustedes comprenden.

—Sí —dijo Laura.

-¿Ve? -le dijo la mujer al Pichi Huinca-, ella es muy joven pero comprende.

-No saben nada de la vida, le aseguro -dijo él-. Qué quiere que sepan a los veinte

años... Se fueron y la mujer los saludó con la mano. -Coma siempre del fruto del árbol prohibido, jovencita, no se deje amilanar -le gritó a

Laura. Laura lloró un poco mientras se alejaban, pero no mucho porque Trafalgar estaba allí y le encanta levantar el ánimo de damiselas tristes, así que le ofreció casarse con ella. Entonces Laura se rió y le dijo que estaba medio loco y él le contestó que sí, que por supuesto, y que menos mal que ella se había dado cuenta porque él no tenía ganas de casarse con nadie.

-Pero creo que sería un excelente marido

-le dijo.

Laura volvió a reírse.

Y hablando de todo eso fue que llegaron a una cueva pedregosa y blanquecina, muy redonda, muy tibia, muy cómoda, muy a propósito para hacer la siesta o para dormir la mona o para descansar cien años sin hacer nada, oyendo correr un hilito de agua que caía en alguna parte. Y en cuanto los cinco se sentaron

en el suelo, con un suspiro de satisfacción como se hacen esas cosas, empezaron a llegar ellas.

Casi todas eran delgadas, frágiles, delicadas, aunque había unas pocas que tenían sus buenos kilos de más. Todas tenían ojos brillantes y estaban muy bien peinadas y usaban vestidos fruncidos en la cintura o polleras plisadas, ropa muy escotada, de mangas cortas y de colores alegres como si hubiera sido verano en el campo. Y les sonreían y se les acercaban de todos lados.

-Mi Dios -dijo Trafalgar-, las novecien-

tas abuelas de Rafael Aloysius.

Pero no eran novecientas, eran muchas, muchas más, vestidas de amarillo, de blanco, lavanda, anaranjado, rosa, lila, celeste, verde agua, gris perla, y tendían los brazos:

-Mi chiquita -dijeron algunas. Venga para acá —dijeron otras.

Una de ellas, vestida de lila, cuello y puños de encaje, aros de perlas, abrazó a Laura y la apartó de los demás. Vinieron otras, y otras, y otras más, y se la fueron pasando de abrazo en abrazo, acunándola, cantándole, haciéndole caricias, enlazándole tantos dedos en el pelo, hablándole como se les habla a los bebés; sonriéndole, sentándola en las faldas, hamacándola.

-Por lo visto para nosotros no hay nada

—dijo el Cuervo.

-No diga insensateces, por favor -le dijo enojada una mujer alta, de pollera amarilla y blusa blanca-. ¿Usted fue a la guerra acaso? -¿Yo? -dijo el Cuervo muy sorprendi-

do-. No, yo no, pero ella tampoco.

-Qué insolencia -dijo una mujer vestida de rosa—, pero qué insolencia inaudita. ¿Has oído, Aglae?

-Parece mentira, Rosamunda -dijo una mujer rubia y menuda—. Uno ya no sabe qué

pensar.

Oiga, señora, ¿qué tiene que ver la guerra

acá? —preguntó Jorge.

-¡Ajá! -dijo una mujer de vestido celeste-. ¿Cómo que qué tiene que ver la guerra? Como si se tratara de la guerra.

-Pero usted dijo.

-En primer lugar, yo no dije nada, fue Ripsina la que habló de guerra. Y en segundo lugar, jovencito, si usted no sabe distinguir una figura retórica, sería conveniente que se quedara callado cuando los demás hablan.

-Bravo, Cenobia.

—Y en el mismo orden de cosas —dijo una mujer corpulenta vestida de blanco—, yo podría preguntarle si a usted alguna vez lo crucificaron.

-Muy bien dicho, Camila.

-Es que no es posible permitir ciertas cosas. Petra.

—¿Lo llevaron a la hoguera?

-¿Alguno de ustedes sufrió el garrote?

—¿Se sentaron en el potro? —¿Subieron a la guillotina?

-¿Salieron a la arena? ¿Los despedazaron los leones?

-; Atravesaron el Berezina?

-¿Los colgaron por el cuello hasta morir?

—Claro, eso mismo. Contesten.

- —Es que hay cosas, Antonieta, que a uno le cuesta admitir.
- —Estoy de acuerdo, Genoveva. Qué pretensiones las de estos señores.
- —Ahora que lo pienso —dijo Trafalgar—, ahora que lo pienso, sí, ustedes disculpen pero sí, nos pasó todo eso.

-¡Cómo!

—No hagas caso, Teodora, lo mejor es ignorarlos.

—No, no, Zuleika, disentimos. Contesten, ¿así que a ustedes los izaron al cadalso, los

supliciaron, murieron de frío?

—Mire —interrumpió Trafalgar—, en realidad a nosotros no, nosotros hemos tenido una vida más bien tranquila, diría que hasta regalada, pero a muchos les pasó algo de todo eso, y a otros les pasaron varias de esas cosas que ustedes decian.

—Lo que es yo no tuve una vida regalada —dijo el Pichi Huinca—, qué se creen. Nadie sabe como yo lo que son las noches de frío y soledad en la Patagonia, a la intemperie, con el apero por almohada y un poncho por abrigo y el aliento de los animales por calefacción. Nadie sabe lo que es desear con la panza vacía una mesa bien puesta y con los huesos doloridos una cama decente. Nadie sabe lo que es conseguir todo eso y mucho más para venir a descubrir que se estaba mucho mejor con frío y con hambre, y no sólo porque uno tenía cuarenta años menos. Así que no hablés por mí, hacé el favor.

—No te enojés, Pichi Huinca —dijo Trafalgar—, que yo también he pasado las mías y vos sabés que respeto las tuyas.

—Pero éstas qué se piensan —dijo Jorge—, ¿que uno se sienta a escribir versos de puro lleno de alegrías y satisfacciones que uno ha pasado en la vida?

—A la guerra, mirá vos —dijo el Cuervo—, a la guillotina, mirá vos. Hay cosas peores, si lo

sabrá uno.

Pero las mujeres les daban la espalda y parloteaban entre ellas sin oírlos. Laura ronroneaba con los ojos cerrados y sonriendo. También, no era para menos: las mujeres vestidas de verano tenían manos suaves y regazos blandos y voces de seda; olían bien, olían a miel y a claveles y a nuez moscada y a tierra húmeda en el sol y a torta recién horneada; eran poderosas y sonrientes y le rascaban la espalda con dedos rápidos y le contaban cómo era que había nacido y cómo era que había muerto la sabiduría.

A ellos eso les era casi imposible de soportar. Estaban incómodos e irritados, estaban impacientes, pero sobre todo estaban celosos y tristes. Sin embargo, ya se sabe que los hombres no lloran. Puede ser que vayan a la guerra y que suban al cadalso, pero no lloran.

-Vamos -dijo el Pichi Huinca-, vamos

que se me hace tarde.

—Momento —dijo Jorge—, esperémosla a Laura.

—¡Eh, muchachita, nos vamos! —dijo Trafalgar.

—Ya vendrá, dejala —dijo el Cuervo y empezó a caminar.

Algunas mujeres los vieron irse:

-Se van, Agustina.

-Ya los vi, Ermelinda.

—Que se vayan, Eleonora, no te vas a preocupar por ellos.

Laura seguía sonriendo mecida por las mujeres tibias, escuchando fábulas con los ojos cerrados.

Se detuvieron cuando ya no se oían las voces:

—Pero qué me contás —dijo Trafalgar—, un ascensor.

-Esto debe bajar a una mina.

—¿Con ascensor alfombrado y lleno de espejos? —dijo el Cuervo—. Vos sos loco, Pichi Huinca.

-Bajemos. -¿Qué piso?

-Planta baja, por favor.

—Estamos arreglados. Tiene un solo botón. Y apretalo, qué estás esperando.

Funcionaba maravillosamente, sin ruido, con suavidad, no muy ligero; pero tampoco era uno de esos cascajos que tardan y se sacuden y protestan y lo llevan a uno para arriba o para abajo como por obligación.

Les pasó algo muy curioso mientras el ascensor bajaba con esos buenos modales, con esa condescendencia amable de los artefactos

antiguos, sólidos y bien cuidados.

-Oíme, Pichi Huinca -dijo Jorge.

-¿Qué te pasa, Jorge? Yo no soy el Pichi Huinca, yo soy Trafalgar.

—Qué le decis Jorge al Cuervo. Yo soy Jorge.

-No, Jorge soy yo.

—Estás confundido.

—Te estoy viendo perfectamente y sé que vos sos Trafalgar como sé que yo soy el Cuervo.

-Andá, el Cuervo soy yo y vos sos el Pichi

Huinca.

-Por favor, yo soy.

-Pero si yo sé.

-Yo me acuerdo, si yo fuera otro me acordaría de otras cosas.

-No digan macanas.

-Pero vos no podés decirme a mí que vos sos yo.

El ascensor se paró con chistido discreto.

—Llegamos —dijo alguien.

—Adónde llegamos, me querés decir —dijo

-Y yo qué sé.

Salieron del ascensor y se miraron:

—Yo soy Trafalgar Medrano —dijo Trafalgar-, vos sos el Pichi Huinca, vos sos Jorge, vos sos el Cuervo.

—Sí, —dijeron los otros.

—Y esto qué es.

—A lo mejor es la casa de Bruno Bellini.

No parecía la casa de nadie. Era nada más que una amplia habitación de paredes estucadas, con bancos, mostradores, mesas, piletas y estantes. Un hombre escribía, de pie ante un alto pupitre de caoba. Trafalgar tosió. El hombre se dio vuelta para mirarlos: era joven, miope, no muy alto; tenía pelo y bigotes castaños.

34/ELPÉNDULO 10

-¿Sí? -preguntó mientras se sacaba los anteojos y se masajeaba el puente de la nariz con dos dedos de la mano izquierda.

—Disculpe —dijo Jorge—, ¿usted es Bruno Bellini?

-En efecto -dijo el hombre y volvió a ponerse los anteojos—, en efecto. ¿Con quiénes tengo el gusto de hablar?

Se lo dijeron.

-Ah -dijo Bellini-, ¿y qué desean los senores?

-Nos gustaría saber -dijo el Cuervo- cómo andan sus investigaciones sobre la fabrica-

ción del alma en el laboratorio.

-Menudo problema -dijo el químico y suspiró—. En realidad una vez que se lo enfoca desde el punto de vista correcto, desaparecen las dificultades que al principio prometían ser insalvables. Sí, así es. Los resultados, entonces, son inmediatos y altamente satisfactorios, si puedo expresarlo así. La producción es fácil, qué digo, facilísima, de una sencillez infantil. Pero la distribución, la adjudicación del producto, eso, señores, ya es otra cosa. Me temo que me encuentro en un punto muerto -y les dio la espalda y siguió escribiendo.

-¿Por qué? -dijo Trafalgar.

Bruno Bellini se volvió a medias, sin dejar de escribir.

-Evanescente, ¿comprende? Demasiado inestable. Tan pronto está acá, literalmente en el hueco de la mano, brillante, transparente, gélida, blanda y sonora, cuando ya está en otra parte. Me expreso mal: en todas partes; no hay lugar en el que no esté, se introduce en los resquicios, se cuela por las grietas, se deposita en los rincones, en las cuatro esquinas del universo. Un desastre.

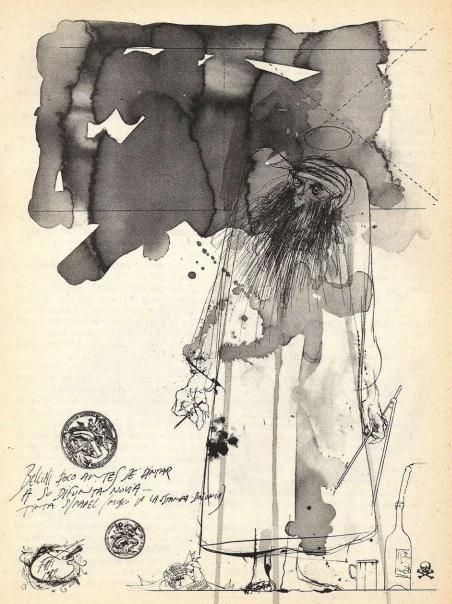
Y con un gruñido de impaciencia hundió la pluma en el tintero y volvió a sus papeles. Lo dejaron solo.

En la cueva siguiente soplaba el viento del este que traía el olor del río.

-Menos mal -dijo el Pichi Huinca-, esto ya se estaba poniendo sofocante. Si ese viento no cambia, vamos a tener lluvia.

-¿Y si volvemos y la buscamos a Laura? -¿Con todas esas viejas histéricas charlando como loros?

-Podríamos, de todos modos. Pero, ¿dónde quedaba el ascensor?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Ahí hay una casa. Vamos a preguntar.

La casa era de madera pintada de blanco, con techos de chapa acanalada. En la galería un hombre tomaba té sentado en un sillón de mimbre. Había seis tazas, una tetera, vasos y una jarra con agua sobre la mesa cubierta con un mantel blanco. Las puertas y las ventanas de la casa estaban protegidas con tela metálica; en la cumbrera había una veleta inmóvil y el hombre calzaba sandalias y tenía puestos un pantalón de hilo crudo y una camisa blanca de mangas cortas.

-Buenas tardes -dijo Jorge.

—Ah, buenas tardes —dijo el hombre que tomaba té—. ¿Cómo están ustedes?

-Bien, bien -dijo el Cuervo.

-Un poco cansados -dijo el Pichi Huinca.

—Sí, ¿verdad? —preguntó el hombre—. Me imagino, claro. Pero siéntense, por favor, y acompáñenme con una taza de té.

—Bueno, gracias —dijo Trafalgar.

—Es un gusto volver a verlo —le dijo el hombre sirviendo té para los cinco—. Nos hemos encontrado antes, ¿se acuerda?

—Sí —dijo Trafalgar—, por supuesto.

-¿Toman azúcar? ¿Alguno de ustedes quiere leche o un poco de crema? Sírvanse, por favor.

—Muchas gracias.

-Nosotros lo que queríamos era ir a buscarla a Laura.

—Sí, eso es, pero no encontramos el ascensor.

—Ah, pero no importa —dijo el hombre—, no se va a perder. Es tan fácil llegar hasta aquí.

—Buen té —dijo Trafalgar.

—Sí —dijo Jorge—, hasta a mí me parece bueno, y eso que a mí el té, francamente. Yo prefiero un café. O mate.

—No vas a comparar —dijo el Pichi Huinca—, son demasiado distintos.

— Y se toman en distintos lugares y a distintas horas y en distintas circunstancias — dijo el Cuervo.

—Yo te estaba hablando del paladar, no de la sociología del gusto —dijo Jorge.

El hombre de la casa de madera blanca se

—Hay que ver —dijo Trafalgar— los lugares raros en los que he vendido té.

—¿Qué tal? —dijo Laura.

Se levantaron para saludarla y ella se acercó y el dueño de casa puso una silla más frente a la mesa.

-¿Encontraste el ascensor? -preguntó el Cuervo.

—Qué ascensor.

-¿Va a tomar una taza de té? -preguntó el hombre.

—Sí, gracias —dijo Laura—, sin azúcar. Qué rico té.

—¿No bajaste en el ascensor? —dijo el Pichi Huinca.

-No.

—Entonces, ¿tampoco lo viste a Bruno Bellini?

-Pero salí. Eso de Bellini es un cuento de

Jorge, ¿no lo conocés todavía?

—Si me permiten —dijo el anfitrión—, lo que sucede es que hay algunos otros caminos, y la niña, sin duda, ha tomado uno de los más cortos.

-No me pareció muy corto -dijo Laura-,

pero era lindísimo.

—¿Sabe qué pasa, hijita? —dijo él—. Que hay ciertas geografías irremediables. Y otras que por el contrario no lo son. A las primeras hay que dejarlas de lado, eso es lo más conveniente, pero sin ignorarlas, desde luego.

-Cierto -dijo Laura-. Lo mismo pasa

cuando uno estudia psicología.

—Ah, claro —dijo el hombre—. Y pasa con todas las disciplinas, en todas las materias, puedo decirlo con conocimiento de causa porque entre otras cosas he sido maestro. Pero lo que hay que tener siempre en cuenta es el equilibrio y también hasta cierto punto la simetría, claro que de ningún modo una simetría rígida o inamovible. El ejemplo ideal sería el de una balanza un segundo antes de que el fiel se aquiete. ¿Más té?

-Bueno.

Un poema también es un buen ejemplodijo Jorge.

—Sin duda, sin duda —dijo el hombre de la casa de madera blanca—, porque el alma del poema no llega a detenerse pero sus partes permanecen ingrávidas y por lo tanto obedientes.

—Es que hay versos que no se olvídan nunca —dijo el Pichi Huinca—, ésos que uno lee y vuelve a leer aunque ya se los sepa de memoria. -Así es

-Nos vamos -dijo Laura-, es tarde.

Así que dejaron las tazas sobre la mesa, se levantaron y se despidieron.

-Muchas gracias -dijeron.

El hombre les sonrió:

—Hacia allá —les dijo.

El camino no era muy ancho y tenía curvas suaves; no estaba alfombrado ni cubierto de mosaicos de colores ni sembrado de piedras blanquecinas sin aristas, pero se recorría fácilmente, y cuando salieron de las cuevas, por las arcadas de la Gruta de Boboli, seguía haciendo frío.

—Qué suerte —dijo el Pichi Huinca mirando el reloj del Palacio Fuentes que daba las campanadas de las menos cuarto en ese momento—, todavía no cerró el banco.

—Hay cosas que vas y las contás y no te las cree nadie —dijo Trafalgar.

—Como todas esas macanas sobre Bruno Bellini —dijo Laura.

—No son macanas —dijo Jorge—, el pobre hasta tenía un laboratorio del que estaba enamorado, así como Mauricio tenía sus jazmines. Y ahora que me acuerdo, en Los Quirquinchos había un par de casas con veletas.

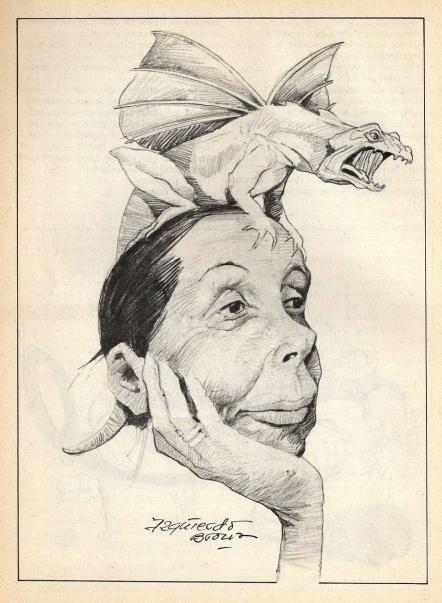
—Chau —dijo el Pichi Huinca—, y no me vayan a venir otra vez con cosas que se leen en los recuadros de los diarios.

Dijo el Cuervo:

-Nunca más.

© 1982, Angélica Gorodischer.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Angélica Gorodischer, una de las mejores escritoras argentinas de hoy, es además una voz única en el yermo paisaje de la ciencia ficción latinoamericana, por sus infatigables experimentos y su impecable dominio del lenguaje. La entrevista que sigue fue realizada en Rosario, en la casa de la autora, por Diana Bellessi y Mirta

Rosenberg.

Entrevista

Angélica Gorodischer

Ilustró IZQUIERDO BROWN

Angélica Gorodischer: una desacatada que acata. Un personaje contradictorio, insolente, rico, intenso, misterioso. Dueña de una especie de sabiduría atávica a la que recurre para el acto obsesivo de la escritura, cuya función, en parte, consiste en develarla. Dueña, también, del temor que semejante responsabilidad implica, lo que la lleva a veces a usar el dialecto de su época y su cultura: el vedettismo. Cierto vedettismo un tanto frívolo que en realidad encubre su propio desprecio por las convenciones.

Considerada como una escritora de la generación del cincuenta, que aparece con un grupo de narradoras que empiezan a ocupar su lugar en el mercado consumidor de literatura argentina, Gorodischer, a quien siempre se ha clasificado en los cómodos términos de "interesante narradora de ciencia ficción" es, para nosotros, que no creemos en los límites de los géneros literarios, una escritora atípica. Con una obra abierta, en crecimiento y transformación, por momentos brillante, de imaginación rica y de progresiva maestría en la instrumentación del lenguaie.

La que sigue es una apasionada entrevista que la narradora nos concediera, a la poeta Mirta Rosenberg y a mí, en Rosario, su ciudad de residencia. Apasionada porque trabajo y vida, autoezploración y memoria se enlazan y ajustan en una misma trama, detrás de la cual la Narradora se aculta o se empuja a sí misma hacia el círculo de arena donde se danza: con cara desnuda, con máscaras. Con infinitas contradicciones y aciertos, para memoria y futuro de nosotros mismos y de la aldea humana.

Diana Bellessi

Bellessi — En una entrevista anterior, ante una serie de preguntas referidas al inicio de tu trabajo literario, contestaste: "Pero, ¿ustedes quieren que yo les cuente mi

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.al³⁹

vida?". Bueno, eso es lo que vo pretendo, que me cuentes tu vida, porque parto de la reflexión de que toda vida privada es también política.

Gorodischer: - Yo dije eso porque hablar de lo que escribía, cómo escribía y por qué escribía era contar mi vida. Está todo tan mezclado que quizás eso sea mi vida. Supongo que si yo no escribiera no estaría totalmente viva. Creo que entré verdaderamente a la vida cuando empecé a escribir.

B: -¿Cómo se produjo la

entrada a la vida?

G: - Para decir la entera verdad - que a veces la digo- yo empecé a escribir sin escribir cuando era una mocosita, porque ya me contaba cuentos. Recuerdo haberme contado cuentos antes de los cinco años, cuentos silenciosos, mirando ilustraciones. Una ilustración era mucho más que una ilustración; por ejemplo, el retrato de la duquesa de Alba, de Goya, donde ella está parada, vestida de blanco con una faja roja. Esa era una historia que no acababa nunca, y yo debo haber visto esa pintura de Goya alrededor de los tres años v medio. Pero el acto de escribir un cuento con lápiz y papel vino muy tarde, y pienso ahora que por haber venido muy tarde todo lo que antecedió fue bastante confuso. Confuso quiere decir confuso. Precisamente porque yo no me animaba a escribir. A partir del momento en que empiezo a escribir la cosa se ordena y yo me vuelvo, no diré que lúcida, pero casi.

B: - En los cuentos que te contabas cuando niña: ¿el narrador era personaje?

G: -; Ah no! Yo no era el personaje! Yo me decía a mí misma que yo no era el personaje, el personaje tenía otro nombre, era mayor que yo siempre. Yo no me contaba un cuento sino un ciclo de cuentos. Empezaba hoy y duraba un mes, dos, tres, cuando se gastaba.

B: - ¿Había un desdoblamiento allí?

G: - Claro; yo me escondía detrás del ropero para con-

B: - ¿También había protagonistas masculinos en tus cuentos?

G: -Sí, tenían siempre algo paternal. Recuerdo un ciclo donde la protagonista tenía cuatro hermanos mayores y los nombres de los cuatro empezaban con la misma inicial. El personaje femenino, que era vo, era siempre una heroína a la que le pasaban cosas espectaculares en países extraños

B: - Ese miedo de ponerse a escribir un cuento, ¿qué ca-

racterísticas tenía?

G: -Eso estaba muy mezclado; primero el temor de que lo que iba a salir fuese un bodrio, eso le pasa a todo el mundo, creo. Y además porque mi madre escribía y yo no quería escribir como ella. Como mi madre era un personaje muy fuerte yo tenía miedo de terminar escribiendo un tipo de literatura como el de ella, que a mí me disgustaba. Yo quería escribir como Dostoyevski, no como mi vieja.

B: - O sea que había una identificación con tu madre y una lucha contra esa identifi-

cación.

G: -Sí, exactamente. Estaba la obediencia a la mamá, v me costó mucho defenderme de esa obediencia.

B: -iCreés que tu obra es en parte una desobediencia a ese modelo femenino?

G: - Yo creo que es, entre muchas otras cosas, una desobediencia a la madre. Hay muchas cosas en mi vida que son una desobediencia a la madre.

 $B: -\lambda En qué consiste esa$ desobediencia en lo que se refiere a tu trabajo?

G: - Por empezar, yo nunca escribí poemas. Y traté

desde el principio de hacer algo más fuerte, más duro de lo que hacía mi vieja.

 $B: -\lambda$ Por eso la novela po-

licial?

G: -Si, en mi casa se despreciaba mucho la novela policial y la historieta, cosas que vo leía a escondidas. Y había que ver todo lo que las historietas gatillaban en mí; todavía hoy lo hacen. Eso no se podía leer: "Mi hijita, ¿cómo va leer esa porquería?" También había una colección de cuentos de terror que, creo, se llamaba Cuentos horripilantes, pero había que leerlos a escondidas.

B: - Era una rebelión contra una "cultura" valori-

zada como la única.

G: - Una cultura oficial; en casa había una regla para medir lo que estaba bien y lo que estaba mal. Lo que sí y lo que no. Lo blanco y lo negro.

B: - Entonces hiciste una alianza con una cultura más

popular, digamos.

G: -¡Claro! Rosenberg: - Escribir cuentos policiales fue una ma-

nera de hacer orden?

G: - Efectivamente, escribir un cuento policial era una manera de poner orden. Ahora bien, a mí, el cuento policial me costaba muchísimo porque no puedo armar una intriga racional en la cual las pistas lo vayan llevando al tipo a descubrir que fue fulano el que mató a mengano y al mismo tiempo ocultar eso al lector. No me daba el cuero para hacerlo; en realidad eso no me interesa. Entonces, era una manera de poner orden, pero no era el orden que yo necesitaba.

B: -¿Qué significa "poner orden"?

G: - Más que poner orden creo que lo que yo quería era llegar a ver el orden oculto. Por supuesto ésta es una reflexión que hago ahora. En aquel momento el cuento policial me atraía, fundamental mente, porque me parecía

que era algo que podía atraer al lector v que me entretenía a mí al mismo tiempo.

B: - Y acaso un lector que no era precisamente un lec-

tor "culto"

G: -¡Claro! A todo el mundo le gusta un buen cuento policial.

R: -iA vos te parece que

eran buenos?

G: - No, eran espantosos. Lo que había en esos cuentos eran personajes que no estaban del todo mal pintados, pero la intriga en sí no valía un cuerno. El planteo y la resolución eran bastante malos.

R: - En esta búsqueda de un orden debajo de otro orden aparente, ¿los justos no eran a veces tan justos y el mal no era a veces el mal?

G: - No, no había un malo y un bueno. Había un cuento en el cual el asesino era un excelente tipo que creo que incluso mataba por un motivo altruista. Y en otros cuentos, tanto el asesino como el detective eran tipos complejos, mezclados; eran buenos y malos al mismo tiempo. Después de eso vinieron cuentos con soldados que eran cuentos realistas, casi híbridos, diría.

B: -¿Por qué cuentos realistas?

G: - Creo que esos cuentos eran malos, precisamente, porque no respondían a una necesidad mía, sino que yo estaba adquiriendo un oficio y lo estaba aplicando donde no debía; pero vo aún no sabía eso. Y había una cierta aprensión por abordar lo que quería abordar, que era la literatura fantástica. Después de eso descubrí la ciencia ficción, lo cual fue una especie de revolución.

B: -¿Cómo?

G: - A través de un amigo que me comentó que había leído, para entretenerse, un libro muy extraño cuyo título era El fin de la eternidad. Lo lei y después lei El fin de la infancia, y allí me di cuenta de que era eso lo que yo quería escribir.



B: −¿Por qué?

G: -Porque en ese momento me pareció que eso era escribir sin límites. No tenía solamente que mirar a mi alrededor sino mirar alrededor, mirar hacia adentro y levantar las barreras. Con eso se escribe la ciencia ficción. Entonces hice un intento que fue Opus dos, un libro válido pero un poco abortado porque elegí un tema que no es tan cercano a nosotros, el del conflicto racial entre blancos y negros. Era no animarse a meterme, todavía, muy adentro; era un problema, si vos querés, un poco ajeno. Después viro una ensalada que es Las pelucas, donde hay un cuento que es una bisagra, "Abecedario del Rif": ese cuento fue un pasaje de una cosa a otra.

B: -iDe qué a qué?

G: - Del intento de hacer literatura fantástica a largarme a hacer literatura fantástica. Opus dos era más coherente que Las pelucas, el cual no tenía una línea de unidad y coherencia.

R: - Como si volvieras al caos.

G: - Exactamente, va allí no veía el orden. Creo que donde realmente expreso ese orden oculto es en Bajo las Jubeas en Flor, donde aparece el Ordenamiento De Lo Que Es Y Canon De Las Apa-

R: -¿Vos pensaste alguna vez que los tres libros se ocupan de la represión? Los cuentos policiales, los cuentos con soldados y aquel otro que está basado en una inversión de la segregación.

G: - No, no lo había pensado pero es verdad. En cambio, en Bajo las Jubeas en Flor, si bien hay un primer cuento donde aparece una cárcel, es una cárcel fantástica, atípica y de la que sale por primera vez el Ordenamiento De Lo Que Es Y Canon De Las Apariencias.

B: -Se puede hacer una lectura de la represión en su faz histórica, en su faz psicológica y en su faz metafísica.

G: - Claro, en esos primeros tres libros había una lectura social de la represión y me parece que en Bajo las Jubeas en Flor fui un poco más

R: - Yo quisiera saber qué tienen que ver esas diferentes formas de la represión con tu vida.

G: — Yo tuve una infancia y una adolescencia basadas en la represión. La palabra que yo oía con más frecuencia era no; por eso cuando uno de mis chicos dijo "mi mamá es el sí", me llené de gusto.

B: - Esto se relaciona con la pregunta de qué es la lite-

ratura fantástica.

G: - Para mí, la literatura fantástica es básicamente libertad.

B: -¿Libertad para qué?

G: -Para decir lo que se me cante. Yo sé que hay gente que puede decir lo que se le cante sin hacer narrativa fantástica, pero yo lo necesito por vocación, supongo. A mí me da la impresión de que vo necesito una libertad total y la encuentro en la narrativa

fantástica porque puedo irme a cualquier sado, inventar paisajes, historias. Con decirte que quiero escribir la historia del mundo, no como es sino como hubiera podido ser, que sea verosímil pero que no sea cierta. La libertad absoluta de inventar mundos con su gente, sus costumbres, su erotismo, sus comidas, sus horarios e inventar incluso palabras, utensilios, máquinas y lo que venga. Esa ida de Trafalgar a otros planetas es mi manera de escri-

B: — La voluntad de fundar otro mundo. Como uno no lo puede fundar afuera lo funda en la literatura.

G: — Supongo que si yo hubiera tenido otro tipo de vocación hubiera sido un líder

político

R: -Vos lo que querés es legalizar la alternativa escribiendo. A hora que llegamos a Trafalgar, está "La lucha de la familia González por un mundo mejor" donde hasta los muertos y los vivos se mezclan.

G: - Exactamente.

R: -Y volvemos al caos.
G: -No, es distinto, yo no

quiero el caos, quiero el total.

B: - Vos querés la afirmación de la pluralidad.

G: — Exacto. Yo una vez dije que para mí escribir eradecir una gran verdad y una gran mentira.

B: -¿Cuál es la actitud ética que le toca al narrador frente a esta gran verdad y

esta gran mentira?

G: — La propia honestidad. No caer en el oportunismo literario, en el que la intención del autór no responde a sus propios impulsos. Hay cosas que no son para mí material literario. Por ejemplo, yo nunca he escrito un cuento de amor.

B: -No lo creo, porque "Los embriones del violeta", ese cuento de Bajo las Jubeas en Flor, por ejemplo, es una larga historia de amor, aun-

que los protagonistas sean dos hombres.

G: —Quiero decir las típicas relaciones de pareja que no he puesto nunca como tema principal de un cuento.

B: - Cuál es el tema

central?

G: — El tema es, me parece, la relación del hombre con el universo.

R: -,Y eso no es el amor?
G: -Si, por supuesto, yo
estaba hablando del otro
amor, del amor de las novelitas, pero para mí el tema central son los recursos que el
hombre tiene para ser él mismo y echar abajo todos los límites que le impiden ver realmente qué es lo que pasa
fuera y dentro de él.

B: —Y que a su vez se da en la relación de un ser humano con otros y consigo mismo.

G: — Exactamente, pero a mí me gustaría no mediatizar eso sino darlo directamente, darlo en crudo. Por ejemplo, en Proust el tiempo está vivido por sus personajes, mientras que en Dick el tiempo es en sí mismo una entidad que se fragmenta y se retuerce, y no está mediatizado a través de un personaje que sufre el paso del tiempo.

B: - El tiempo es un perso-

naje en sí mismo.

G: - Claro, como si el universo fuera un ser vivo con el cual el hombre tiene sus relaciones.

B: — Pero el drama no es un drama de conceptos, sino un drama cuerpo a cuerpo.

G: — Que pasen cosas, si vos escribís cuentos o novelas tienen que pasar cosas.

R: — Hablá de "La sensatez del círculo", de *Trafalgar*, que es un cuento donde no pa-

sa nada.

G: -¿Cómo que no pasa nada? Cuando la gente dice: "Este es un momento de crisis", yo pienso que todos los momentos son momentos de crisis y eso es lo interesante. Detrás de esa crisis hay un conflicto, una lucha constan-

te. El día que todas las luchas v todos los conflictos estén solucionados, nos tiraremos al suelo a dormir y ¡chau! El Edén beato yo no lo concibo. Por eso me parece estupendo que Eva se haya morfado lamanzana, v el calzonudo de Adán diciendo "ay, no querida, tené cuidado". Es decir, la gran transgresión de Eva me parece extraordinaria. El Edén antes de haber sido comida la manzana, debe haberse parecido a la raza de "La sensatez del círculo": ya está todo resuelto, no tenemos que pelear por nada, no tenemos que preocuparnos por nada. Y no, yo quiero pelear, yo quiero preocuparme, quiero que todo el mundo se preocupe y pelee. A la raza de "La sensatez del círculo", habiendo solucionado ya todos sus conflictos, sólo le resta morir o seguir viviendo una vida que es en realidad una muerte.

R: — Pero esta raza tiene una manifestación de vida. ¿verdad?

C C

G: -Si, el baile.

 $R: -\lambda Y$ qué pasa con eso? Es el cuerpo, λ no?

G: — No sé muy bien qué es, el baile. Es lo único que les queda; han hecho del baile el resumen de lo que tuvieron y de todo lo que han perdido y la única manera de estar vila

R: — Como si sólo el cuerpo hubiese quedado con vida, una vida independiente de to-

do lo demás.

vos es bailar.

G: — Quizás.

R: — Parecería que hay una compensación; la gente que va a estudiar ese planeta es la que tiene el código para hablar, la que tiene un código, de conocimientos, y a los otros el único código que les queda es el código del cuerpo, porque todo lo demás lo han descartado. Parecería, en realidad, que las dos partes están muertas.

 G: —Claro, los que llegan sólo llevan su saber científico. B: -¿Cómo llevás eso a un terreno histórico, al tiempo que nos toca vivir?

G: -No nos hemos desarrollado armónicamente. Nos vamos a la Luna pero tenemos miedo del sexo.

B: —Ahora me gustaría que hicieras una reflexión sobre el autoritarismo.

G: - Después de Trafalgar empecé a escribir los cuentos de Kalpa Imperial. Todo empezó con la visión de un imperio del cual sólo se veían un palacio, la casa del poder, y donde había un narrador que contaba todo. El cuento empezaba con las palabras: "Dijo el narrador". Cada narrador contaba un episodio de la historia del imperio, el más vasto y poderoso que ha cono-cido el hombre. Cuando terminé Kalpa Imperial me di cuenta de que todo el libro era una reflexión sobre el poder y también la expresión de mi deseo de que el poder no fuese el poder. Era la manifestación de lo corruptor que puede ser el deseo de poder. En ese sentido vo creo que Kalpa es un libro político. Creo que la narrativa fantástica es uno de los géneros más realistas que existen. Porque lo único que hace el narrador de literatura fantástica es hipertrofiar o extrapolar un pedazo de la realidad que uno tiene al lado todos los días. Esta reflexión sobre el poder tiene que ver con mi interés por los personajes femeninos, porque la mujer es el gran oprimido. Durante largo tiempo mis personajes fueron hombres, porque indudablemente los hombres la pasan mucho mejor que las mujeres. Pueden hacer más cosas que las mujeres, aparentemente. Y de vez en cuando aparecía una mina.

B: -¿Cómo aparecía esa mina?

G: — Muy marginalmente, muy secundariamente. En Las pelucas, empiezan a aparecer algunas mujeres pero todas están locas, quizás por"La narrativa fantástica es uno de los géneros más realistas que existen."



que en realidad las mujeres están locas. También en Bajo las Jubeas en Flor, pero en Trafalgar aparezco yo. Trafalgar viene a casa y habla conmigo, somos amigos. Aparecen muchas mujeres en Trafalgar, incluso una que es protagonista. Por entonces empiezo a escribir cuentos de mujeres, sobre mujeres, con mujeres. Siempre digo que toda la vida fui feminista pero que adquirí tarde el andamia je ideológico. En mi intento de ver el orden empecé a ver qué lugar correspondía a la mujer en ese orden y no me gustó nada lo que vi. De allí salió ese libro mío que se llama Mala noche y parir hembra, la frase que dijo el general Castaño, vencedor de la batalla de Bailén, cuando después de esperar toda una noche el nacimiento del príncipe heredero, nació una princesa. Una insolencia que decía por su reina y por la princesa que acababa de nacer. Y ahora no necesito escribir cuentos sobre mujeres, están ahí y yo creo que están en el

lugar que les corresponde. B: -¿Cuál es el lugar que

les corresponde? G: - He oído muchas veces decir que las feministas lo que quieren es un mundo de mujeres, echar a los hombres, lo cual no es cierto. Creo que el feminismo quiere igualdad de oportunidades, nada más. Yo quiero que si alguien es capaz pueda llegar a la cúpula de lo que sea, la fábrica, la empresa, el país, la iglesia, etc. Es alguien, tiene capacidad para hacer un trabajo, ya sea ser envasadora de Coca-Cola o ejecutiva de la

B: - Creo que tu planteo feminista es un tanto reformista, porque pienso que el feminismo plantea mucho más que eso. Si el feminismo plantea, como yo pienso, la desaparición del poder como fuerza coercitiva, autoritaria, esto trastocaría todos los valores y las instituciones tal como las conocemos, y habría que replantearse qué es el matrimonio, la familia, la maternidad, la paternidad, la pareja, la condición de hijos, la vecindad en camaradería, el trabajo en común, etc., en medio de lo cual desaparecería tu envasadora de Coca-Cola así como tu ejecutiva de la Esso. Creo que la lucha de las feministas no es por alcanzar las mismas posiciones de los hombres, sino por la desaparición de una sociedad que establece esas posiciones, a menudo falsas y alienantes.

G: — Todo eso lo conozco, lo aprecio y ojalá pudiera lograrse. Pero lo que quiero desmentir ahora, es la imagen de que las feministas quieren la desaparición de los hombres, o esclavizar al hombre y dar vuelta la cosa, para ser nosotras las que lleguemos arriba y los hombres los que se queden abajo.

B: —Hay un personaje en Kalpa Imperial — el del general — planteado como hermafrodita, vale decir que no sería masculino ni femenino, y sin embargo resulta totalmente masculino. Pareciera ser que en nuestra cultura, cuando uno se enfrenta ante personajes que no son arquetípicamente masculinos ni femeninos, el resultado siempre es masculino.

G: +Sí. Yo lo pensé como hombre todo el tiempo. Quizás porque no creo en el andrógino. Estoy muy contenta de que haya hombres y

mujeres.

B: — Yo también, pero no con las características alienantes de lo "femenino" y "masculino" místico establecidos por nuestra cultura.

G: -Por supuesto.

B: — La androginia a la que me refiero ahora no es física, sino psicológica y social; sin duda que existen diferencias biológicas entre los sexos, pero ambos compartimos la misma naturaleza humana. Sin embargo se ha pretendido diferenciarnos hasta el paroxismo, hasta volvermos pequeños monstruos.

G: — Allí estoy de acuerdo, pero no con la androginia física. Un hombre y una mujer pegoteados me parecería un monstruo, y eso es lo que es el general: un monstruo.

B: -Porque no puede ser

un ser humano.

R: — En uno de los cuentos de Kalpa, las mujeres aparecen como portadoras de la sabiduría. Yo quisiera que vos

hablaras de eso.

G: — Creo que ese cuento es el esclarecimiento de esa barbaridad que se dice siempre acerca de que los hombres son racionales y las mujeres intuitivas. Creo que todo el mundo tiene todas las potencialidades adentro. Pero a nosotras se nos ha asignado el papel de la llorona que siente pero no piensa. En oposición a esto, las mujeres de ese cuento, "Así es el Sur",

poseen una especie de lucidez mágica que todo el mundo tiene y a la que todo el mundo teme: el valor de comprensión de la vida, sin necesidad de pasar por sistemas racionales.

B: -¿Por qué sucede eso en el sur del imperio?

G: - Porque el sur no es el centro del poder. Por empezar, en el sur las mujeres no están oprimidas, en el norte sí. En el norte son los juguetes de lujo, o las trabajadoras explotadas, las prostitutas o las grandes emperatrices: es decir, las detentadoras del poder. Pero en el sur no están oprimidas y pueden dar rienda suelta a su verdadera esencia de convivencia con lo fecundante, con lo que da vida, con la tierra, con el goce, el amor, la protección a los niños y al hombre también que, aunque no pueda llevar un niño en el vientre, igual puede dar vida, sólo que al desestimar el papel de la mujer también se está desestimando a sí mismo. Como en el sur no pasa esto, las mujeres pueden dar rienda suelta a toda su intima relación con la vida, y sin ninguna culpa, pues no tienen que dar cuenta y examen a nadie como tenemos que dar nosotras. Kalpa es la historia del imperio. Se dice que el imperio ha existido siempre, existe y existirá, lo cual puede ser cierto o no, vava a saber. Son miles de años a través de los cuales se suceden emperadores sabios y emperadores imbéciles; el centro del poder está en el norte, donde el clima es frío, con largos inviernos y veranos cortos. El sur en cambio es cálido, fértil, caótico, y la gente no vive en grandes ciudades organizadas sino en pequeñas ciudades lacustres. arbóreas o cavadas en el

monte. Viven más en contacto con la tierra y sin burocracia. El sur suele rebelarse ante el poder del norte. Los hombres y mujeres del sur se sienten ofendidos por el poder del norte y el norte le tiene miedo al sur. El imperio es también el cuerpo. De la cintura para arriba es el norte, de la cintura para abajo es el sur.

B: -¿Cómo es la literatura

del imperio?

G: -La literatura del imperio no es escrita sino oral. En el norte está en manos de los contadores de cuentos, que se sientan en las calles o en los aposentos de madera y bambú o en pabellones especiales y narran las historias a la gente. Gozan de mucho prestigio y aquéllos que los escuchan los retribuyen con regalos que pueden ser dos huevos o un manto recamado en oro. En el norte la literatura es un oficio. En cambio en el sur todos son narradores de cuentos y no necesitan de un momento especial para contarlos.

B: -Desaparece el poder autoritario y con él la pro-

piedad del arte.

G: - En efecto, cualquiera

puede hacerlo.

R: — El hecho de limitar la literatura escrita de Kalpa a los tratados de legislación, medicina o temas técnicos, ¿implica una desvalorización de la palabra escrita?

G: — Lo que pasa es que a mí me gusta hablar, y en realidad me gustaría contar, sentarme en la calle a contar cuentos. Como aquí no puedo hacerlo, porque iría a parar a la gayola, invento un mundo en el cual la gente se puede sentar a contar cuentos en la calle. No creo que sea una desvalorización de la palabra escrita sino una valorización de la palabra oral.

Uno de los últimos libros de Isaac Asimov (el doscientos treinta y...) se llama Sobre la ciencia ficción, y aparecerá en breve en castellano, publicado por Editorial Sudamericana. En él recoge todos los textos que sobre el género escribió a lo largo de su carrera: definiciones, retratos de colegas, consejos a escritores noveles, anécdotas de sus encuentros con John Campbell y otros personajes famosos, disculpas por su vergonzosa facilidad para teclear millones y millones de palabras sobre cualquier tema y...

Isaac Asimov

LOS SUEÑOS DE LA CIENCIA FICCION

Ilustró FATI

En los años más recientes, las revistas de divulgación científica han proliferado en los kioscos. Como debía esperarse, fueron planeadas muchas más que las que aparecieron realmente.

De una de las planeadas se pretendía que ofreciera un panorama marcadamente futurista, y por esta razón, la editorial me pidió que presentara unas dos docenas de temas para el futuro que estuvieran entre los más tratados por la ciencia ficción. Y así lo hice pero, desafortunadamente, y por razones que no tuvieron nada que ver con mi manuscrito, la revista nunca apareció y yo no tuve oportunidad de ver qué harán con mis comentarios.

Los incluyo aquí porque considero que son un buen resumen de los aspectos futuristas (y, quizá, predictivos) de la ciencia ficción, y pueden así ser útiles para los lectores que aspiren a convertirse en escritores.

1) Control de la población: Un crecimiento indefinido de la población acarreará inevitablemente el hambre y la ruina irreversible del medio ambiente. La población de la Tierra no puede seguir incrementándose por mucho tiempo, y la única manera de impedir humanamente tal incremento, sin generar la muerte y la destrucción que dejarían en ruinas nuestra civilización (quizá para siempre), es redudentes productivas de la contra co

cir el índice de natalidad. Quizá podamos crear medios químicos u hormonales de control de la natalidad que no tengan efectos secundarios indeseables, o quizá podamos desarrollar algún procedimiento social benigno para reducir la tasa de natali-

2) Gobierno mundial: Es evidente que mientras todas las naciones del mundo gasten la mayor parte de su energía, dinero, y fuerza emocional en pelearse con palabras y con armas, no es muy probable que surja una verdadera ofensiva contra los problemas comunes que amenazan a la humanidad. Un gobierno mundial que pueda canalizar los esfuerzos

humanos en la dirección de las grandes soluciones parece deseable, y aun esencial. Naturalmente, dicho gobierno debería ser federal, con la autonomía regional y local salvaguardada y con la diversidad cultural promovida.

3) Fuentes permanentes de energía: La Revolución Industrial se apovó en los combustibles fósiles, primero el carbón y después el petróleo: pero las reservas de ambos. especialmente del último, son limitadas. Si hemos de continuar avanzando, necesitamos fuentes de energía que sean permanentes, seguras, y copiosas. Hay dos opciones claras: la Tierra puede ser mantenida algún día con la fusión nuclear y la energía solar. Una posibilidad particularmente avanzada es que la energía de la Tierra sea provista por una cadena de estaciones espaciales de energía solar en órbitas ecuatoriales. De esta manera la energía sería un asunto global y esto alentaría a todas las naciones del mundo a unirse por el objetivo común de mantener un suministro adecuado de energía.

4) Control del clima: La mayor parte de las catástrofes naturales provienen de variaciones climáticas extremas: olas de calor o de frío, sequías e inundaciones, huracanes, tornados, y tormentas de nieve. Ya tenemos edificios con aire acondicionado y puede llegar el día en que el aire de todo el planeta esté acondicionado, por así decirlo. El clima puede tener un comportamiento diferente en las distintas partes del globo, pero nunca hasta el extremo de dañar la vida. Una forma de asegurar esto sería hacer que nuestros centros habitados se desplacen al subsuelo, donde no hay clima alguno, y donde no hace falta establecer el paso del tiempo según la alternancia incontrolada entre el día y la noche.

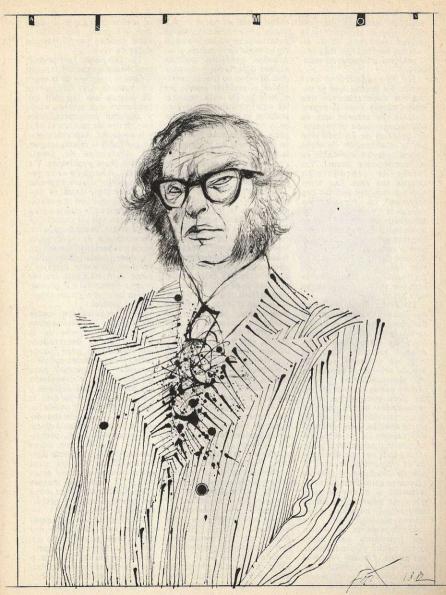
5) Robots: A lo largo de la historia, los seres humanos han usado a los animales y a otros seres humanos para realizar las tareas físicas más pesadas. Ahora las máquinas han reemplazado al músculo en muchos casos, pero ¿por qué no desarrollar máquinas que imiten la versatilidad de los humanos y también su apariencia? Los robots pueden ser los nuevos sirvientes: pacientes, incapaces de queiarse o rebelarse. De tener forma humana, podrían hacer uso de toda la gama de herramientas tecnológicas concebidas para los seres humanos, y si fueran suficientemente inteligentes podrían ser tanto amigos como sirvientes.

6) Computadoras: La inteligencia artificial no tiene por qué ser desarrollada, como en el caso de los robots, sólo para las tareas físicas y el servicio social. Su desarrollo puede alcanzar el punto en que las computadoras se aproximen a la capacidad humana, o aun la superen. Pero ser mentalmente igual puede no ser lo mismo que ser mentalmente equivalente. Las computadoras, arrancando de un punto diferente, desarrollándose por líneas diferentes y con objetivos diferentes, tendrán habilidades v deficiencias que los seres humanos no tienen. Reunidos, los puntos fuertes de unos compensarán los puntos débiles de los otros, y cooperando, las dos formas de inteligencia pueden avanzar mucho más rápido que cualquiera de las dos sola.

7) Educación con computadoras: Los adelantos de las computadoras han vuelto plausible la idea de una biblioteca general almacenada en computadoras. Sería una biblioteca en la que cualquier ítem del conocimiento humano estaría disponible. Si se usan satélites de comunicación y rayos laser para dar a cada ser humano un canal privado de televisión, cualquier ser humano puede usar sus propias computadoras para conectarse con la biblioteca general, con lo cual tendrá a su alcance una máquina educativa de avanzada. Cada individuo podría estudiar todo lo que quiera a su propio ritmo y según sus propios horarios, y el resultado podría ser una educación eficiente, placentera, y que duraría toda la vida.

8) Transferencia de masas: Es muy difícil acelerar objetos que poseen masa. Pero las radiaciones, en el instante mismo de su creación. se mueven a la velocidad de la luz: 300.000 kilómetros por segundo, aproximadamente. Es concebible que un objeto con masa, como un camión cargado o un ser humano, sea convertido en radiación, proyectado hacia su destino, recibido en éste y convertido de nuevo en un camión cargado o en un ser humano? Si es así, todas las distancias de la tierra podrían ser recorridas en fracciones de segundo y uno podría ir a la Luna en un segundo y un cuarto.

9) Aldea mundial: Ya podemos comunicarnos a la velocidad de la luz. Venimos haciéndolo desde la invención del telégrafo en 1844. Con el desarrollo de las comunicaciones vía satélite y la holografía, podemos usar canales individuales de televisión para que nuestra imagen tridimensional, en lugar de nosotros mismos, viaje para asistir a las reuniones de negocios. Puede haber transmisión de documentos a larga distancia, control y supervisión de fábricas a larga distancia, etc. Combinese esto con la transferencia de masas y con una plétora de energía proveniente de las estaciones espaciales, y todo el planeta se reduce a una aldea mundial en donde cualquier individuo puede interactuar con



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cualquier otro sin más escollos que si vivieran en la misma manzana. Tal situación hace mucho más útil y práctico un gobierno mundial

10) Reproducción asexuada: Es posible que se desarrolle eventualmente una nueva opción para la reproducción, de manera que se pueda reproducir el contenido genético de un individuo sin la intervención de otros genes, como es inevitable en la reproducción sexual. Tal forma de reproducción tendría sus usos. Las especies amenazadas podrían ser salvadas. La reproducción asexuada podría ser desarrollada como para formar no un individuo completo sino solamente órganos genéticamente compatibles con el individuo cuyos núcleos celulares fueron utilizados. El trasplante y el reemplazo de órganos se volverían mucho más prácticos.

11) Seres humanos biónicos: Los órganos deficientes o dañados podrían ser reemplazados por otros órganos. quizá por medio de la reproducción asexuada. Otra opción, sin embargo, sería el uso de artefactos mecánicos que desempeñarían la función de varios órganos vivientes, pero que podrían tener capacidades más desarrolladas y ser más durables. En cierto sentido, esto sería una robotización de los seres humanos, y si se pudiera hacer robots cada vez más humanos en su estructura, los dos tipos de inteligencia podrían acercarse a una forma más intermedia o menos idéntica que sería mejor que la forma enteramente humana o la forma enteramente robot.

12) Ingeniería genética: Los individuos son, hasta cierto punto, el producto de sus genes, y puede llegar el día en que los científicos estén en condiciones de determinar el genotipo de un indi-

viduo desde su nacimiento o antes. Los embriones podrían desarrollarse en un laboratorio en lugar de la matriz, y los defectos genéticos podrían así ser detectados y corregidos. Si éstos no fueran corregibles, el embrión podría ser eliminado. De esta manera, las enfermedades congénitas podrían evitarse o corregirse, y se desarrollaría una especie humana más fuerte. Y se liberaría a las mujeres de la necesidad absoluta de convertir periódicamente sus cuerpos en una máquina de hacer bebés.

13) Control de la evolución: Con el reciente desarrollo de la ingeniería genética, se haría posible alterar los genes o dirigirlos hacia combinaciones que produjesen las características deseadas. Se podría desarrollar microorganismos con capacidades químicas incrementadas que sean útiles para la humanidad: para producir hormonas u otros productos bioquímicos, para fijar el nitrógeno atmosférico, para consumir determinados desechos, etc. Podría dotarse a los seres humanos de nuevas capacidades que tenderían a incrementar la salud y la felicidad y nos harían avanzar en la dirección de una especie más capaz v más inteligente.

14) Inmortalidad: La medicina ha tendido siempre a eliminar la enfermedad, producir individuos más vigorosos en todos los niveles de edad, y prevenir la muerte prematura. Sin embargo, nada ha podido hasta ahora impedir el envejecimiento o la muerte debida a las deficiencias físicas que trae la senectud. Pero también el envejecimiento puede ser considerado como una enfermedad. Si las causas del envejecimiento son descubiertas y detenidas. o aun revertidas en su evolución, los seres humanos podrían vivir indefinidamente con el vigor de la madurez,

al menos hasta que un accidente termine con ellos, o ellos decidan por sí mismos

dejar de vivir. 15) Telepatía: Los problemas de comunicación parecen trabar el progreso de la especie humana. Las diferencias de lengua nos impiden entendernos con muchos otros y generan incomprensiones que sirven de asidero al odio y la sospecha. Aun entre gente que habla la misma lengua. las diferencias de acento pueden traer problemas. Y a lo sumo, el lenguaje es un medio imperfecto para expresar pensamientos. Quizá se descubra alguna vez un medio que permita a la mente entremezclarse con otra mente directamente, pensamiento con pensamiento, de manera que surja una sociedad telepática. También podrían desarrollarse otros "talentos salvajes", como la telekinesis (mover cosas a distancia) o la precognición (prever algunos aspectos del futuro).

16) Comunicación entre las especies: El homo sapiens es la única especie de la Tierra que ha desarrollado una civilización, pero ¿puede haber otras especies suficientemente inteligentes para mantener una conversación con nosotros? Los delfines y sus parientes son en esto la mayor esperanza, y puede llegar el día en que, sin abandonar la Tierra, podamos discutir nuestros sueños, problemas y filosofías con otras mentes suficientemente diferentes de la nuestra para echar nueva luz sobre estas cosas. (Y nuestras mentes pueden echar nueva luz sobre los pensamientos y problemas de los cetáceos.)

17) Explotación del espacio próximo: El espacio nos ofrece muchas cosas que nosotros no tenemos en cantidad suficiente en la Tierra, o que simplemente no existen en ésta. Podemos absorber energía solar más eficiente-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente en el espacio que en la superficie de la Tierra. La Luna es una fuente nueva y todavía inexplotada de vastas reservas minerales. El espacio mismo nos ofrece un volumen infinito de vacío casi absoluto, temperaturas muy elevadas y muy bajas, intensas radiaciones, y condiciones no gravitatorias; todos los cuales son útiles en diversos procesos industriales. Podríamos mantener industrias enteras, laboratorios y observatorios en órbita alrededor de la Tierra funcionando con materiales lunares y energía solar. Esto liberaría a la Tierra de diversas desventajas de la industrialización y le devolvería los beneficios de un modelo de reserva agrícolo-pastoril, sin privarla de los beneficios de la ciencia y la industria que estarían sólo a algunos kilómetros de distancia hacia arriba.

18) Colonias espaciales: Si el espacio cercano es el sitio para las industrias, laboratorios y observatorios, tendrá que haber seres humanos en el espacio para construir, mantener y hacer funcionar todas estas estructuras. Podrían vivir en estructuras artificiales capaces de recibir decenas de miles o aun decenas de millones de personas cada una. Cada una tendría una ecología independiente y autosuficiente y aunque su existencia no eliminaria nunca completamente la necesidad del control demográfico, las colonias espaciales permitirían una expansión y un crecimiento ulteriores cuando la Tierra haya alcanzado sus límites.

19) Vuelos en campos de baja gravitación: En las colonias espaciales habrá forzosamente regiones de gravitación baja o aun igual a cero. Estas representarían un medio que no podemos tener en la Tierra, y del cual se puede sacar ventaja. Con baja gra-

vitación y una atmósfera suficientemente densa, los seres humanos podrían dotarse de alas adecuadamente diseñadas para volar empleando la capacidad de manipulación de sus músculos. Sería posible practicar toda una nueva clase de deportes y entretenimientos.

20) Viajes interplanetarios: Con la explotación del
espacio cercano y de las riquezas minerales de la Luna,
será inevitable que los seres
humanos traten de llegar a
otros mundos del sistema solar. Con el tiempo, las naves
espaciales de los humanos llegarán hasta los puntos más
lejanos del sistema solar, y se
establecerán colonias permanentes en algunos mundos.

21) Creación de nuevas Tierras: Ninguno de los mundos del sistema solar, aparte de la Tierra, es hasta ahora habitable para los seres humanos. Para colonizar esos mundos, los seres humanos tendrían que vivir bajo cúpulas a presión o en el subsuelo. Se establecerían así condiciones similares a las de la Tierra en pequeñas regiones. Pero ¿por qué no transformar mundos enteros en nuevas Tierras mediante la importación de agua, o aire, el ajuste de la temperatura, la alteración de las velocidades de rotación, etcétera? Los seres humanos tendrían entonces libertad de movimiento sobre la superficie y no necesitarían trajes espaciales.

22) Control de la gravitación: La gravitación es la
fuerza predominante en todo
el universo; la fuerza que ha
sido conocida desde tiempos
más remotos es la más ingobernable. Si se pudiera crear
de alguna manera un método
para aislar la fuerza de gravedad, los viajes espaciales se
volverían mucho más fáciles
y baratos. Lo mismo ocurriría con una buena parte del
trabajo en todo el mundo.

23) Comunicación interes-

telar: Aun las estrellas más cercanas están miles de veces más lejos de nosotros que el más lejano de los planetas de nuestro sistema solar. Pero en algunos planetas que giran alrededor de esas estrellas puede haber especies inteligentes más adelantadas que nosotros, y que pueden estar enviándonos señales, o pueden quizá estar comunicándose entre sí rutinariamente. Podríamos alguna vez estar en condiciones de captar esas señales o de intervenir sus comunicaciones. Podríamos incluso estar en condiciones de interpretar los mensajes, entrar nosotros mismos en las comunicaciones, adquirir muchos conocimientos, y avanzar rápidamente hacia niveles más elevados de comprensión.

24) Viajes interestelares: Las grandes distancias que nos separan de las estrellas pueden ser conquistadas. El control de la gravitación puede hacer las cosas más fáciles, y lo mismo los viajes a mayor velocidad que la de la luz, si es que pueden realizarse. Como opción, podrían construirse gigantescas naves estelares en donde varias generaciones de seres humanos puedan vivir y morir durante el viaje a las estrellas. O si no, las mismas colonias que hubiésemos establecido en el sistema solar podrían partir en el largo viaje. También puede ser que otras civilizaciones nos visiten y que vengan, así lo esperamos, en son de paz, para que podamos aprender de ellos y ellos de

25) Agujeros negros: Los agujeros negros son porciones de masa tan grandes y tan condensadas que nada puede escapar de ellos. Si pudiéramos llegar hasta ellos y tuviéramos un método de control de la gravitación sería posible penetrarlos. Según algunas teorías, sería posible pasar a través de los

agujeros negros y recorrer grandes distancias en cortos períodos de tiempo. Los agujeros negros podrían ser entonces la clave de los viajes estelares. Además, pueden ofrecer fuentes de energía mayores que cualquier otra cosa en todo el Universo y aun la fusión nuclear y la energía solar resultarían pequeñas en comparación.

26) Imperios galácticos: Cualquiera sea la manera en que los viajes interestelares lleguen a realizarse, los seres humanos pueden ocupar algún día varios sistemas planetarios de nuestra galaxia. ya sea viviendo directamente en las superficies planetarias o en colonias artificiales dentro del sistema. Gracias a las comunicaciones a mayor velocidad que la de la luz, la Galaxia podría convertirse en una única unidad económica, aunque con una infinita variedad de culturas individuales. De hecho podría no ser de naturaleza enteramente humana; podría haber centenares o aun millones de otras inteligencias, todas cooperando en la hermandad de la mente.

27) Viaje a través del tiempo: ¿Llegaremos algún día a adquirir la capacidad de

viajar a través del tiempo como podemos viajar a través del espacio? Viajar al pasado puede ser de gran utilidad en la investigación histórica, sociológica, arqueológica y paleontológica. Viajar al futuro puede permitirnos adquirir conocimientos que nos señalen atajos hacia niveles más elevados de desarrollo.

28) Caminos alternativos en el tiempo: El viaje en el tiempo puede no ser de una naturaleza tal que nos impida hacer otra cosa que observar. Podríamos estar en condiciones de participar en los tiempos que visitamos. Si es así, nos veríamos seguramente tentados a interferir en el desarrollo de los acontecimientos. ¿Por qué no impedir el asesinato de Lincoln, o el estallido de la Primera Guerra Mundial, o el ascenso del nazismo? ¿Por qué no ordenar ahora los acontecimientos para impedir una determinada catástrofe que hemos visto en el futuro? El viaje en el tiempo podría permitirnos distinguir y elegir entre caminos alternativos en el tiempo y ajustar la historia según lo que sea más ventajoso para la humanidad.

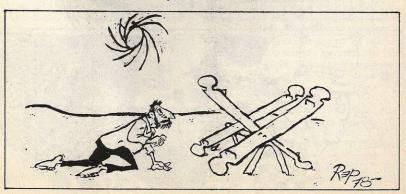
Nota: Algunos de estos sueños, tales como el control gravitacional o el viaje en 'el tiempo, son probablemente imposibles aun en teoría. Otros, como el uso de los agujeros negros o la transferencia de masa o los imperios galácticos o la telepatía, parecerían ser improbables al extremo.

Algunos sueños son mutuamente incompatibles, porque si desarrollamos una compleja sociedad de colonias espaciales, no hay mucha razón para que nos dediquemos a crear nuevas Tierras.

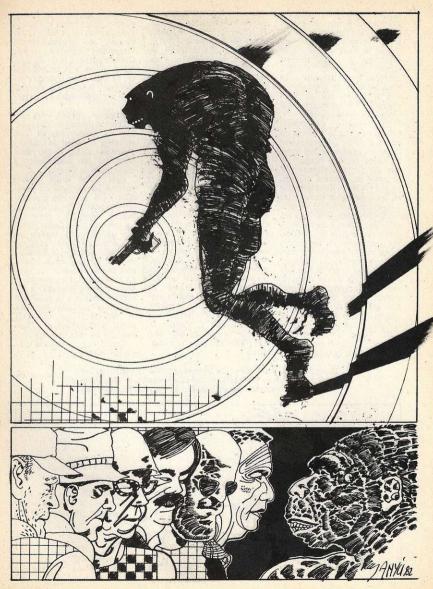
Casi todos estos sueños pueden convertirse en pesadillas. Un gobierno mundial puede convertirse en una dictadura universal y opresiva. La inmortalidad puede generar un aburrido mundo de uniformidad que idiotice completamente a la humanidad. El control de la evolución puede generar una raza de mediocres. Las computadoras pueden condenar a los seres humanos a la debilidad o aun a la involución por falta de actividad. La telepatía puede terminar con el último vestigio de vida privada.

Con todo, ¿qué sería la vida sin los sueños?

Título del original en inglés: The Dreams of Science Fiction. Del libro Sobre la ciencia ficción. Traducción de Salvador Benesdra. © 1982, Editorial Sudamericana. Publicado por autorización de Editorial Sudamericana.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahiraccomar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Duele ser diferente.

En todas las

épocas.

LUISA AXPE

PRINCIPIO Y FIN

Ilustró SANYU

Rog se separó del grupo y, resueltamente, tomó por aquel camino. Era una caverna lateral que nadie antes se había atrevido a explorar. Rog no sabía por qué, los otros tampoco, pero les daba miedo. Cada vez que pasaban por la entrada, algo les arañaba las tripas; y dolía feo, muy feo si se imaginaban dentro de ella. No era como en los sitios conocidos, con el olor a humo y ese calor siempre igual, siempre húmedo y espeso brillando sobre la roca, llenando la oscuridad.

Vieron cómo se alejaba, cada vez más rápido, sin volverse. Vieron cómo se iba, los ojos crecidos de golpe bajo las cejas protuberantes, la escasa mandíbula caída. Cuando ya no vieron más la lucecita de la antorcha, se miraron entre sí, gruñendo. Les dolía la garganta, o tal vez les dolía algo que estaba más allá de sus cuerpos. Casi como cuando alguno era atrapado por una bestia y el terror se mezcla-

ba con otra sensación, con algo que era como trozos desgarrados que se van.

Rog siempre había sido distinto, de algún modo. Se quedaba mirando fijo las cosas, y después trataba de hacer cosas con ellas. Como pasar un carbón por la pared de la caverna, en la que aparecía después una forma de animal, que no podía ser porque los animales estaban afuera, y además eso era como estar y no estar. Y ahora, Rog se había ido por esa caverna, la más oscura, la que nunca había abrigado sus sueños.

Era un hombre resistente, y rara vez se cansaba. En las largas caminatas para seguir las huellas del ciervo solía ser el primero, el que hacía de cabeza. Pero esta vez, en la soledad de la caverna virgen, las cosas eran distintas. Había caminado bastante, sí; pero no como para estar tan fatigado. Tenía sed, y hambre (más sed que hambre) y sentía la cabeza como

apretada entre dos mazas.

Pero siguió caminando. Y mientras caminaba, sus ojos volvieron a ver por dentro, como tantas veces, pero ahora de manera diferente. Era como si otro dibujase para él las visiones, haciéndole ver cosas extrañas, pensamientos desconocidos. Valles grises, sin pasto ni árboles, cubiertos de enormes moles que perforaban el cielo. Cosas que iban muy rápido para acá y para allá sobre la tierra, pero sin correr. Y otras que penetraban el aire, rasgándolo con un ruido de truenos y alejándose hasta desaparecer. Formas de agua dura que no se derramaba ni mojaba al tocarla, y todo muy brillante v frío. También desfilaban por su mente visiones de seres parecidos a él, caminando muy derechos y con los brazos casi pegados al cuerpo. Sus cabezas eran bastante grandes, e imaginó que también estaban llenas de toda esa clase de visiones, y muchas más.

Las piernas de Rog eran ahora como dos estacas temblorosas, que se doblaban bajo el peso de un cuerpo rotundo y fatigado. Sentía como si llevase a sus espaldas la montaña entera. La antorcha que portaba estaba por apagarse, y no le importó: veía, al final del camino, una luz amarillenta e intensa. Sus pasos se hicieron más rápidos, y cuando faltaba poco para llegar supo que, a pesar del asombro, podría comprender. Siglos de humanidad lo

habían preparado.

En la estación subterránea, el tren se demoró más de lo habitual. Dudosos primero, contagiados después por los más resueltos, los pasajeros habían formado un compacto semicírculo en el andén. De pie frente a ellos, Rog parecía decir: "Bueno, aquí estoy, ya llegué."

Nadie esperaba encontrarse un número de circo en semejante lugar y a esa hora de la mañana. Se amontonaron y se empujaron para mirarlo; pero, aún cuando parecían haberlo acorralado contra la pared, su expresión era dulce y serena.

A las dos horas llegaron los camarógrafos. Rog se dejó observar, filmar, televisar y fotografiar con total docilidad.

Antes de la noche, medio país sabía de su existencia. A los dos días lo conocía todo el mundo.

Curiosamente, nadie parecía inspirarle temor: ni los antropólogos que median su cráneo, ni los médicos que auscultaban sus latidos, ni los lingüistas que trataban de descifrar sus gruñidos.

Fue llevado y traído, alimentado, vestido y emprolijado con toda clase de refinamientos. Se hizo más popular que los animadores de programas dominicales. Su figura pronto inundó las campañas publicitarias, desde la marca de un perfume para hombres hasta el emblema de un campeonato mundial.

Pero un día algo eclipsó su fama.

Era un cráneo.

El notable hallazgo se produjo a la entrada de una cueva prehistórica, de ésas que todavía conservan pinturas. Tenía la misma forma y medidas que el suyo, y una peculiar característica: un agujero redondo a la altura de la sien derecha. Como el de una bala.

Rog no sabía lo que significaba todo aquello, ni le preocupaba. A él sólo le importaba la presencia de la gente a su alrededor, la música que producían al hablar, la sensación de calor que emanaba de sus miradas. Se sentía tan acompañado: era como estar en el centro de un gran regazo colectivo. Tanto, que ni siquiera se había dado cuenta de lo solo que se encontraba.

El descubrimiento del cráneo no era, por supuesto, tan importante como la aparición de Rog; pero para ese entonces el mundo ya había empezado a acostumbrarse a Rog, a digerirlo.

Rog empezó a sentir los límites de su ser, la palpable distancia que lo condenaba al destierro. Empezó a odiar. Su mirada perdió la dulzura inicial, sus movimientos se volvieron amenazantes.

Perdida la docilidad, empezó a despertar miedo. Sus preceptores renunciaron a cuidarlo, y de ahí en adelante los que se acercaban lo hacían con mucha cautela. El calor que lo acariciaba se convirtió en un vacío congelado y negro. Deseó estar solo, ser libre de andar por donde quisiera, sin mirar, sin ser visto.

Un chirrido de frenos, un sacudón; luego, irritantes bocinazos alrededor.

Había sido leve, sobre todo para Rog. El que manejaba tardó en reaccionar, aturdido. Tanto apuro por llegar, por dejar en su destino a ese inquietante personaje, y ahora tenía que chocar.

Rog estaba asustado. Con el impacto, la guantera se abrió; y un arma cayó del interior, reluciente y poderosa. Sus ojos tropezaron con ella un segundo antes que su mano: tomarla y saltar hacia afuera fue un solo impulso.

Con esa cosa brillante y fría en la mano, Rog corrió y corrió. Atravesó las calles, esquivando personas y automóviles. Cruzó la plaza, bajó las escaleras y llegó a los pasillos. Se detuvo un momento a respirar el aire sofocante del andén y luego siguió, sin parar, siempre hacia adelante, hacia el túnel oscuro. Anduvo a tientas, tropezando; al cabo de un rato, los ojos ya no le sirvieron. Todo era absolutamente negro. Y en medio de esa negrura, comenzó a ver los recuerdos.

Se acordó de soles hirientes en una montaña, primero rojos, después amarillos y nuevamente rojos. Se acordó de un gusto a carne cruda, que antes había sido un hermoso animal. Y del hambre, y de un lecho duro que se abandonaba al despertar. Y cuando estos recuerdos empezaron a dolerle, apareció un punto luminoso que se fue haciendo más y más grande a medida que avanzaba, a medida que se acercaba a la boca de la caverna.

Había llegado. Cansado, se sentó en una roca. Luego, sin alejarse mucho, buscó el lugar indicado. Una vez allí, apoyó en la sien derecha esa cosa dura que brillaba, y la usó.

© 1982, Luisa Axpe.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahirfa. 2004 1915



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La historia de las guerras de la ciencia ficción, desde los esfuerzos por anticipar conflictos y el uso de armas impensables hasta los sermones de Robert A. Heinlein y las parodias de Harry Harrison y Joe Haldeman.

Pablo Capanna

ARMAGEDONES Y GUERRAS GALACTICAS

Ilustró CARLOS NINE

Cuando Gran Bretaña ponía en movimiento su Invencible Armada para amedrentar al osado país latinoamericano que desafiaba su derecho divino a imperar sobre las olas, una revista norteamericana, percibiendo quizá que el viejo león se estaba poniendo un tanto punk, tituló su nota "El imperio contraataca".

Ésta obvia alusión a Star Wars (donde, no está de más recordarlo, la razón estaba de parte de los rebeldes) nos recuerda hasta qué punto la ciencia ficción se ha convertido en un componente mitológico de la cultura contemporánea. Quizá no sea exagera-

do afirmar que de algún modo sus fantasías apocalípticas sobre guerras atómicas han contribuido durante décadas a mantener alejada esa posibilidad.

La guerra moderna dejó de ser el "deporte de los reyes" para volverse un asunto de "la Nación en armas" con la Revolución Francesa; a partir de las guerras napoleónicas, comenzó a convertirse en conflicto total, donde absolutamente todos (civiles, militares o neutrales) están envueltos. Paulatinamente, se ha ido transformando en una cuestión esencialmente tecnológica; hoy es una computadora la que dirige un misil

contra otra computadora que dispara anti-misiles, a causa de lo cual mueren muchos hombres. De esta manera, se ha llegado a creer que quien posee una tecnología más avanzada es también el que posee la civilización y el derecho, como si un hacha de sílex fuera más "justa" que un garrote.

La ciencia ficción, que nació junto con la civilización tecnológica, comenzó siendo un apéndice de la divulgación científica y acompaño sus fantasías, aún las destructivas; pero en pocas décadas de intenso y metódico delirio comenzó a madurar, para asumir, quizá a partir de Hi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.reom.ars

roshima, una posición crítica ante la posibilidad de una guerra total que acabara con el suicidio de la especie.

Repasar toda esa evolución es tan oportuno como sorprendente; sin pretender agotar el tema, que Thomas D. Clareson propone como un campo académico aún no explorado, recordaremos algunos de sus momentos, desde las fantasías que preludiaban en el inconsciente de la cultura lo que pronto sería la guerra de 1914-18, hasta visiones utópiconegativas de las futuras matanzas, donde las máquinas luchan entre sí hasta aniquilar a los hombres. Sin embargo, es triste reconocer que aún las más "infernales" anticipaciones de la cf palidecen ante las armas que la sádica imaginación de científicos y técnicos ha puesto a punto: nadie imaginó la bomba neutrónica, los defoliantes, la guerra climática o bacteriológica, ni tantas otras sofisticaciones que oculta el arsenal de las superpotencias.

AEROPILOS, ZEPPELINES Y RAYOS DE LA MUERTE

La anticipación científica fue al comienzo un modo de imaginar "escenarios" de conflictos futuros y servir así de exhortación políticomilitar. De este modo, poco después de concluir la guerra franco-prusiana, el inglés Sir George Tomkyns Chesney escribió su Batalla de Dorking (1871), que escenificaba una invasión alemana a Holanda, Dinamarca y finalmente Inglaterra. En 1889, el norteamericano Frank Stockton ya vislumbraba la guerra mundial (El gran consorcio de la guerra).

Ese mismo año, el pacifista H. G. Wells aún soñaba con la abolición de la guerra (Cuando el durmiente despierta). Catorce años más tarde, era

el propio Wells quien anticipaba el mortífero empleo de los tanques (The Land Ironclads, en el Strand Magazine de 1903) que pronto sus lectores habrían de ver en acción. Wells fue aún más lejos e imaginó que la guerra futura sería aérea (The War in the Air, 1908); en esta novela. son nuevamente los alemanes quienes intentan conquistar los EE.UU., hunden su flota mediante el poder aéreo de enormes dirigibles provistos de "aerópilos" (aviones individuales) y marchan sobre Nueva York. Intervienen Francia e Inglaterra, y se alían con los norteamericanos para enfrentar la flota aérea de un imperio asiático (?) que emplea discos voladores v "ornitópteros", y todo termina con el colapso de la civilización. Una nueva invasión alemana aparece en La conquista de América (1916), del norteamericano Cleveland Moffet.

En 1914, el año en que estalla la Guerra Mundial, Wells reincide con El mundo en libertad (1914), donde logra detenerse una guerra atómica (100n bombas arrojadas a manol) mediante una gestión pacificadora de Inglaterra y Francia, que lleva a la fundación del Estado Mundial

El fracaso de Wells, que anticipaba la paz en el mismo año en que comenzaba la guerra, se repite con El mesías del cilindro, de Victor Rousseau, quien en 1917, año de la revolución comunista en Rusia, imagina una cruzada anticomunista mundial encabezada por los cristianos rusos. Esta vez, se lucha con rayos de la muerte y aviones provistos de mandíbulas de acero que se persiguen mordiéndose reciprocamente los alerones.

En cambio, mucho más clarividente fue el estratega inglés Hector Bywater, quien escribió (¡nada menos que en 1925!) La Gran Guerra del

Pacífico; era un enfrentamiento entre USA, y Japón donde se producían batallas idénticas a las que sucederían quince años después, con exclusión del episodio de Pearl Harbour. En cambio, Frank Gibbon (El Napoleón Rojo, 1929) imaginó al sucesor de Stalin, llamado Iván Karakhan, desatando sus "hordas amarillas" sobre Europa entre 1932 y 1936, invadiendo Méjico y Canadá, hasta ser finalmente derrotado por aviones y submarinos norteamericanos.

Para ese entonces, ya habían nacido los famosos pulps; en uno de los primeros (Amazing, agosto, 1928) Philip Francis Nowlan inició otra guerra (Armagedón 2419) que había de continuar hasta hoy, pues allí nacía el héroe de historieta conocido como Buck Rogers. En el mismo año y en la misma revista, también habría sido publicado "La guerra nº 81-Q", cuyo autor, por entonces un adolescente, llegaría a ser conocido como Cordwainer Smith. Su tema anticipaba en veinte años lo que luego habría de ser un lugar común de la cf: una guerra librada enteramente entre máquinas.

Uno de los autores más prolíficos de los pulps de esa época, Murray Leinster, también imaginó una invasión asiática a los EE.UU., provista esta vez de un arma capaz de desintegrar los metales (The War of the Purple Gas, 1992)

El tema reaparece una y otra vez en la inmediata preguerra: en The Last War, de R. R. Winterbotham (1936), o en Jason siembra de nuevo (1938), de Arthur J. Burks, donde EE.UU. vence otra vez a un imperio oriental mediante su "máquina de duplicar soldados". El clima prebélico, que este tipo de literatura no hacía más que alentar, hace su eclosión en el nivel masivo con la famosa emisión radjofónica de La querra de los

mundos, de H. G. Wells; escrita en 1897, esta invasión marciana anticipaba de modo siniestro el uso de gases tóxicos y el arrasamiento de ciudades de la Primera Guerra Mundial; ahora, en la versión de Orson Welles, fue inevitablemente asociada con la proximidad de otra guerra mundial y provocó el conocido pánico.

LOS HOMBRES DE CAMPBELL

La generación de escritores que surge durante la llamada "Edad de Oro" de la ciencia ficción ofrece características distintas, que permiten hablar de un salto cualitativo en el tratamiento del tema bélico. Hasta ese momento, en los pulps había predominado un cerrado cientificismo y un cierto culto por la tecnología. Alguna vez habrá que ocuparse de la vinculación existente entre los escritores de ciencia ficción (v en especial las revistas) con el movimiento político llamado "tecnocracia", que naufragó súbitamente cuando los tecnócratas adhirieron al Eje; el mayor desengañado de este proceso fue Ray Bradbury, con lo cual quizás se expliquen sus actitudes hostiles hacia la civilización urbanoindustrial. En la era de los pulps, cuando se tocaba el tema de la guerra era para prever, con cierta morbosidad, medios técnicos destructivos cada vez mayores; lo corriente era que se imaginaran tremendas confrontaciones entre imperios galácticos, al estilo de Edmond Hamilton, o guerras de capa y espada a la manera de E. Rice Burroughs; ambos engendraron respectivamente ciertos subproductos del mundo de la historieta, como Buck Rogers y Flash Gordon.

Los autores que comenzaron a adquirir notoriedad durante la Era de Campbell

eran hombres que en su mavoría habían sido movilizados durante la Segunda Guerra Mundial, v habían pasado varios años de su vida en los frentes de combate, interrumpiendo sus carreras o postergando por años su ta-rea literaria. Carecían de una visión épica ingenua de la guerra, porque conocían su dura realidad, y tampoco creían demasiado en los gadgets tecnológicos. Todos ellos habían sufrido el shock espiritual que significó la bomba atómica de Hiroshima (1945), que les había hecho dudar de la neutralidad de la técnica v temer por el futuro de la especie humana. Una nueva guerra (la de Corea), el visible crecimiento de aquello que el presidente Eisenhower señaló con temor en su mensaje de despedida al Congreso, el "complejo militar-industrial" y el mercado de armamentos, así como la guerra fría" entre las dos nuevas superpotencias, ambas dedicadas a incrementar su arsenal atómico, los hacía menos ingenuos; por lo general comenzaban a asumir actitudes más maduras, cuando no eran francamente pesimistas.

La casi tiránica influencia que ejerció John W. Campbell sobre todo este período también tuvo mucho que ver con el diseño de los nuevos escenarios bélico-fantásticos. Campbell asumió la dirección de Astounding en 1939; siendo graduado en física nuclear, conocía el aspecto científico del tema, y más tarde quedó profundamente impresionado por la Bomba A de Hiroshima. Sentía una verdadera obsesión por la guerra atómica, la contagiaba a sus escritores y metía mano en sus textos cuando no se ajustaban a sus expectativas.

En la década del '50, que representa la mayor expansión de la cf y el predominio de Campbell, las revistas se poblaron de armas nucleares. ruinas radioactivas y nacieron los "mutantes" genéticos, nuevos monstruos que venían a relevar a los monstruos extraterrestres de antaño. El viejo tema del "último hombre" o la recaída en la barbarie tras una catástrofe atómica, fueron agotados en todas sus posibles variantes: La Tierra permanece (Earth Abides, 1949), de George R. Stewart, o El clamor del silencio (The Long Loud Silence, 1953), de Wilson Tucker, pueden figurar entre los clásicos de este género.

Desde sus respectivos estilos y perspectivas personales, varios de los autores más importantes de este período enfocaron el tema con una decidida tendencia pacifista. El texto típico, cuya difusión alcanzó mucho más allá del público de cf fue "El basurero" ("The Garbage Collector" 1953) de Ray Bradbury: era la historia de un simple empleado municipal que se rebela al enterarse de que su camión va a ser empleado, en caso de guerra atómica, para recoger los cadáveres.

Por su parte, Theodore Sturgeon escribió "El trueno y las rosas" ("Thunder and Roses", 1947), quizás uno de los más convincentes alegatos contra la insensatez de un holocausto nuclear, un cuento triste pero esperanzado. Clifford Simak, en su peculiar tono idílico, imaginó una guerra interestelar con enemigos tan civilizados y corteses que enseñan estrategia a los terrestres, señalándoles cuáles son sus puntos débiles y cómo vencerlos ("Honorable adversario", 1958).

Philip K. Dick, aún en sus comienzos, fue autor de una notable pieza de suspenso, "Segunda variedad" ("Second Variety", 1953) que ponía en escena robots saboteadores destinados a ganar la compasión de los combatientes en una guerra total donde ya no

rige ninguna regla moral; se presentan como el Niño Huérfano, el Soldado Herido y la Muchacha de las tropas, y al concluir el relato ya han aprendido a matarse entre sí.

Esto es precisamente lo que ocurre en "Dulcie & Decorum" (1955), de Damon Knight, donde dos computadoras gigantes que dirigen la estrategia de dos superpotencias futuras, ya han aniquilado a la especie humana cuando comienzan a traer gente de nuestro tiempo para reponer las bajas. En "Los defensores", de Philip K. Dick (1952), ocurre lo contrario: son los robots dejados en la superficie para que continuaran la guerra hasta el final quienes resultan ser los más sensatos, y devuelven a la humanidad un mundo reconstruido, para darles una nueva oportunidad.

Entre los textos más rescatables de esta época se encuentra "Entre los muertos" ("Down Among the Dead Men", 1954) de William Tenn, del cual aquí conocimos una versión televisiva hecha por Narciso Ibáñez Serrador. Es una pieza macabra: los soldados comienzan a agotarse en una guerra interminable con extraterrestres, y los estrategas resuelven recurrir al reciclaje para poder continuar la lucha: fabrican zombies con miembros humanos recuperados, y vuelven a enviarlos al combate para que sean despedazados de nuevo. Algunos elementos de esta historia. particularmente el hecho de que la humanidad lucha contra una especie de insectos, permiten suponer que ella pudo haber servido como un antecedente, aunque de signo inverso, de la novela más discutida de esta época, Tropas del espacio, de Robert A. Heinlein.

VIETNAM Y DESPUES

Si la guerra de Vietnam enfrentó a los norteamericanos, divididos en halcones y palomas, también hizo sentir su efecto sobre la ciencia ficción. Basta recordar las "solicitadas" de apoyo a la intervención norteamericana, que contaban entre otras con la firma de Heinlein, y las de oposición, donde firmaba Bradbury.

La guerra influyó también sobre la imaginación de los autores de entonces. En un relato típico de ese período, "Dummyblind", de Douglas Fulthorpe (Analog, agosto de 1971), nos encontramos con un paisaje tropical vietnamita donde combaten tropas de infantería provistas de un arsenal inagotable, con tanques atómicos y simulacros robot para distraer al enemigo.

Entre las mayores contribuciones a una elaboración literaria de esta experiencia está la trilogía de las Torres (1965-68), de Samuel Delany, no totalmente lograda, cuya idea central luego sería retomada más de una vez: una guerra permanente, cuyo objetivo inicial ya se ha olvidado y de la cual nadie sabe ya si continúa, pero que no puede interrumpirse porque alrededor de ella se ha estructurado toda la vida social. La otra, es una pequeña joya de Ursula K. Le Guin, El nombre del mundo es Bosque (The World for World is Forest, 1972) donde aparecen inequívocos elementos vietnamitas, como los helicópteros y la destrucción de la ecología.

EL DUCE DE MISSOURI

No cabe duda de que la novela bélica de ciencia ficción más conocida y discutida es Tropas del espacio (Starship Troopers, 1959) de Robert Á. Heinlein. Dada a conocer en forma abreviada en Fantasy & Science Fiction, se publicó como libro en 1960. Al reseñársela en un programa radial dirigido a los adolescentes en octubre de ese año, dio

lugar a una discusión política, pues muchos veían con simpatía su propuesta de Estado espartano. A partir de allí, la polémica se extendió a los fanzines y se agudizó cuando la 18a. Convención Mundial de cf (Pittsburgh, 1960) premió la novela con el Hugo; era el segundo que Heinlein obtenía: cuatro años antes lo había recibido por Double Star (1956), y volvería a reci-birlo en 1961, por su aún más discutida Forastero en tierra extraña (Stranger in a Strange Land).

Pese a que los aficionados, que son quienes votan en las convenciones, quisieron premiar así lo que consideraban una excelente novela de acción y reconocer a la vez una travectoria de veinticinco años en el género, las reacciones fueron acumulándose y pronto aparecieron las parodias. James Blish y Gordon Dickson escribieron sendas novelas como réplica a Heinlein; Harry Harrison se ensañó con todas y cada una de las situaciones de Heinlein en Bill, héroe galáctico, y más tarde Joe Haldeman, veterano de Vietnam, hizo lo suyo con La guerra interminable. Por su parte, el inefable John Sladek le adjudicó el sobrenombre de "Hitler I. E. Bonner" al dedicarle una de sus parodias breves, una verdadera obra maestra del

Un nuevo elemento inquietante vino a sumarse a la polémica cuando se supo que el psicópata Charles Manson, el asesino de Sharon Tate, se había inspirado en la seudomística de Forastero... para elucubrar sus fantasías paranoides al ritmo de Helter Skelter.

Heinlein es un sureño de setenta y cinco años, que empezó a escribir ciencia ficción en 1939. Se graduó como teniente en la Academía Naval de Annapolis y se desempeño como artillero, hasta que una

grave enfermedad lo obligó a retirarse en 1934.

De no haber ocurrido esto, habría intervenido en la guerra del Pacífico, quizás habría ganado alguna medalla, sería miembro de la Legión Americana y votaría por Nixon y por Reagan (en realidad, apoyó a Goldwater y fue miembro de la John Birch Society), pero es probable que hubiera canalizado su agresividad belicista en acciones militares concretas.

Por lo general, quienes escriben poemas épicos son los rapsodas ciegos, y los más enardecidos apologistas de la guerra son señores tímidos que se han pasado la vida detrás de un escritorio. En cuanto a los combatientes, o bien están hartos de violencia, o bien no han tenido tiempo de pulir su estilo.

Al ser dado de baja de la Marina, nuestro frustrado guerrero intentó estudiar matemáticas y física en la Universidad de California, proyecto que tampoco logró cumplir; se dedicó a la política profesional en California, a la minería en Colorado, al negocio inmobiliario y la arquitectura. Durante la guerra, volvió a la Marina como ingeniero y fue camarada de De Camp y Asimov. Dedicado profesionalmente a la ciencia ficción, comenzó a exponer sus ideas políticas autoritarias en las novelas de su "Historia futura", que le dieron fama.

Suele decirse que Tropas del espacio 1 es una gran novela de acción, aún prescindiendo de las ideas del autor. Hasta ahora, no he podido enterarme de dónde nació esa versión, pero basta volver a leerla para convencerse de lo contrario. ¿Dónde está la supuesta acción? Salvo los combates del comienzo y el final, todo el resto es una cháchara interminable sobre las virtudes de la disciplina; quien quiera acción, podrá si hallar

la en sus parodias de Harrison y Haldeman.

La primera impresión que produce la lectura de esta novela es de incredulidad. Todo parece una caricatura, una deliberada exageración, como si el autor se hubiese propuesto escandalizar al lector humanista. Parece un panfleto pensado por Jane Fonda para acusar a los belicistas; si el autor fuera el teniente Calley, aquél de la masacre de Mylai, hubiese podido usárselo como prueba en su contra.

Desarmemos pues la novela, que tiene la estructura de un emparedado: se abre con una batalla, el bautismo de fuego de John Rico, y se cierra con una hecatombe de enemigos dirigida por el mismo Rico, ahora oficial; el relleno, es una amalgama de escena cuartelera y discursos de abierto contenido fascista.

He dicho "fascista" aun corriendo el riesgo de ser mal interpretado, pues es muy común que se llame "fascista" a cualquiera que nos resulta antipático, de manera que ya no se sepa quién es quién. En realidad, pocas veces se encuentra algo que se parezca tanto a la ideología de Mussolini (aunque sin el culto del Estado) como esta novela. No hay en ella elementos racistas, salvo cuando se habla de los extraterrestres, pero tiene la mayoría de los componentes del fascismo italiano: culto del veterano de guerra (como en los fasci di combattimento), exaltación de la lucha, disciplina espartana, castigos corporales para formar la personalidad; sólo falta el aceite de ricino...

El libro cuenta la carrera del infante John Rico en la Infantería Móvil, un cuerpo de élite dotado de omnímodas armaduras que multiplican sus fuerzas, les permiten volar, sobrevivir en cualquier medio y disponer de un poder letal increíble, que va de los

gases a las granadas y misiles atómicos. Rico y sus camaradas luchan contra una especie de arácnidos sociales que le disputan a la humanidad el dominio del universo.

Varios siglos antes de Rico, se ha establecido un "Nuevo Orden". Ello ocurrió tras la última guerra mundial (1987-1988, entre la Alianza anglo-ruso-norteamericana y hegemonía china, 1987-1988) y el Tratado de Nueva Delhi que le puso fin. Como consecuencia, se produjo el colapso de los Estados nacionales, incluido U.S.A., y se inició un período de "desórdenes" comparable con la "revolución rusa de 1917". En este período, los numerosos veteranos de guerra, siendo los únicos hombres entrenados para mantener el orden, fueron elegidos espontáneamente por la población civil para formar grupos de autodefensa, y paulatinamente asumieron todo el poder.

El sistema, se dice, funciona perfectamente, y ello prueba su bondad; con este argumento pragmatista tan norteamericano, se explica que ello no significa que los veteranos sean mejores que los demás, sino que están acostumbrados a anteponer los intereses colectivos a los suyos propios. Por si esto sonara un tanto idealista, se confiesa cuál es la verdadera justificación: es necesario mantener el estado de guerra permanente para que siempre haya veteranos, y los individuos agresivos son automáticamente absorbidos por la guerra, de modo que se eliminan los potenciales rebeldes: "Si apartamos a los agresivos y los convertimos en perros pastores, las ovejas no nos crearán dificultades" (pág. 139).

Tenemos pues que la sociedad es equiparada a un rebaño de ovejas, aunque en otra parte se afirma que "el hombre es un animal salvaje con voluntad de superviven-

cia" (pág. 141). Para Heinlein, existen amos y esclavos de nacimiento, ovejas y perros, tal como sostenía Spengler, para quien el hombre es un animal de presa. Con la misma mezcla de pragmatismo y "derecho del más fuerte" se añade que "el mismo universo nos hará saber... si el hombre tiene o no 'derecho' a extenderse a través de él" (pág. 141). Y para completar el esquema pesimista-autoritario se añade una cita de Kipling, el bardo del Imperio Británico, sobre "la grandeza del infante disciplinado" (pág. 77).

En el Nuevo Orden, sólo los veteranos tienen derecho a votar, v la ciudadanía se adquiere al enrolarse voluntariamente (pág. 33). La democracia es inútil, porque permite que cualquiera vote (pág. 137); es absurdo sostener que "la violencia no soluciona nada" (pág. 27); en particular, el sistema democrático norteamericano "glorifica los derechos, pero olvida los deberes" y se entretiene con ideales como "la vida, la libertad y la búsqueda de la felici-, calificados como "pura poesía" (pág. 94). El don más precioso es la supervivencia: el precio de la vida... ès la vida misma" (pág. 75), que se gana con "la agonía, el sudor y la dedicación" (pág. 75).

Quien enseña estos principios es generalmente Mr. Dubois, un veterano mutilado que es profesor de Moral de John Rico, en interminables sermones. Sus ideas en materia de educación son deliciosas: compara la formación moral del joven con el adiestramiento de un cachorro, al cual hay que pegarle para que aprenda dónde tiene que hacer sus necesidades. La delincuencia juvenil (sin averiguar qué causas tiene) debería ser combatida mediante castigos físicos,

porque "si uno tiene temor, no suceden esas cosas" (pág. 91). Combinando el garrote fascista con el conductismo de Watson y Skinner, Dubois cree haber descubierto "la moral científica" (pág. 92), basada en "el instinto de conservación" (pág. 92); todo se resume en una brillante fórmula: "la base de la moralidad es el deber (...) y el deber se enseña con el palo" (pág. 93).

En este mundo, también la religión sirve sólo para levantar la "moral" de las tropas. El capellán, "Padre" (sic) Migliaccio, es "un soldado más" y da los mismos consejos que el oficial (pág. 12). Sus creencias no interesan a nadie, pero "sus cánticos son divertidos, y los domingos no hay adónde ir" (pág. 75).

El hecho de que el capellán se llame "Padre" y no "Father" se asocia con otra curiosa constante: la frecuencia con que en el libro aparecen nombres españoles o latinoamericanos. Aparte de Rico, el protagonista, los combatientes llevan nombres como Flores (pág. 22), Carmen Rojas (pág. 29), Carmencita Ibáñez (pág. 132), Silva (pág. 170) o Cunha (pág. 170). Uno de los campos de entrenamiento se llama "San Martín", en alusión al Libertador (pág. 128) y el nombre de una ciudad es "Espíritu Santo", en español (pág. 120).

Uno de los hechos decisivos de la guerra es el arrasamiento de Buenos Aires por los extraterrestres (pág. 102); no sabemos si es para que nos sintamos honrados... De todos modos, toda esta insistencia en lo latino puede deberse a varias causas, que van desde la admiración por las tradicionales dictaduras latinoamericanas hasta la influencia de L. Sprague de Camp, cuyos Viagens Interplanetarias imaginaban a Brasil como potencia espa-

También es digno de exa-

men el catálogo de las naves (que, dicho sea de paso, en la Ilíada está al comienzo y aquí al final); junto a los héroes norteamericanos y las grandes batallas de la Segunda Guerra Mundial, figuran algunos caciques indios, como Kamehameha y Gerónimo (pág. 196), el galo Vercingetórix, rival de Julio César, el jefe zulú Tchaka, enemigo de los británicos, y el mismísimo Augusto César Sandino (!). que seguramente no gozará hoy de las simpatías de Heinlein (págs. 195-196).

La trama se reduce a las etapas de un escalafón militar. Persuadido por su profesor de moral, el coronel Dubois, John Rico ingresa a las Fuerzas Armadas Espaciales, oponiéndose a la voluntad de su padre, un hombre de negocios. Más tarde, cuando la guerra avanza, Rico se reencuentra con su padre, que también se ha enrolado, y ambos se reconcilian como ca-

maradas. En el Campamento Currie, es sometido a un sádico entrenamiento, que comprende las mayores privaciones y humillaciones, para agudizar su "instinto de su-pervivencia". Heinlein siente cierta complacencia por lo truculento: el oficial reclutador, que aparece profusamente mutilado, luce más tarde impecables prótesis, que se había quitado para impresionar al recluta (pág. 29). Los oficiales llevan como condecoración una calavera con huesos cruzados, al estilo pirata (pág. 101). Su justicia no es más que la rígida aplicación de un reglamento incomprensible, sin derecho a defensa (pág. 60); los culpables son condenados a flagelaciones (págs. 84-85) y ahorcamiento (pág. 86). Al parecer, conforme a las ideas pedagógicas del autor, esto les endurece el carácter; basta ver si no su angélico comportamiento en un día franco.

cuando van a Seattle para mirar las chicas, y sólo encuentran sana diversión cuando se trompean con unos matones (págs. 96-97).

La guerra que se está li-brando es la Tercera Espacial, o "guerra de los Bugs". Estos "bugs" (la palabra significa "bicho" o "insecto") son una especie de arácnidos (pág. 104) con una organización similar a la de las hormigas o termitas, donde no existen individualidades. Habiendo caracterizado así al enemigo, cualquier exceso se justifica, porque hasta un sádico se siente más "insecticida" que "homicida". La palabra bug evoca tanto a los bugeyed monsters, los monstruos de ojos saltones de las viejas revistas, como a los wogs, nombre despectivo que se daba a los pueblos de color en el clásico libro del coronel Colwell sobre las "pequeñas guerras". Hay otros enemigos, que luego se pasan al bando terrestre; son "vejestorios humanoides" (pág. 18) a quienes se denomina skinnies; como skin significa "piel", habría aquí otro prejuicio racial, el mismo que permitiría luego llamar charlies a los vietnamitas y argies a los argentinos...

"infantes móviles" combaten enfundados en sus poderosas armaduras; es fácil imaginárselos como aquellos monigotes blancos que hacían de tropas imperiales en La querra de las galaxias. Cuentan además con una variedad de recursos, como el apoyo de telépatas espías y el uso de los neo-perros, que combaten en unión simbiótica con los humanos: quizá la idea proceda de los gatos de Cordwainer Smith, pues "El juego de la rata y del dragón" es de

1955.
Convertido en un Superman electrónico, el infante móvil arrasa todo a su paso, sin consideración y sin ver siquiera al enemigo. Rico arro-

ja una bomba atómica sobre algo que no sabe si son "edificios públicos, templos tal vez, o algún palacio" (pág. 17), siembra de granadas una asamblea civil que "podría ser una iglesia repleta de fieles, o quizá el cuartel general de sus defensas" (pág. 21). De pronto, se encuentra frente a frente con un civil desarmado que lo mira aterrado, y lo incinera con un lanzallamas: "Yo no podía andar perdiendo el tiempo con aquel ciudadano... [así que] lo achicharré"(!).

Este comportamiento ejemplar en defensa de los derechos humanos se contrapone a una lírica apología de la abnegación y la solidaridad humanas, por la cual el hombre es el único ser en la Galaxia que se preocupa por salvar al compañero herido (pág. 168). Pero de aquí se deduce una extraña conclusión: es justo y necesario continuar una guerra hasta sus últimas consecuencias mientras quede un prisionero en manos del enemigo, no importa cuántas vidas se sacrifiquen para rescatarlo (pág. 135).

Quienes busquen en esta propuesta fascista-tecnocrática de cuño norteamericano los rasgos habituales de la extrema derecha se encontrarán con que aquí no hay machismo (las tripulaciones se componen de hombres y mujeres en un pie de igualdad) ni racismo "humano" (negros y blancos, indios y vaqueros combaten juntos) aunque los rasgos racistas son hábilmente desplazados a los extraterrestres, a quienes se pinta con los colores más sórdidos.

Hallamos en cambio el culto por la tecnología y las ciencias exactas: hay una "moral científica" y todas las discusiones académicas deben ser vertidas al lenguaje de la lógica simbólica. Pero toda esta racionalidad instrumental está puesta al servicio de lo irracional, de la fuerza bruta erigida como justificación de sí misma. Como Carlyle, quien por cierto escribía mejor, Heinlein piensa que "la fuerza es derecho" (might is right).

LOS ANTIHEROES

¿Qué hacer con este panfleto político, que como novela deja mucho que desear, aunque evidentemente haya despertado simpatías, cuando en el plano teórico es francamente inconsistente?

El humor suele ser el arma más poderosa contra las imposturas; así lo entendieron Harry Harrison y Joe Haldeman, quienes muestran en forma farsesca la otra cara de la guerra imperial, a la luz de la experiencia de los últimos milenios, señalando a la vez los absurdos propios de la guerra tecnológica llevada a sus últimas consecuencias.

Harrison, que es uno de los pocos humoristas de la cf que puedan compararse con Sheckley y Lem, escribió en 1965 su parodia Bill, héroe galáctico2 que dedicó a otro escritor inteligente, Brian Aldiss. Se propuso "desinflar" la falsa épica del norteamericano a través de la historia de Bill, un granjero que es reclutado por las tropas imperiales mientras se entretiene espiando a una aldeana que se está bañando. También aquí hay discursos, mucho más cínicos, y Bill es "persuadido" gracias a una droga que ponen en su gaseosa. Cuando va a embarcarse rumbo al cuartel, las botas lustrosas y el dorado uniforme va han caído hechos jirones.

En el campamento (llamado León Trotsky) repite, en clave grotesca, las experiencias de Rico; también aquí hay un sargento sádico (quien en privado confiesa que no es tan feroz pero está obligado a representar ese papel), y un capellán (de vudú) que trabaja a la vez como suboficial, encargado de lavandería y es-

oía.

Se describe al enemigo como un gigantesco lagarto marsupial, que según la publicidad pone en peligro la virginidad de las hermanas de los combatientes, aunque nadie sepa para qué las querría... Bill, a quien se ha confiado la importante tarea de cambiar fusibles, descubre a un espía enemigo, pero se da cuenta de que en realidad tiene el tamaño de un ratón.

Cuidando sus fusibles, salva accidentalmente, la nave insignia de la flota, y es proclamado héroe. Viaja entonces a recibir su condecoración por el Emperador, para enterarse que tanto éste como los jefes militares son meros actores, pues los verdaderos no están en condiciones de gobernar y la aristocracia se está extinguiendo.

En el planeta capital, que es una sola ciudad metálica, se pierde y pasa por una serie de absurdas peripecias: se hace vagabundo, desertor, perseguido, revolucionario y por fin basurero, hasta ser reincorporado a las armas.

La última parte de la novela se desarrolla en una selva tropical, un típico escenario vietnamita, donde Bill se hace rebelde y vuelve a encontrarse con su viejo conocido el espía; éste confiesa ser antropólogo y estar interesado en averiguar cuál es la razón por la cual los humanos son tan agresivos. Bill no sabe cómo explicárselo, pero mientras tanto deja que un monstruo local lo devore. De aquí en adelante, el tono se vuelve aún más eínico: en la escena final es Bill, a quien su propia madre vacila en reconocer pues tiene dos manos derechas, un brazo negro heredado del capellán y varias prótesis metálicas, quien recluta a su hermano menor mediante los mismos engaños que usaron con él, con el único fin de ganarse la comisión...

LA GUERRA INTERMINABLE

La guerra interminable,3 de Joe Haldeman, se basa en recursos más específicos de la ciencia ficción para hacer un humor decididamente negro. Haldeman estuvo en Vietnam y nunca pudo entender para qué había servido esa guerra; en la novela, volcó su propia experiencia sin disimulo: los protagonistas se llaman Mandella (anagrama de Haldeman) y Marygay Potter, que es el nombre de su esposa. Es inevitable que uno se sienta tentado de asociar la novela con un célebre film (M.A.S.H.), de tema análogo y humor igualmente corrosivo.

Para hacer que su guerra sea realmente interminable. Haldeman recurre a la contracción einsteniana del tiempo. Todo comenzó cuando los humanos hallaron la manera de efectuar viajes interestelares a través de ciertos agujeros negros (los "colapsares") y tropezaron con otra especie inteligente, los taurinos, empeñada en lo mismo. Desde entonces, están embarcados en una guerra total a velocidades más que lumínicas, lo cual hace que cada vez que los soldados vuelven a la Tierra hayan transcurrido varios siglos. De este modo, Mandella, que subjetivamente es un hombre de mediana edad, ingresa a las fuerzas espaciales en 2007 y se retira como mayor en 3143, pasando más de once siglos bajo ban-

Al igual que Rico y Bill, es entrenado en planetas que ofrecen durísimas condiciones: desiertos helados, junglas tropicales, etc. Hasta los organigramas militares reproducen los de Heinlein.

Mandella es hijo de hippies

(su apellido es una deformación de "mandala") y son "veteranos de Vietnam v el Sinaí" quienes lo preparan para luchar contra los taurinos (pág. 108). Ninguno de sus camaradas y oficiales ha visto jamás a un taurino, aunque la propaganda hipnótica los muestra como monstruos lascivos y sangrientos que violan las mujeres de los colonos. Su principal problema es saber qué aspecto tienen los enemigos, de modo que en la primera escaramuza destripan sin piedad un inofensivo rebaño de animales. Viene luego otro combate, esta vez con los verdaderos taurinos, y la primera licencia en la Tierra.

Vuelto a casa, tras algunos siglos de su partida, Mandella encuentra que el mundo se ha transformado radicalmente para adecuarse a una "ecología de guerra": hay desempleo crónico y se elimina a los pobres; se fomenta la homosexualidad para reducir la superpoblación; se ha suprimido la propiedad privada y todos viven hacinados, pero se creen felices gracias a las drogas y la hipnosis con que se los maneja (págs. 110-111); es "un mundo feliz" al estilo de Huxley (pág. 165).

Pero la guerra continúa, y a medida que progresa se vuelve más primitiva; en efecto, por razones técnicas se ha pasado de las bombas Nova, capaces de aniquilar un sistema solar, a la lucha cuerpo a cuerpo, con espadas, arcos y flechas. Cuando Mandella regresa para una licencia se entera de que la guerra ya terminó, y eso fue 220 años antes.

Todavía no pudo establecerse cómo empezó, pues al parecer hubo una falla de comunicación entre humanos y taurinos, y ambos se sintieron agredidos; una vez en guerra, ya no hubo oportunidad de entenderse, y se profundizó la destrucción; al llegar a cierto punto, ambos

64/ELPÉNDULO 10

bandos se habían transformado para sobrevivir hasta hacerse uniformes, y recién entonces pudieron pactar; ahora son todos clones de un solo donante, no tienen cultura ni civilización, y lo mismo les ha pasado a los taurinos. En algún momento, alguien había pensado "que la economía terráquea necesitaba una guerra; aquélla era una oportunidad ideal. Además de representar un hermoso agujero en el cual arrojar baldes de dinero, también unificaría a la humanidad, en vez de dividirla" (pág. 234).

Dos sátiras pueden neutra-

lizar un disparate. Heinlein ha quedado bastante aislado dentro del panorama general de la ciencia ficción, y si un mérito hay que reconocerle ha sido el de provocar la cuerda reacción de gente tan seria como los humoristas. Ocurre que la fantasía especulativa, en una época en que la gente prefiere que se le presenten las ideas bajo forma de ficción, es un instrumento ideal para hacer pensar, y como instrumento puede ser usado de muchas maneras. Pero también era previsible que predominara la perspectiva humanista en un género donde se intenta

pensar en una escala cósmica y son pocos quienes se resignan a ver en el universo nada más que un lugar para arruinar o un coto de caza para ese viejo predador que guardamos en el inconsciente.

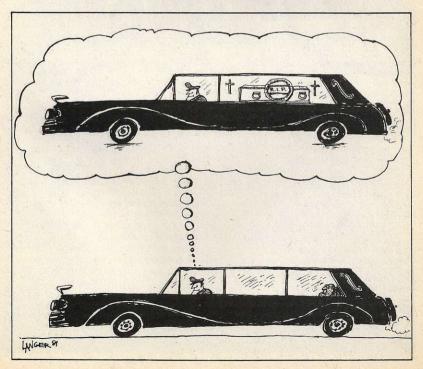
NOTAS:

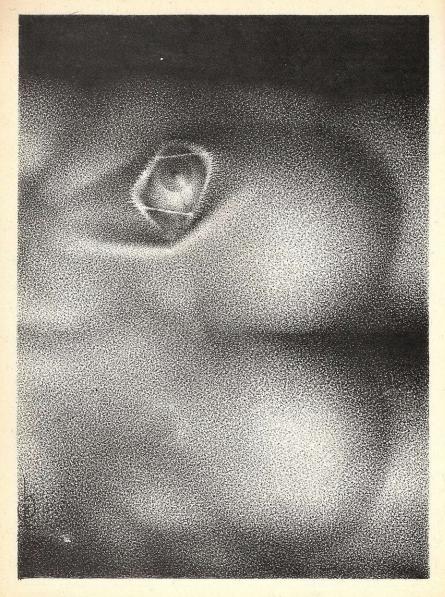
1 Robert A. Heinlein, Starship Troopers (1959). Citamos la versión española de M. Blanco: Tropas del espacio, revista Nueva Dimensión, Dronte Argentina, Buenos Aires, 1976.

2 Harry Harrison, Bill the Galactic Hero (1965). Traducción de Luis Vigil: Bill, héroe galáctico, Dronte, Barcelona, 1970.

3 Joe Haldeman, The Forever War (1974). Traducción de Edith Zilli: La guerra interminable, Sudamericana, Buenos Aires, 1979.

© 1982, Pablo Capanna.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDUARDO ABEL GIMENEZI

QUIRAMIR

Ilustró KIKE SANZOL

"Vivimos en los bordes, buscando el centro. Vivimos en el aire, al que llamamos tierra. Vivimos al revés, en la ciudad del sueño."

Un poema de Quiramir.

La ciudad es un témpano del cual las nueve décimas partes están escondidas. Y la parte visible es diferente para cada viajero: el que llega a Quiramir ve primero lo que la ciudad quiere mostrarle, según espere gustarle o no, según espere retenerlo en su interior o echarlo enseguida; y después lo que él mismo quiere ver, ya sea para quedarse o salir en el próximo vehículo que cruce el borde. Algunos no llegan a ver ni siquiera ese décimo, otros no overon hablar jamás de la ciudad, y unos pocos conocemos tanto de ella que sus secretos apenas. suman algo más de lo que sabemos. Con esto quiero decir que yo también puedo quiarte por Quiramir para que veas lo que esperabas y lo que no esperabas, pero por encima de

todo para mostrarte lo que yo quiero que veas.

Por ejemplo, podemos encontramos junto a la Puerta Norte de Quiramir. El viajero suele venir lleno de polvo, a menos que sea muy rico y pueda pagarse un transporte cubierto. Si el viajero no es tan rico, llega montado en su caballo, y si es poco más que pobre, a pie. Los pobres del todo no suelen venir a Quiramir por la Puerta Norte: cuando llegan, no los dejan pasar.

Cuando el viajero viene a pie, sé que ese día no voy a hacer un negocio brillante, pero no puedo esperar a otro: a veces pasa mucho tiempo entre la llegada de un viajero y el siguiente, y los guardias cambian muchas veces antes de que se vea bajar por los caminos de las montañas una comitiva, un jinete o un vagabundo.

El viajero, entonces, llega a pie, y en cuanto consigue pasar los controles de la puerta me ve a mí. Estoy echado junto a la fuente que surge en la plaza de entrada, sin tocarla porque la ley no me lo permite. El piso está duro, pero yo también y quedamos a mano. El viajero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahfrencomair

no puede dejar de verme: llevo años estudiando el lugar más indicado para ponerme a su vista. En cuanto cruza la puerta, el viajero mira a lo lejos, por encima de las primeras casas, tratando de orientarse por sí mismo. En la curva que describe su mirada se interpone la torre de la catedral, que está lejos pero se ve entre los techos y llama la atención por su brillo, y enseguida el viajero se da cuenta de que justo por debajo de la torre hay un chorro de agua: la fuente. Cuando se fija en la fuente, se fija en mí: una mancha oscura contra el fondo de mármol blanco. Entonces, aunque no le guste mi apariencia, se acerca a preguntar:

-¿Dónde puedo pasar la noche?

Apenas me mira, porque tengo la cara llena de granos y estoy vestido con trapos sucios. Pero no hay nadie más cerca, salvo alguna mujer que se asoma a un balcón, y los guardias: ni los guardias ni las mujeres contestan

preguntas a los viajeros.

—Depende —digo, y el viajero hace un gesto: quiere terminar pronto con los preliminares de su llegada a la ciudad, y no está dispuesto a escuchar los delirios de un mendigo. Me apuro a seguir, procurando mostrarle la pureza de mi acento y mi buena dicción—. Si el señor desea una habitación magnífica por menos dinero del que pensaba gastar, tal vez yo lo guíe al lugar correcto.

El viajero no está muy interesado en aceptar

mi propuesta, pero sé cómo insistir:

—También es posible que sepa dónde está

lo que obligó al señor a venir.

Ahora el viajero me mira directamente, pero esto dura sólo dos segundos. No cree que yo sepa tanto: ¿cómo un mendigo va a conocer su secreto?

—El comercio de Hafah está a poca distancia del lugar que le estoy ofreciendo —sigo—

¿Quiere venir conmigo?

Ahora el viajero no puede contener su sorpresa, pero consigue esconderla para cualquiera que no sea yo: yo conozco a muchos viajeros, y sé que los que vienen por la Puerta Norte, a pie, y llevan botas de cuero y una gran bolsa a la espalda buscan el comercio de Hafah. Apenas uno de cada cinco niega conocer a Hafah, y de éstos, casi todos mienten. Cuando ocurre algo así, no tengo otro remedio que reconocer mi error, y dejar escapar el ne-

gocio. Pero esta vez no ocurre, y el viajero mira alrededor para asegurarse de que nadie escucha y simula aceptar mi oferta con desagrado

De modo que me pongo de pie, con dificultad, y empiezo a arrastrar mis trapos hacia el interior de la ciudad. Parte de mi táctica es no mirar si el viajero me sigue: si no lo hace, es que más tarde no conseguiré nada de él. Entonces, lo que hago es apurar el paso todo lo que puedo entre callejones y caminos empedrados; sigo un camino sinuoso, me escondo entre las paredes y dejo que él se preocupe por alcanzarme y por no perderme en medio del tumulto de gente que de golpe aparece y llena las calles cuando nos acercamos al mercado.

Nadie lleva los trapos que yo llevo, ni tiene la cara llena de granos. Todos me conocen, aunque si me saludan es cuando nadie más puede ver: en cierto modo, es una vergüenza conocerme, aunque todos sepan que también es una ventaia.

Entonces llegamos, el viajero y yo, a la casa de mi amigo Ju, y entro sin golpear a la puerta. El viajero está empezando a dudar otra vez, de modo que no puedo hacer lo que hacía un tiempo atrás: ordenarle que espere afuera. Al contrario, lo empujo con cuidado al interior de la casa de Ju, y cuando encontramos al mismo Ju en su sala, el viajero está pensando en escapar. No se atreve, sin embargo, a usar la fuerza, y yo estoy de pie a sus espaldas mientras Ju se incorpora frente a él. Tal vez no tenga miedo de mí, el viajero, pero sí de Ju: es alto y muy fuerte. Durante un tiempo fue guardia en la Puerta Norte, hasta que nos hicimos amigos. Con paciencia y sin apuro llegué a contarle una parte de mis asuntos, cuidando que lo que él supiera no fuera suficiente para encarcelarme, hasta que estuve seguro de su fidelidad.

Ahora Ju cumple con su papel: convencer al viajero de las bondades de su alojamiento, y de lo bajo del precio. El viajero da la impresión de estar aceptando, pero yo sé que jamás aceptaría si no fuera por la continuación de nuestra puesta en escena.

Ju señala una puerta abierta al fondo de la sala, y los tres caminamos hacia ella. Pasamos a un corredor amplio lleno de ventanales, donde la cara del viajero cambia de color según el color de cada vidrio, y de allí a una habitación lujosa, la que el viajero hubiera querido encontrar de no estar tan nervioso. Ahora más que nunca se arrepiente de haber aceptado mi compañía: éste es el momento más difícil del trato. Tengo que actuar con el máximo de precaución.

Le hago una seña a Ju, que se corre a un costado de la puerta, y consigo que el viajero entre a la habitación. Yo apenas necesito entrar lo suficiente para que el viajero se dé cuenta de que Ju no puede vernos: es importante que no crea que somos cómplices. Entonces levanto uno de los trapos que me cubren y dejo que el viajero vea un seno redondo, blanco y firme. La sorpresa del viajero, en este momento, no le permite decir una palabra. Mira mi pecho, mira mi cara, y yo sé que está preguntando qué significa todo esto. Con la uña de mi dedo meñigue corro una pequeña parte del maquillaje, de manera que el viajero empiece a comprender que los granos son falsos, y durante medio segundo me paro bien derecho, y aprieto los trapos contra mis costados, de modo que el viajero tenga una visión mejor de mi segundo disfraz, el de mujer, v entienda el mensaje que le guiero transmitir: no soy lo que parezco. Una expresión muy estudiada de mi cara significa: le estoy pidiendo ayuda. Luego Ju entra de golpe, y yo me apuro a volver a mi posición anterior.

El viajero acaba de comprender que va no está solo, que tiene a su lado a alguien con quien estableció una especie de compromiso. La ciudad empieza a encerrarlo, pero él no se da cuenta. El viajero está decidido a cerrar trato por el alquiler de la habitación, aunque sea para enterarse de lo que se esconde tras mi pedido de auxilio, y cuando Ju se va me guedo con él, haciéndole señas para que no hable. El comercio de Hafah ocupa una pequeña parte de su mente, mucho menor que la que ocupaba antes.

Cerramos la puerta, me guito el maguillaje v me pongo a llorar. El viajero trata de consolarme, sin saber hasta qué punto le pertenezco, sin imaginarse quién pertenece a quién, y no pierde una sola palabra cuando empiezo a contarle mi historia.

viajeros llegan por la Puerta Norte, ni me encuentran a mí, ni ven en mí el mendigo que se transforma en dama. Algunos viajeros llegan con el ruido de los jets, aterrizan en el aeropuerto y se mueven a través de mostradores y salones con tanta rapidez que apenas tengo tiempo de verlos. Sin embargo, conozco sus portafolios y sus valijas hasta el punto de poder decir cuándo tengo ante mí un hombre de negocios, un turista, un ladrón, un traficante de drogas, cuándo es alguien que escapa v cuándo es alguien que persigue. Entonces puedo predecir si tomará un taxi, si encontrará un amigo, si mirará a su alrededor con la mezcla de alegría y desorientación de quien ve una ciudad por primera vez, si llamará por teléfono o empezará a hacer preguntas.

Para ellos, la ciudad es un laberinto de calles v edificios superpoblados donde hav lugar para perderse y para asombrarse; donde se puede ir al cine y al teatro; donde se puede contratar un tour diseñado especialmente para los turistas tontos: donde existe un solo lugar seguro, el sótano de cierta casa en cierto barrio apartado; donde todos son buenos o malos como en las películas; donde cada vista panorámica, cada rincón pintoresco, cada lugar histórico tiene dos dimensiones y cabe en una fotografía; donde los habitantes son extras que cumplen su papel por la comida.

Casi nunca tengo una relación directa con ellos, porque casi nunca tienen relación directa con nada. Pasan por encima de todo, como si estuvieran interesados sólo en las nubes, y así se los ve caminar por las calles: nubes con valijas y bolsos. Pero mi influencia aparece cuando menos lo esperan: uno compra una lata de comida en mal estado que yo deslicé a través del control de calidad de cierta fábrica: se intoxica, va a un hospital donde ya se puede considerar fuera de la ciudad, y en cuanto puede moverse sale de Quiramir para no volver nunca más; otro encuentra a la amiga de una de las amigas de algún pariente mío, se enamora de ella y decide quedarse a vivir en Quiramir para siempre, o se va y un tiempo después ella le escribe para decirle que está embarazada; otro se pierde en los ascensores de su hotel, y cuando supone que encontró la salida cae por la escalera de emergencia; otro Pero ése es un caso especial. No todos los entrega su mercadería y descubre que el com-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prador es policía; otro supone que Quiramir es la ciudad de sus sueños, hasta que entra a un bar donde espera alguien que yo conozco.

Esto demuestra que hay diferencias entre los que llegan a Quiramir en jet y los que entran por la Puerta Norte. Estos vienen a la ciudad por sus propios medios, siguiendo sus propios fines; los del jet vienen por promesas, encuentran más promesas, y se van o se quedan entre promesas. A los de la Puerta Norte hay que hacerles olvidar el objetivo de su viaje para conseguir algo de ellos; los del jet están siempre dispuestos a dejarse vencer. Los de la Puerta Norte traen consigo algo de su propia ciudad y, tarde o temprano, modifican la nuestra; los del jet son intercambiables, piezas de un juego que alguien como yo puede jugar a sus espaldas sin que se den cuenta. Con los de la Puerta Norte debo actuar siempre en persona, corriendo riesgos; los del jet jamás ven que yo ando detrás.

Cuando me encuentro con ellos personalmente, casi siempre por casualidad, tengo que portarme de otro modo. No puedo encariñarme con ellos: por impersonales, por ruidosos o demasiado silenciosos, por haber llegado en un avión que agujereó el aire de Quiramir y despertó a los animales, por lo que sea. A veces, los motivos por los cuales los odio son contradictorios, pero nadie es perfecto: cuando amo a alguien también me contradigo.

Al principio, entonces, les sonrío, mientras muevo los hilos a su alrededor de modo que nadie me los pueda quitar. Me presento como un músico ambulante que toca el violín junto a su mesa en un restaurante típico, y lo que toco es esa canción que ellos justo hubieran querido escuchar. Un poco más tarde, soy el vendedor de entradas del teatro que encuentra dos plateas reservadas que nadie vendrá a ocupar, y se las ofrezco sin gastos extra. Después soy el comerciante que les avisa que este whisky tan caro no es digno de crédito, que prefiere perder una venta antes que engañar a la gente que le cae bien. Al día siguiente, soy el taxista que se ofrece a guiarlos por las ruinas sin cargo, y aquí viene la mejor parte.

Cuando llegamos a las ruinas, espero que el viajero saque sus fotografías del Arco de Kalavarán, del Obelisco Egipcio (que tiene de obelisco todo lo que le falta de egipcio), del Palacio de las Armas. En este momento el viajero está entusiasmado, piensa que Quiramir es una de las ciudades más hermosas que ha visto en su vida, y que su gente es admirable. A mí me gusta que piense así de mi ciudad y me alegra saber que fui yo mismo quien consiguió esa opinión tan favorable. Cuando enfoca su cámara sobre el Monolito de Hisa, saco mi cuchillo.

A veces les robo lo que tienen, dejo que escapen y luego cambio de disfraz. A veces los lastimo, o los obligo a hacer algo que no les guste. A veces llego un poco más lejos y no

vuelven a viajar nunca más.

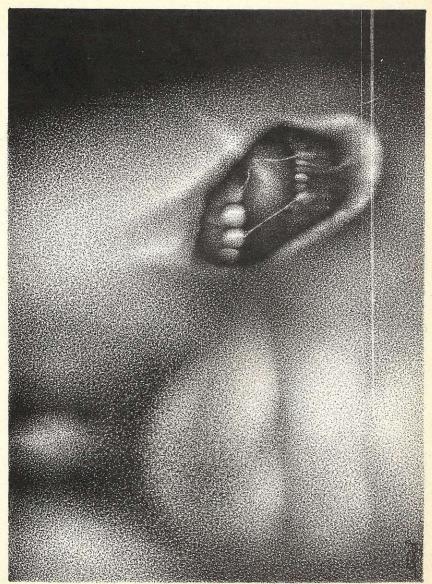
Haga lo que haga, me entristece, porque el contacto que tiene lugar a través de un cuchillo es menos reconfortante que, por ejemplo, el que establezco con los viajeros de la Puerta Norte. Pero no puedo elegir.

Cuando una persona importante y extranjera viene a verme a mi oficina de Intendente de Quiramir, generalmente ordeno que pongan sobre mi escritorio alguna pieza artesanal del país de origen de mi visitante. Es un modo de ganarle antes de empezar, aunque tengo otras ventajas: Quiramir es mi ciudad, y sé de ella más que cualquiera que venga a mi oficina. Esto tal vez no parezca una ventaja cuando se trata de hablar de asuntos ajenos a Quiramir, pero lo es: cualquiera sea el tema de conversación, puedo hacer entrar en ella algunas referencias a lugares de Quiramir, a personas de Quiramir, a sentimientos de Quiramir.

Además, sé que el viajero no verá jamás otra cosa que lo que yo quiero que vea, y esto me da una superioridad decisiva. Casi siempre, estos viajeros son los menos interesantes, porque apenas ofrecen resistencia.

Los que llegan del espacio ven Quiramir recién cuando bajan de su nave: la ciudad está construida en una serie de túneles subterráneos, un recuerdo de las últimas guerras, que borraron la superficie. Ahora el techo de Quiramir es un bosque con arroyos y lomas, donde corren los ciervos y apenas pueden entrar algunos privilegiados. Todo es artificial: la naturaleza hubiera tardado algunos miles de años más que nosotros en restablecer el equilibrio y crear paisajes lo bastante hermosos para atraer a los turistas.

70/ELPÉNDULO 10



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Entonces Quiramir es una red de lineas, para el que llega a ella en una nave espacial. Los corredores, las aceras móviles, los rieles, las paredes y los techos iluminados, jamás llegan a unirse de tal modo que el viajero vea una totalidad. Él va conociendo caminos, va descubriendo que por aquí se llega al consulado y que por allá se sube al mirador, pero no comprende la relación entre el consulado y el mirador, y es capaz de recorrer diez kilómetros más de los necesarios para llegar de uno a otro. Cuando se apoya en una pared, siente que el mundo termina allí, porque no sabe ni puede imaginarse qué hay del otro lado, apenas a veinte centímetros de distancia. Si un viajero se atreviese a abrir los aquieros en las paredes se llevaría grandes sorpresas: Quiramir fue construida en tiempos de guerra, y la disposición de sus instalaciones no responde a las necesidades de la paz. Junto a la mejor habitación de un hotel está el caño maestro de las cloacas; detrás de la avenida que lleva a los ascensores del mirador hay cárceles y manicomios; entre tu baño y tu dormitorio alguien tuvo la idea de poner un dispositivo antimisiles.

Todas las paredes de la ciudad son aislantes; no podrías oír una explosión a través de

ninguna de ellas.

La ciudad misma está construida de modo que cada uno de doscientos sectores diferentes pueda autoabastecerse, y por eso hay tanta mezcla. Durante la guerra, fueron destruidas grandes partes de la ciudad: las cicatrices todavía se ven en algunos lugares; ningún viajero del espacio comprende cuánto agradecemos la división de la ciudad y su distribución caótica.

La situación es diferente para los viajeros que llegan en el tren subterráneo: ellos vienen de ciudades como Quiramir (aunque ninguna ciudad es exactamente igual a Quiramir), y están habituados a los túneles y las paredes. Se orientan tan bien en un espacio cerrado y aislado como el viajero estelar en sus ciudades abiertas y amplias.

Esto no necesariamente es una ventaja. Hace falta orientarse en Quiramir cuando uno vive en ella, pero la falta de orientación le da un encanto especial que yo perdí de vista hace mucho tiempo y sólo conozco gracias a mis contactos con los viajeros del espacio.

En cuanto aterrizan y van a su hotel, los

viajeros del espacio quieren visitar el mirador. Muchos habitantes de Quiramir no comprenden esta necesidad de ver el único lugar de la ciudad que puede recordar sus planetas natales: si se toman el trabajo de viajar tantos años luz, piensan, por lo menos deberían conocer los lugares más típicamente quiramirenses de Quiramir: las minas, los depósitos de misiles, el equipo de reciclaje, el sistema de ventilación. Estas, dicen, son las auténticas maravillas de Quiramir. Sin ellas no viviríamos.

Los comprendo, pero también comprendo a los viajeros. Desde el momento en que ellos viven en paisajes abiertos y verdes, lo que más desean conocer es otro paisaje abierto y verde; y, en segundo lugar, cómo es esa extraña ciudad en la cual la gente vive enterrada y encerrada, pero no sus instalaciones: si el equipo de reciclaje de Quiramir es una maravilla, ¿qué se puede decir de los equipos que transformaron los planetas de los viajeros en lugares habitables?

Por supuesto, el mirador no sería suficiente para atraer turistas a Quiramir. Sin el resto, el mirador es un lugar triste. Deja de serlo por contraste, según el modo de ver de los viajeros. Hasta cierto punto, su visita preliminar al mirador tiene la función de juntar un poco de aire puro antes de meterse en las catacumbas de la ciudad.

Nadie les dice, y yo tampoco, que el aire de la superficie es el mismo que hay en las profundidades.

Hay que admitir que el parque es impresionante, y el mirador fue construido para verlo desde el mejor ángulo posible. En cuanto se detiene el ascensor, empiezan los suspiros u las exclamaciones: al frente está la cima nevada de la Montaña 1, con sus laderas verticales. Luego, los viajeros encuentran el bosque a sus pies, y descubren que lo están viendo desde una altura de trescientos metros. Son muy pocos los que se asombran de que los habitantes de Quiramir sólo vivamos en las profundidades o en las alturas; ni se les ocurre que hay algo raro en el hecho de que ellos pasen directamente de los - 100 metros a los + 300. ¿Qué hay en el medio?, podrían preguntar, ¿por qué no se puede pisar la superfi-

72/ELPÉNDULO 10

Lo que no saben, aunque tampoco sea un secreto, es que los árboles son de plástico; la Montaña 1 es una pila de desperdicios, convenientemente adomada de modo que a lo lejos parezca una verdadera montaña; los arroyos son desagües cloacales que van al mar, que no es visible desde el mirador. Los ciervos de que hablaba antes son traídos en ciertas ocasiones de reservas distantes, para que los privilegiados puedan cazar, y los viajeros ni siquiera pueden verlos desde tan arriba.

El parque es una hazaña de la ingeniería, pero estoy seguro de que los viajeros no lo entenderían así. Los viajeros preguntarían por qué no dejamos que por los arroyos corra agua pura (yo contestaría que no vale la pena desperdiciar agua pura en arroyos, y que de todos modos por algún lado deben pasar los desagües); por qué no traemos árboles de verdad (¿y tierra de verdad, para que crezcan?, contestaría yo); por qué no eliminamos los desperdicios de la Montaña 1, y dejamos que el terreno sea llano (para tener que ver lo que hay al otro lado, diría yo). Por suerte, los guías nos encontramos pocas veces con gente realmente curiosa. Los turistas se creen curiosos. pero no lo son: se conforman con ver la pantalla que nosotros ponemos para ellos, y ni siquiera piensan en mirar qué hay detrás.

Los viajeros que llegan de otras ciudades subterráneas, en cambio, ni se preocupan por ir al mirador. En general, ellos vienen al balneario. Me aburro mucho con ellos, porque hay que tener mucha menos imaginación para mostrar el balneario que para mostrar el mirador, aunque los guías tenemos ciertas ventajas en el balneario que en el mirador faltan. Por ejemplo, en el mirador está el asunto de la cúpula: cuando algún turista se entera de que la cúpula existe, todo su grupo se desmoraliza, a pesar de que es totalmente invisible desde nuestra posición. Para ellos, el hecho de saber que siguen encerrados, tanto como si estuvieran en las profundidades, significa que no hay dónde respirar aire verdadero. A veces quisiera proponerles que vayan a respirar fuera de la cúpula, para ver cómo es su bendito aire verdadero.

La gente que va al balneario, en cambio, está acostumbrada a vivir en túneles, y le alcanza con las piletas cubiertas y la lámpara, que son únicas en toda la Tierra. Los viajeros del espacio no visitan el balneario, porque vienen de playas auténticas y de soles auténticos. Muchos de ellos están bronceados, y hasta a mí me cuesta creer que jamás se hayan echado bajo una lámpara.

Pero lo mejor de todo no está, por supuesto, en el mirador ni en el balneario. Lo mejor es llegar a la Sala de Anticipos. La verdad es que elegí el trabajo de guía por la posibilidad de ver la Sala con ojos de extranjero. Todavía ahora, después de tantos años, consigo asombrarme frente a cada Idea Nueva, aunque se trate de las mismas Ideas Nuevas de mi infancia.

La Sala de Anticipos es un fraude para todo habitante de Quiramir: sabemos que su contenido no tiene nada de anticipo, porque lo que muestra no llegará jamás. Pero el viajero espacial es capaz de tomarla en serio, y se pone tan feliz al ver las Ideas Nuevas relucientes y fantásticas que no puedo dejar de contagiarme su entusiasmo, y empezamos a charlar sobre las ventajas de una Idea o de otra como si fuéramos viejos amigos.

El desgaste que sufro, por supuesto, es enorme, porque fuera de la Sala ce Anticipos me espera la realidad de siempre. Sin embargo, prefiero morir joven y seguir soñando.

Además, hay otro tipo de compensación. Al salir de la Sala de Anticipos, el viajero cree que me debe algo por haberle mostrado tantas cosas importantes; yo insisto en que no me debe nada, y no acepto dádivas, pero el viajero siente que queda en deuda conmigo y, de un modo sutil, confirmo esa sensación. Mucho después, cuando el viajero ha vuelto a su casa, empiezo a recibir los regalos: bienes inapreciables, porque vienen de mundos que no fueron contaminados. Dedico por lo menos veinte minutos a contemplar cada uno de los regalos, agradezco de corazón la suerte que me ha permitido estar en contacto con ellos, tocarlos, comprobar que me pertenecen. Después los pongo en algún lugar de mi habitación donde pueda verlos bien, y los miro un rato todos los días, durante una semana, hasta tenerlos grabados en mi memoria. Finalmente, los vendo en el mercado negro asso eb asbla

bres, en las que la ruta se hace más angosta y empieza a dar vueltas. Luego aparece el cartel que dice "Quiramir: 80 km.". El viajero todavía no comprende que ésa es la distancia al centro de la ciudad, y que en realidad ya está en ella. Los árboles dejan ver algunas casas, y después aparecen las primeras calles pavimentadas que cruzan la ruta. Quiramir no tiene una frontera clara, un punto donde se pueda decir "aquí termina" o "aquí empieza". Las casas se transforman en manzanas edificadas, todavía queda algún campo pero es pequeño, parece que a lo lejos se está nublando pero es el smog, y finalmente surgen los miles de autos y motocicletas y personas que se muever, por Quiramir como si ésta no tuviera ninguna de las mil maravillas que el viajero le encuentra.

Llegado al Centro, el viajero ve que Quiramir también es una mole de edificios altos v humo, donde se ven retazos de cielo cruzados

por los cables del alumbrado.

El viajero vive en una ciudad idéntica a Quiramir, pero él nota diferencias: aquí la gente habla de un modo distinto; hay más palomas, o menos; las plazas son más oscuras; no se puede entrar al puerto, o sí. Casi todas las diferencias no pertenecen a la ciudad, sino a sus habitantes, pero el viajero confunde una cosa con otra. Para él Quiramir es la suma de todas sus partes; no comprende que la suma de sus partes, bien hecha, da una cantidad mucho mayor que Quiramir misma. Quiramir es algo pequeño, miserable, inventado por quienes necesitarios sentirnos dueños del lugar que habitamos, que con esa necesidad conseguimos que siga viviendo. Si nosotros, los dueños de Quiramir, perdiéramos esa costumbre, la ciudad desaparecería.

Es que todo lo hacemos nosotros, y con esto quiero decir que no soy el único responsable. Si cada punto de Quiramir fuera mío, no sé si sería mejor o peor, pero seguramente sería diferente. A veces, cuando no puedo dormir, hago proyectos en el aire: construir un puerto nuevo, presentar la ciudad a orillas de un río muy ancho lleno de puentes, hacer una aldea de casas de barro, importar árboles gigantes de Hubla y levantar hoteles en su interior, instalar una red de subterráneos, levantar un templo a Júpiter y otro a Afrodita, reformar

la ciudad de tal modo que ella misma quíe al viajero por su interior, abrir una zanja profunda que divida la ciudad al medio y sembrar ambas orillas de enemigos irreconciliables. meter la ciudad en un solo edificio que se apoye en un punto y se abra en lo alto como un abanico, hacer una ciudad rodante que se mueva por el mundo siguiendo al sol, levantar una muralla que nos proteia de los bárbaros.

Si todos nos pusiéramos de acuerdo, estoy seguro de que habría lugar para cada proyecto, no sólo para los míos sino para los de los demás. Pero perdemos la mayor parte de nuestras energías en luchar: luchamos por levantar o demoler un edificio, por poner nubes o quitarlas, por crear un río o secar el que ya existe. Así pretendemos aumentar nuestras esferas de influencia, pero el espacio y el tiempo a repartir son siempre los mismos, y el único modo de conseguir más es que uno de nosotros muera. Cuando esto ocurre, una parte de Quiramir se pierde para siempre, por más que el vencedor descuide sus otras posesiones para ocuparla.

Las luchas son desastrosas en todo sentido. u sin embargo no podemos vivir sin ellas: si nadie me persiguiera, si nadie me pisara los talones tratando de robarme mi parte de la creación, me echaría a dormir, y los viajeros encontrarían un desierto donde yo pongo torres v pájaros. Es cierto que una vez estuve a punto de perder toda la ciudad subterránea y parte de los caminos de acceso para ómnibus, pero también he ganado la Puerta Norte, y tengo el placer de haberla perfeccionado: mi predecesor la llamaba puerta a secas, y no había pensado en la fuente ni en la vista de la catedral.

¿Por qué hacemos todo esto?, preguntarás. Cualquiera de nosotros te daría la misma respuesta: porque queremos que lo vean los viajeros.

Entonces, dirás, ¿por qué los atacamos, a los viajeros? No es que los ataquemos, si bien hay algunos que sí lo hacen. Yo, por lo menos, los absorbo; mi objetivo es adquirir sus conocimientos, sus ideas y su fuerza para mejorar los míos. Cada vez que un viajero muere a mis manos siento que su poder entra en mí; pero no es necesario que muera: tengo otros

74/ELPÉNDULO 10

métodos, algunos de los cuales te he contado, aquí.

Te estarás preguntando por qué nos tornamos el trabajo de construir Quiramir para los viajeros, si después los absorbemos. Es un círculo: cuanto mayor sea la capacidad y la imaginación de un viajero, mayor es su poder, y mayor el beneficio que obtenemos al absorberlo; por lo tanto, mayor será nuestra creatividad en el momento de seguir perfeccionando nuestra ciudad. Por otra parte, cuanto más perfecta sea Quiramir, mejores serán los viajeros que la conozcan, porque no es lo mismo el viajero que ve cualquier pueblo de provincia que el que llega a Quiramir, y ya te expliqué por qué necesitamos buenos viajeros, de primera clase.

Seguramente pensarás que me contradigo al describirte la ciudad, que no hablo de una sola ciudad, sino de muchas, pero no es así. Podría darte varias explicaciones, aunque no aceptarías ninguna. Podría decirte, por ejemplo, que esa impresión tuya demuestra que sólo te es posible ver un décimo de la

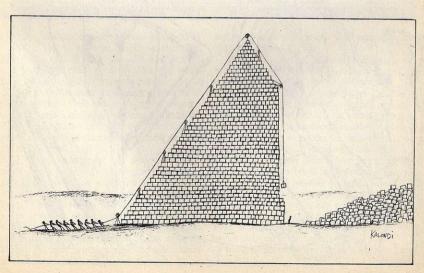
ciudad; si vieras toda la ciudad, comprenderías que no hay contradicciones. Pero creerías que pretendo convencerte de que la ciudad consiste en varios estadios diferentes, superpuestos de alguna manera en el tiempo o en el espacio, y que yo puedo atravesar la barrera que separa un estadio del otro. Y eso es mentira.

También podría decirte que Quiramir no es nada de lo que te estoy describiendo, sino un lugar vacío, un papel en blanco, donde se puede escribir lo que uno quiera con la seguridad de que, dentro de ese marco, lo que uno diga será cierto, aunque no más concreto que los proyectos de un insomne. Pero pensarias

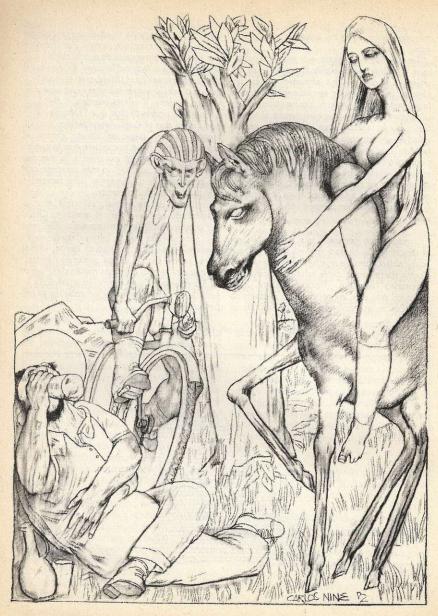
que te hago perder el tiempo.

En caso de necesidad, admitiría que el equivocado soy yo. Pero al admitirlo Quiramir quedaría incluida en mi equivocación, y no sólo descubrirías que te faltan datos veraces sobre ella sino que ni siquiera existe. Puede ser tu propia ciudad la que pretendo mostrarte, cuando te encuentro en medio del Puente de los Artesanos y te saludo levantando la visera de mi casco, mientras los caballos se impacientan.

© 1982, Eduardo Abel Giménez.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mario Levrero

LOS REFLEJOS DORADOS

Ilustró CARLOS NINE

Me puse el saco, comprobé ante el espejo la pulcritud de mi aspecto, en especial de mi peinado, y avancé por el corredor en dirección a la puerta de calle; eché un vistazo al reloj, supe que tenía quince minutos para llegar a la oficina; podría ir con tranquilidad, aspirando el aire grato de la tarde otoñal, ya que el trayecto entre mi casa y la oficina puede ser cubierto en cuatro o cinco minutos; fue entonces, casi al rozar mi mano el picaporte, cuando se hizo sentir el extraño sonido.

(Un sonido como el que podría producir una pelotita de ping-pong, un poco más grande que las comunes, al rebotar rítmicamente; no debe tenerse en cuenta el ruido del celuloide al chocar contra la baldosa —debe imaginarse el sonido puro, inmediato al choque, y sus ecos—; o un martillo de madera, forrado con género, que golpeara un grueso caño de hierro. El ritmo era regular, alrededor de un

segundo entre un sonido y el siguiente, de igual intensidad.)

Mi mano se detuvo junto al picaporte y, en forma automática, volví la cabeza hacia un rincón del comedor, detrás del armario. Me acerqué al mueble, pero mientras caminaba iba adquiriendo la convicción de que, en realidad, la fuente del sonido no estaba allí; me agaché, las manos y las rodillas sobre el piso, y miré debajo; en el rincón no había otra cosa que polvo, y ahora el sonido era más distante.

Volví a la puerta, y de nuevo se produjo la ilusión del sonido detrás del armario; entonces me paré junto al mueble y, desde este lugar creí localizarlo con exactitud dentro de la mesa del teléfono; fui hasta ella y abrí la puertita, pero sólo hallé la guía telefónica y el lápiz, y tuve la impresión de que, ahora, el sonido venía del cuarto de baño.

Me dije entonces que debería tratarse, con

seguridad, de un ruido exterior a la casa; como sucede con los grillos y con los chillidos de las ratas, un espejismo acústico lo hacía oírse adentro. Salí.

Anduve por el jardín (a decir verdad, no muy bien cuidado) en toda su extensión, caminé incluso por el pedregullo que lo bordea—una estrecha franja—, siempre con el oído atento; luego bordeé las tapias, espiando hacia las casas vecinas; pero no tuve noticias del sonido.

Volví a entrar. Aún antes de cerrar la puerta escuché con nitidez el ritmo que, al parecer, no había sido interrumpido durante mi breve ausencia.

Revisé todas las habitaciones; por fin, adquirí la certeza de que se producía en el altillo.

Hacía tiempo que lo había olvidado; durante mi niñez acostumbraba pasar allí las horas, jugando con los desechos amontonados, y en especial con el contenido de dos o tres baúles. Mientras subía con cautela la crujiente escalera, cuya baranda se movía en forma alarmante, un leve sonrojo me cubrió las mejillas al recordar el maniquí; copiaba con bastante fidelidad las formas de una mujer, a excepción de la cabeza —que no tenía— y las piernas —que habían sido sustituidas por un sólido pie de madera—. Me vino a la memoria la inquietud que me producía el maniquí cuando yo tenía cuatro o cinco años, y su misterioso olor, que me resultaba particularmente excitante, y recordé que el sexo, entonces, comenzaba a llamarme la atención.

Me dio cierto trabajo entrar al altillo, pues la puerta estaba hinchada; el fuerte olor a humedad me hirió el olfato apenas logré abrir. Miré el reloj; habían pasado cinco minutos; aún tenía tiempo.

Hice funcionar la llave de la luz, pero ésta no encendió; luego supe que faltaba la lamparita correspondiente. Debí abrir la ventanita, después de atravesar el altillo entre cosas amontonadas, a oscuras. Obtuve un golpe de aire fresco y una curiosa renovada visión de conjunto del barrio. Había a mi alrededor más verde de lo que creía, los techos de las casas eran rojos y hermosos, sólo bastante más allá se percibía el gris y sucio apilamiento de los edificios céntricos.

Observé el maniquí y tuve una sonrisa al comprobar que no me producía la menor excitación. Tampoco nada relacionaba su olor actual con el percibido en la infancia. Tal vez, pensé, la humedad lo ha alterado, o los años, han modificado mis sensaciones olfativas, o las asociaciones correspondientes. Y su aspecto general era lamentable, como la burlona caricatura de una mujer vieja, gorda y altiva.

Había maderas apiladas, persianas antiguas, un caballete de pintor que no recordaba haber visto nunca, respaldos de camas, con laboriosos dibujos de flores y hojas, en hierro forjado; un gran espejo, de azogue en ruinas, que reflejó por un instante mi cara como carcomida por la lepra; y los baúles.

No pude resistirme a abrir uno de ellos. No tenía cerradura. En el interior había una deprimente colección de telas viejas, pegoteadas, en las que no logré reconocer los fabulosos tesoros infantiles. No quise abrir los demás.

Regresé a la ventana, a respirar aire puro y admirar esta nueva hermosa visión de las casas, v los árboles.

El reloj de la iglesia tocó dos campanadas; en un primer instante las acepté como una pincelada más, agradable y lógica, inherente al paisaje; luego con un sobresalto, me di cuenta de que, por primera vez en dos años, llegaría tarde a la oficina.

Apenas cerré la puerta del altillo (había dejado la ventana abierta, para ventilar la pieza), y antes de pisar el primer escalón volví a oír—y lo recordé, pues allá arriba se me había olividado por completo— el sonido que me llevara a recorrer la casa; no había variado en ninguna de sus cualidades y, ahora, y no sólo por eliminación, supe que venía del sótano.

(La entrada del sótano está situada debajo de la escalera del altillo; no hay puerta propiamente dicha, sino la abertura, tapada con una cortina de género, especie de trampa para quien ignore la presencia de los escalones que se ocultan detrás; desde que había quedado solo en la casa, no se me había ocurrido bajar allí.)

Mientras descendía del altillo, pensaba que no habría de prestar más atención al sonido; para mi sentido del deber y mi vergüenza era inadmisible llegar tarde a la oficina y, además, recibir, con seguridad, una reprimenda del jefe. Mis relaciones con él no eran del todo buenas, a pesar de que yo cumplía con mi trabajo a la perfección y él lo reconocía; se trataba de una incompatibilidad en el plano personal, tal vez un problema de oposición de signos del zodíaco.

Pero, al pasar junto a la cortina, el sonido se hizo más claro y potente, esta vez la certeza de su ubicación estaba por encima de toda duda, y la curiosidad —o quizás, aunque no quiero justificarme, un sentido del deber más profundo que el que me ataba a la oficina— se hizo irresistible; fui hasta la cocina y tomé la caja de fósforos; encendí uno de ellos, protegiéndolo con la mano izquierda, traspasé la abertura, apartando la cortina con el hombro, y comencé a bajar la escalera.

Tuve que gastar otro par de fósforos, en parte porque debía bajar con extrema lentitud, ya que los escalones de cemento son estrechos y peligrosamente afilados en los bordes, y además una corriente de aire golpeó de pronto, apagando la llama a pesar de la protección de mi mano y de la ausencia de ventanas en el sótano.

Fui encendiendo otros fósforos, a medida que prolongaba mi examen. Sólo encontré damajuanas apiladas y canastos de damajuanas, y caños que cruzaban el techo cerca de mi cabeza.

Pero el sonido tampoco provenía de los caños; los toqué con los dedos y no sentí que vibrara ninguno de ellos; los golpeé, primero con el puño y luego con el taco de uno de mis zapatos, y el ruido que se produjo nada tenía que ver con aquél, que se mantenía constante y rítmico.

De pronto, esa corriente de aire me pinchó el ojo derecho, como una aguja; en el momento no tenía ningún fósforo entre mis dedos, y pude apreciar un pequeño punto de luz ante mi vista. Era, sin lugar a dudas y a pesar de su imposibilidad, un rayo de sol.

Avancé hacia él y desapareció; retrocedí, tratando de recuperar la misma posición, e hice que mi cabeza se moviera lentamente, buscándolo; al mismo tiempo, palpé el bolsillo superior del saco y extraje los lentes de su estuche y me los puse, porque temía que la

corriente de aire volviera a pincharme un ojo.

Ubiqué por fin el rayo de sol, y coloqué la mano derecha a la altura de la vista, la palma extendida, y luego, mirándome la palma, me adelanté con suma lentitud. Así pude localizar el pequeño agujero en la pared. Acerqué el ojo.

La escena, sin duda, no podía existir. Pero allí estaba.

Un lugar entre parque y selva, que me recordó de inmediato ciertas pinturas de Boticelli; la luz era primaveral y fresca, la variedad de tonos de verde era infinita y todo, los árboles, las plantas, la gente —porque había gente—, tenía reflejos dorados.

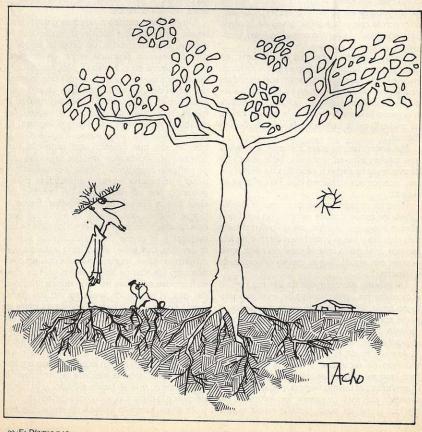
Un hombre, camisa a cuadros y sombrero de ala, bebía de una botella, chorreándose la camisa; una muchacha, de cabellos largos y rubios, paseaba desnuda entre los árboles, con un pájaro en el hombro; otra muchacha. de cabellos rizados, negros, comía una manzana; niños de ojos azules jugaban en silencio, sentados en círculo en el suelo, sonrientes; a través de un trozo de cielo que la vegetación dejaba al descubierto en algunos lugares, vi pasar un enorme globo aéreo, a rayas rojas y blancas, del que colgaba una canastilla (un hombre de bigotes muy grandes saludaba con un pañuelo anaranjado, desde la canastilla); vi pasar a un muchacho rubio en bicicleta, zigzagueando por un sendero; a un hombre de larga túnica blanca, largos cabellos, barba y bigote negros, que tocaba la armónica (los ojos de este hombre recordaban los ojos de las mujeres y la calma de ciertos lagos); a una mujer que, casi sobre el extremo izquierdo de mi campo visual, modelaba arcilla con sus manos muy blancas de largos dedos (y supe que su hermosa escultura no sería nunca terminada, que el objeto de realizarla no era darle forma final); vi un ir y venir constante entre el follaje, hasta donde la vista se perdía, desde mi lugar en el sótano, desde algunos metros debajo de la superficie de la tierra, y con la llave que tenía en el bolsillo empecé a trabajar en ese pequeño agujero en la pared, para agrandarlo, y escuchaba la melodía del hombre de la armónica, que se había alejado, y el ruido del mar a la distancia, y el canto de los pájaros, y oía gritos, también lejanos, de niños; y la risa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.aurro

de una mujer, y cuando dejaba de trabajar, agobiado por el calor del sótano, transpirado, debilitado por el hambre y la sed, acercaba nuevamente el ojo, y veía a la muchacha de la manzana, o a la mujer, desnuda y majestuosa sobre un caballo blanco, el pelo rojo cayendo a torrentes sobre la espalda, y cofraba nuevas fuerzas y seguía trabajando, y oía otra vez el ruido del mar, el chirriar de las hamacas del parque, la canción de la muchacha rubia, y el sonido rítmico y constante que me había traí-

do al sótano, años atrás, cuando el orificio en la pared era sólo un punto, ahora la llave está gastada, mis dedos arañados y con ampollas y cicatrices, pero el orificio crece, ya puedo atravesarlo con el puño, el campo visual se ha ampliado y veo a los hombres que cardan lana, a los nadadores que saltan incansablemente al arroyo, desde la piedra alta; a la mujer de ojos verdes que aguarda, del otro lado del arroyo —y los rayos del sol hacen que brille, con reflejos dorados, su cabello azul.

© 1970. Mario Levrero



80/ELPENDULO 10 Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En esta octava y última parte de **Los nuevos apócrifos**, John Sladek analiza la mecánica de los rumores, desmenuza el escurridizo arte de la profecía y nos explica qué es una "evidencia", según la ciencia y según la magia.

John Sladek

LOS NUEVOS APOCRIFOS

Guía de ciencias extrañas y creencias ocultistas

Ilustró ALFREDO GRONDONA WHITE

Último aviso Advertencias preliminares

El rumor, o la información generada por la histeria, se limita en sus formas más moderadas a cargar los hechos con lastre emocional. En casos más serios, los hechos se distorsionan considerablemente, hasta que las anécdotas empiezan a parecer suenos (o pesadillas). En los rumores más desbocados, los que provocan linchamientos, las alucinaciones e ilusiones prevalecen sobre los hechos.

En cualquiera de esas etapas, los hechos de un incidente prácticamente no influyen en la interpretación. Las experiencias OVNI son diversamente interpretadas como invasores hostiles del espacio, criaturas amigables protegiéndonos de nuestro propio monstruo atómico, demonios peligrosos del interior de la Tierra hueca, rusos, armas secretas de la Fuerza Aérea, hombas robot.

Un fanático de las dietas, en Chicago, creía que los platillos eran alucinaciones provocadas por hábitos dietéticos perniciosos. Pensaba que los cielos se despejarían si tan sólo los norteamericanos comieran cincuenta capullos diarios de amargón.¹

Uno de los rumores más duraderos de todos los tiem-

pos es la idea de que los egipcios eran magos poderosos. Desde la época de Plotino hasta el desciframiento de la piedra Rosetta (dieciséis siglos) los jeroglíficos fueron universalmente considerados hechizos poderosos o claves del conocimiento universal. Un jesuita del siglo dieciséis leyó un grupo de símbolos como "La vida de las cosas, después de la derrota de Trifón, la humedad de Natura, mediante la vigilancia de Anubis". En realidad sólo signifi-caba "Osiris dice".

Cuando se descubrió que los jeroglíficos podían usarse para plegarias, proclamas o meras cuentas de lavandería, parte del misterio se evaporó... para los científicos. El

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahiracomansı

público siguió apegado a sus creencias, y un siglo después de la piedra Rosetta tuvimos la maldición de Tutankamón.

La tumba de este rev niño fue abierta en 1922 por Howard Carter y lord Carnarvon. La euforia de este gran hallazgo de tesoros funerarios se contagió al público. inspirando a novelistas, diseñadores de modas, arquitectos y cineastas. Lord Carnarvon murió al año siguiente de neumonía y posible malaria, y nació la Maldición. Edgard Wallace escribió cómo, el día que se abrió la tumba, una cobra devoró el canario de un miembro de la expedición, presagiando el desastre. Se dijo que una maldición en jeroglíficos prometía la muerte a los violadores de la tumba de Tutankamón.

La historia circula todavía. resucitada por la exhibición de los tesoros de Tutankamón realizada en 1972 en Londres. El doctor I. E. S. Edwards, a cargo de las antigüedades egipcias del Museo Británico, trató en vano de exorcisar el rumor en una entrevista radial. Dijo que, primero, él había leído personalmente todas las inscripciones de la tumba sin encontrar ninguna maldición. Segundo, la historia se inició originalmente como un camelo periodístico. Tercero, la longevidad de todos los miembros de la expedición muertos hasta el momento se había comparado con las expectativas de vida de tablas de actuarios de seguros: los miembros de la expedición aparentemente vivían más que la mayoría de nosotros.

Este parece ser uno de los casos donde una impactante nota periodística, porque es impactante, crea un rumor y parece fundamentarlo. Una notable cantidad de escaladores del Everest han visto yetis; a los marinos de todo el mundo se les pregunta inevitablemente si han visto algún

monstruo marino; y los astronautas que ven OVNIs parecen transformarse, sin mayor motivo, en testigos incuestionables.

La apelación a los prejuicios privados es más que obviamente parte de muchos rumores. El racista adopta la historia del violador negro tan ávidamente como el izquierdista adopta una historia de brutalidad policial. Los ítalo-americanos tienen tanto interés en refutar a Lief Erikson como los fundamentalistas en refutar la evolución. Ninguno de nosotros está, ni podría estar, exento de esta forma de pensar. Si un científico estudia la relación entre raza y cociente intelectual, lo hace a partir de la convicción de que esta "brecha de información" es crítica. Incluso puede llegar al extremo de apresurarse a publicar hallazgos preliminares, generando histeria en los dos bandos rivales. Los periódicos y divulgadores se hacen cargo y elaboran un rumor a partir de la evidencia más vaga, sobre cualquier problema delicado. Para nombrar ejemplos recientes. problemas como la raza y el cociente intelectual, los "bebés de probeta" y el ambiente urbano han sido bombardeados por rumores sobre "pruebas científicas" de todos los clichés populares: "Los negros son estúpidos", "No puedes alterar la Naturaleza", y "Todos estaremos muertos en el año 2000".

BRECHAS DE INFORMACIÓN

En tiempos de desastre, la avidez de noticias excede la capacidad de los servicios noticiosos. Gordon W. Allport y Leo Postman² escriben que después del terremoto de San Francisco en 1906 circularon cuatro rumores:

1. Que una ola gigante ha-

bía engullido simultáneamente a Nueva York.

2. Que Chicago se había hundido en el lago Michigan.

 Que el sismo había abierto el zoológico y los animales estaban devorando a la gente en el parque.

4. Que se encontraron hombres con dedos de mujeres en los bolsillos, pues los habían cortado de los cadáveres para robarles los anillos.

El desastre no tiene por qué ser real, como lo demostró la emisión radial de una dramatización de La querra de los mundos, de H.G. Wells, en 1938. Los oyentes que sintonizaron tarde la estación oyeron música bailable interrumpida por una serie de pantallazos noticiosos cada vez más electrizantes, que describían una invasión de Marte. Unidades móviles corrían a las zonas de aterrizaje; un locutor era liquidado por los invasores; un profesor de astronomía era citado para explicar la invasión. Esos toques realistas desmintieron las declaraciones de que era sólo una obra, y el pánico cundió en todo Estados Unidos. Los paneles telefónicos de la policía neoyorquina estaban congestionados. Los habitantes de Los Angeles huyeron a las colinas. En el Sur, la gente se reunía en las calles para rezar. Veinte familias de Nueva Jersey creyeron que sufrían un ataque con gas, y manifestaron los correspondientes síntomas de asfixia. Los neoyorquinos aseguraban que oían ruidos de combate: otros vieron las llamas de un holocausto, oyeron explosiones y sintieron las vibraciones de las naves marcianas que aterrizaban.

Para algunas personas el rumor cambió de cauce. Hitler estaba atacando Estados Unidos. Meteoritos enormes habían devastado ciudades del Este. Un número inmenso de personas telefoneó a las autoridades para preguntar si de veras había llegado el fin del mundo. Hubo suficiente violencia, rapiña y evacuación para que algunas zonas del país dieran la impresión de que los marcianos habían aterrizado de

J. P. Chaplin propone tres razones para explicar la difusión de este rumor. Primero, por todas partes las noticias eran inquietantes. Era uno de los peores años de la Depresión; Hitler había iniciado la conquista de Europa. Segundo, muchos oyentes en efecto sintonizaron tarde el programa, y no oyeron la introducción. Tercero, Orson Welles no había reparado en esfuerzos para que la obra tuviera el mayor realismo, en parte porque los productores habían insistido en que la ciencia ficción era demasiado rebuscada para un público adulto.

Marshall McLuhan va más lejos y entiende que el medio de la radio en sí puede haber surtido un efecto profundo ("Las honduras subliminales de la radio están cargadas con los ecos resonantes de los cuernos tribales y los anti-guos tambores..."). Pero su opinión de que eso no pudo ocurrir con la "fría" televisión se relaciona menos con las imágenes que con la dificultad de trucar efectos visuales realistas. No hay ninguna razón aparente para que las audiencias televisivas sean menos sugestionables que las radiales.

OBITUARIOS

La muerte repentina de una celebridad constituye una crisis noticiosa de primera; los medios no pueden seguir el tren a los rumores. Dos libros surgieron del asesinato de Lincoln; uno alegaba que Booth no había sido capturado; otro alegaba que Booth se había suicidado (co-

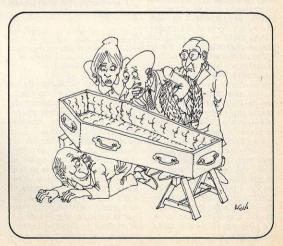
mo Judas). Lincoln fue asesinado por órdenes de su gabinete, por un grupo católico, por sureños, etc. etc.

La histeria generada por la muerte de Valentino provocó en Nueva York disturbios donde participaron sesenta mil personas. Se dijo que Valentino-estaba enterrado en un ataúd de bronce de una tonelada y media, que estaba comprometido con Pola Negri, que era fascista... y desde luego que estaba vivo.

Después que Valentino estuvo vivo, también tuvo que estar viva Amelia Earhart,* así como Glenn Miller, Hitler, James Dean (vivo pero espantosamente desfigurado); luego hubo una larga lista de cantantes pop que en realidad no habían muerto en colisiones automovilísticas, accidentes de aviación, ni ahogados

De Bob Dylan, que estaba vivo en serio, se dijo desde luego que había muerto, y una mistica compleja rodeó el rumor de la muerte de Paul McCartney: se decía que habia un mensaje sobre su muerte grabado en el surco final de un disco; la escena de duelo de la tapa de Abbey Road se dio por genuina; varias canciones tenían significados ocultos; la palabra "BEATLES" en un álbum podía leerse como un número telefónico de siete dígitos donde podía averiguarse la Verdad; en un álbum McCartnev aparecía sentado detrás de un letrero que decía "Yo FUI": y mucho, mucho más.

La muerte del presidente Kennedy generó un ciclo de rumores que tal vez siga circulando durante años. El informe de la Comisión Warren intentó ahuventar el fantasma de la mayoría de las teorías de conspiración más gruesas (la comisión investigó incluso al FBI, usando agentes del Erario y otros servicios gubernamentales), pero dejó en pie varias preguntas y respondió otras de manera insatisfactoria. Desde luego esto es de esperar en cualquier situación similarmente compleja, pero la



^{*} Aún en 1970 se dijo que la aviadora era una tal Irene Bolham, en Amelia Earhart vive. La señora Bolham entabló pleito a los autores. (Fuente: Evening Standard de Londres, 30 de agosto de 1971).

necesidad de saber continuó generando nuevos rumores; sobre balas múltiples, asesinos múltiples, relaciones secretas entre Oswald y el FBI, entre Ruby y la policía de Dallas, etc., y cada ítem se convirtió en fundamento de la teoría de algún detective aficionado:⁵

1. Juicio apresurado, de Mark Lane, da mucha importancia a un testigo ocular que declaró haber visto algo, cerca de una empalizada de Dealey Plaza, "que no pude definir precisamente". También intentó persuadir a una testigo (del asesinato del policía J. D. Tippit), que vio a Oswald desde una fila, que cambiara de parecer. Aparentemente Lane inventó de cabo a rabo el testimonio de un tercer testigo, todo para demostrar que existía una gran conspiración donde estaban implicados Lyndon Johnson, el FBI y Earl Warren, juez de

la Corte Suprema. 2. Penn Jones, Jr., director y editor de un diario, publicó su propio libro, Perdonad mi dolor, tratando de relacionar otras muertes con la de Kennedy. Alegaba que, de las cinco personas que se encontraron con el compañero de cuarto de Jack Ruby el día en que Ruby mató a Oswald, dos fueron asesinadas más tarde y una tercera "murió en circunstancias sospechosas". El encuentro fue en realidad una conferencia de prensa, a la que asistieron dos abogados de Ruby, un detective y varios reporteros. La "muerte sospechosa" fue un ataque cardíaco; la sufrió un hombre que en realidad no estaba en la conferencia. Uno de los reporteros fue asesinado más tarde, tal vez por alguien que odiaba a los homosexuales. El policía fue baleado accidentalmente por un colega dos años más tarde. Pero la cacería del director-editor lo sume cada vez más en la fantasía paranoide:

Jones de hecho cree que el corte de energia que paralizó la ciudad de Nueva York [...] después de la muerte [por envenenamiento con barbitúricos] de la señorita Kilgallen [columnista de sociales que entrevistó a Ruby] fue una estratagema apenas disimulada para eliminar la nota de ella de la primera plana de los periódicos.6

3. Pesquisa, de Edward J. Epstein, ataca la famosa teoría de la "bala única" de la Comisión, afirmando que las placas radiográficas del cuerpo del presidente no fueron examinadas por la Comisión. Desde luego es improbable que gente sin especialización médica saque muchas conclusiones del examen de placas radiográficas; la Comisión se fió en cambio de la opinión de expertos (como lo hubiera hecho para datos sobre huellas digitales o de balísti-

4. Encubrimiento, de Harold Weisburg, afirma que el FBI, o alguien, destruyó cuatro cuadros significativos de una película del asesinato. Len Deighton ha recogido este rumor, y lo incluye como "pregunta sin respuesta" en El asesinato del presidente Kennedu:

El examen de otros cuadros, sin embargo, parecía indicar que los cuadros faltantes habrían registrado la perforación de un semáforo de la calle Elm con una bala.7

Esto tiene el aspecto de un clásico rumor en pleno vuelo, a partir de la suposición de que una bala invisible aparece en un metraje cinematográfico invisible. Los cuatro cuadros faltantes en realidad no fueron suprimidos por el FBI ni por nadie: el aficionado que filmó la película vendió el original a la revista Life y entregó copias al FBI y el Servicio Secreto. En el apresuramiento por procesar la película, alguien de Life rompió el filme (diagonalmente, a través de esos

cuadros) y alguién más lo pegó, descartando esa parte. La Comisión Warren examinó esta película y también las copias oficiales que contenían los cuatro cuadros. Decidió publicar la versión de *Life* por el mero hecho de que la impresión era más nítida.

5. Hay otras teorías más delirantes: que en verdad había dos asesinos (Oswald v un sosías que dejaba pistas falsas); que todo fue el complot de un magnate petrolero de Texas; que Oswald fue acusado falsamente; que un árbol "faltante" en una loma cercana muestra que se había instalado un árbol artificial para camuflar al verdadero francotirador; que las instantáneas de fotos del área muestran una hueste de francotiradores al acecho entre los arbustos; que la bala asesina fue "plantada" donde al fin se la encontró (en la camilla de hospital del gobernador Connally); y desde luego que Kennedv está vivo.

 La más delirante es la de George C. Thompson:

Cinco personas fueron asesinadas en Dealey Plaza. Se dispararon por lo menos veintidós balas. El sospechoso es Lyndon B. Johnson. Se usó un arma automática equipada con silenciador. Kennedy no murió. El policia J. D. Tippit era su sosías en la limusina presidencial.8

PROPAGANDA Y AUTOENGAÑO

Las invectivas de la propaganda de la Primera Guerra Mundial a menudo son señaladas como una manipulación vergonzosa de la opinión pública. Sin embargo, aun cuando la prensa no es "dirigida" tendenciosamente, puede alimentar su propio sistema de rumores. Consideren esta secuencia de notas periodísticas de la Primera Guerra, después que los alemanes tomaron Amberes: Cuando se supo que había caído Amberes, repicaron las campanas de la iglesia [en Colonia]. —Kölnische Zeitung.

De acuerdo con el Kölnische Zeitung, el clero de Amberes fue obligado a tañer las campanas de la iglesia cuando fue tomada la fortaleza. —Le Matin.

De acuerdo con lo que Le Matin ha recibido de Colonia, los sacerdotes belgas que se negaron a tañer las campanas de la iglesia cuando se tomó Amberes han sido destituidos de sua cargos. —The Times (de Londres).

De acuerdo con lo que The Times ha sabido de Colonia via Paris, los infortunados sacerdotes que se negaron a tañer las campanas de la iglesia cuando se tomó Amberes han sido sentenciados a trabajos forzados.

— Corriere della Sera.

De acuerdo con la información de Colonia recibida por el Corriere della Sera vía Londres, se confirma que los salvajes conquistadores de Amberes castigaron a los infortunados sacerdotes belgas por su heroica negativa a tañer las campanas de la iglesia colgándolos de las campanas como badajos vivientes, cabeza abajo. —Le Matin.

Aquí podemos apreciar cómo la lectura errónea de una sola frase inició la reacción en cadena, y una atmósfera de propaganda germanófoba suministró todo lo necesario para que la reacción siguiera creciendo.

La propaganda política norteamericana, a menudo grosera, alcanzó un nuevo nivel de grosería en la década del 30:

Además de la voz que se corría sobre la salud física y mental del presidente Roosevelt, la campaña de 1936 acudió al rumor de que en verdad era un judío llamado Rosenfeld. [...] El Daily Tribune de Chicago publicó destacadamente una nota según la cual los comunistas norteamericanos tenían órdenes de votar por Roosevelt.

Y desde luego los propagandistas nazis hicieron considerable uso de estos rumores después que Estados Unidos entró en la guerra.

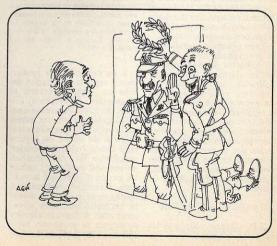
E. H. Gombrich presenta algunos entretelones de la manipulación nazi de la propaganda,10 contrastando el método de Roosevelt, en el cual el presidente pretendía irrumpir en el living de la gente para una "charla junto al fuego", con el de Goebbels, en el cual el living mismo era transportado al Sportspalast para una arenga verborrágica y estimulante. Las noticias eran difundidas como un discurso, los anuncios especiales de victorias eran introducidas con fanfarrias, e incluso los programas musicales.

estaban todos planeados para que el oyente creyera que estaba viviendo una época grandiosa y acontecimientos conmovedores, y que la radio le brindaba el privilegio de presenciar la historia en marcha.11

Gombrich enfatiza la importancia, para los propagandistas, de crear semejante visión del mundo, un falso modelo interior de la realidad que el individuo puede llevar consigo y aplicar a cada experiencia. Al estar integrado con su personalidad, este mo-

delo es una estructura inmune a la lógica. Los hechos nunca pueden penetrarlo; sólo pueden ordenarse a su alrededor, en conformidad con la estructura básica: Inglaterra nunca acudirá en auxilio de Francia, pues los ingleses son una raza teutónica. Pero Inglaterra sí acude en auxilio de Francia. Pues bien, esto sólo demuestra que Inglaterra está en las garras de los comunistas y de los banqueros judíos. Cuando Alemania gana una batalla, demuestra que la Historia no es más que una extensión de la Evolución Cósmica, que los arios son más aptos para sobrevivir. Cuando Alemania pierde una batalla, demuestra la barbarie fanática del otro bando, esclavizado por sus amos: los comisariostitiriteros del Este, la aristocracia degenerada de Inglaterra, o "Rosenfeldt".

Las contradicciones internas del modelo son obvias... para quienes no lo utilizan. En un test de creencias antisemitas en EE.UU., 12 las mismas personas evidentemente estaban muy de acuerdo con todas las afirmaciones si-



guientes, obviamente contradictorias:

Un defecto general de los judíos es su exceso de agresividad, una fuerte tendencia a exhibir sus rasgos, modales y educación judías.

Los judíos llegan a cualquier extremo para ocultar su judaismo, especialmente a recursos tales como el de cambiarse el apellido, operarse la nariz e imitar costumbres y tradiciones cristianas.

Los judíos deberían abandonar su religión anticristiana con todas sus extrañas costumbres [...] y participar activa y sinceramente en la religión cristiana.

Los judíos no deberían tratar de inmiscuirse tanto en las actividades y organizaciones cristianas ni buscar tanto reconocimiento y prestigio entre los cristianos, 13

En este momento, en Gran Bretaña se profesan sentimientos similares por los asiáticos, quienes por una parte son criticados por no renunciar a sus dietas, idiomas y vestimentas extranjeras y "tratar de entrometerse en el modo británico de vida", y por la otra son acusados de estar conspirando para adueñarse de los trabajos, las casas, los beneficios sociales y sanitarios, y las mujeres de los británicos. Y también aquí hay diarios y políticos que sacan partido de estos temores irracionales.

Pero el aspecto temible de la propaganda no es la nota periodística tendenciosa, el titular alarmista ni el orador delirante, sino el modo en que esos recursos apelan a los estereotipos mentales de la realidad. Gústenos o no, todos tenemos y usamos esos estereotipos, y eso significa que todos podemos ser impulsados por la propaganda, en la medida en que no logremos reconocer nuestras propias máquinas de propaganda interna.

ANALISIS DEL RUMOR

J.P. Chaplin cree que los rumores apelan a cinco clases de necesidades básicas:

1. Necesidades animales. Las personas privadas de alimento, sueño, calor, etc., empiezan a demostrar una conducta psicótica. Cuando la privación es irritante pero no extrema, tienden a culpar a otros de su condición o a proyectar en otros sus deseos frustrados. Esta historia de hambruna viene de Berlín, 1946: Un ciego con bastón, gafas oscuras, etc., tropezó con una mujer en la calle. Ella le preguntó si podía avudarlo, y él pidió que lo condujera al domicilio que figuraba en un sobre que traía. Ella le explicó que el lugar estaba un poco alejado, y al fin accedió a llevarle la carta. Se separa-

Había caminado veinte o treinta metros cuando miró hacia atrás para ver si el ciego se las arreglaba solo, Por cierto se las arreglaba solo: caminaba de prisa por la acera con el bastón bajo el brazo. No había error posible [con las ropas que lo distinguían]. En vez de entregar la carta, la mujer la llevó a la policía y contó cómo había llegado a sus manos. La policía fue al departamento cuya dirección figuraba en el sobre y allí encontró a dos hombres y una mujer y una cantidad de carne que, inspeccionada, resultó ser carne humana según declaración de un médico. La carta del sobre consistía en una sola oración: "Ésta es la última que les mando hov".14

2. La necesidad de protección y seguridad. Chaplin dedica un capítulo entero al "Gaseador" de Mattoon, Illinois, de 1944. Aparentemente el gaseador era un demonio a quien le gustaba escabullirse de noche en alguna casa donde había una mujer sola (debía de haber muchas en ese año terrible) y soltar un gas pestilente por la ventana. La mujer empezaba a desmayarse, a vomitar, a sentir los labios hinchados, a respirar mal. A menudo alguien perseguía al gaseador, pero sólo hubo (después de muchos

ataques similares) atisbos ocasionales de una figura alta con ropa negra y ceñida. La policía local y estatal tendió celada tras celada; el FBI investigó el caso, y la noticia pasó de los titulares locales a los nacionales. Se investigaron todas las pistas, se interrogó a todos los charlatanes y a todos los químicos. Por último la policía anunció que en su opinión no era una oleada de ataques de gas, sino de histeria. Luego los ataques ralearon y terminaron tan misteriosamente como habían empezado.

Dos pistas indican la acción de la histeria y el rumor: los síntomas de las víctimas eran característicos de los arrebatos de histeria y, después del primer ataque, el diario local publicó este titula:

"MERODEADOR ANESTESICO" SUELTO Sra. Corbin e hija primeras víctimas

Chaplin comenta:

Tal vez el director del diario manifestó una presciencia inusitada, o tal vez fue culpable de una expresión de deseos. [...] A fin de cuentas, no se puede esperar que un "merodeador anestésico" se cruce más de una vez por la vida de un director de diarios en su carrera periodistica. 15

3. La necesidad gregaria. El factor obvio en todos los rumores raciales, políticos y todos los que implican "Nosotros o Ellos".

4. La necesidad de poder y prestigio. Los detectives diletantes que "resolvieron" el asesinato de Kennedy (y, anteriormente, el secuestro del hijo de Lindbergh) se proponian derrotar a los expertos en su propio juego.

5. La necesidad de autoexpresión. Durante el rumor de La guerra de los mundos, mucha gente en verdad despertó a la vida por primera vez. Hubo quien organizó mitines para rezar, quien ofreció sus servicios a la policía para control del tráfico de evacuados, quien saqueó armerías y se parapetó en su hogar preparándose para librar un último y heroico combate.

Allport y Postman lograron crear rumores controlados para estudio, mostrando a un sujeto una figura (a menudo con sobretonos emocionales), pidiéndole que la describiera sin verla a una segunda persona, pidiendo a esa persona que repitiera la descripción a una tercera, y así sucesivamente, hasta llegar a quince repeticiones. Los tipos de distorsiones que sufrían las historias guardaban una semejanza notable con las distorsiones de los sueños y otras fantasías. A veces se alteraba un hecho (en una figura un hombre blanco que empuña una navaja está hablando con un negro; en versiones posteriores están discutiendo o incluso peleando, y el que empuña la navaja es el negro). Había distorsiones de nombres, fechas, números y horas; invención (como en el caso de "las campanas de Amberes"); errores de interpretación verbal (ídem): proyección (como en el caso de Berlín); cambio de tema (como cuando el "terremoto de San Francisco" se acopla con la "inundación de Nueva York"); explicación concisa y simplificada; cambios de etiqueta y localización; omisión y añadido de detalles; concretización y personalización; y otros mecanismos oníricos.

Ya hemos visto este proceso en capítulos anteriores. Un hombre que ve un planeta brillante poniéndose en el horizonte elabora una visión de una nave espacial con llamas y troneras. La historia del sensitivo psíquico que "ayuda" a la policía sufre distorsiones y adquiere características imaginarias en versiones posteriores. Las cuestionables prácticas del curanderismo son completamente alteradas por la prensa hasta pasar por sueños hechos realidad. Entre los pseudoarqueólogos y otros, historias fragmentarias, anécdotas no verificadas y versiones completamente ficticias son compiladas, intercambiadas y reinterpretadas; historias como la de Byland Abbey y el Libro de Dyzan* se han convertido en mitos standard.

Antes de examinar esos mecanismos oníricos, nos falta examinar otra clase de mito: las profecías sobre el fin del mundo.

La última trompeta

Jorge Luis Borges dice de los sueños:

Vemos la imagen de una esfinge y la imagen de una botica e inventamos que una botica se convierte en esfinge. Al hombre que mañana conoceremos le ponemos la boca de una cara que nos miró anteanoche.¹

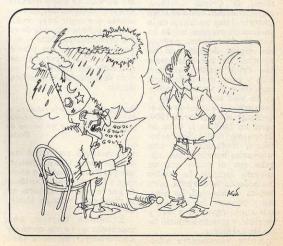
* En El Péndulo 3 y 4, respectivamente. (N.d.E.) Está comentando la teoría de J. W. Dunne de que los sueños son una especie de viaje en el tiempo, pero sus observaciones parecen curiosamente aplicables a las profecías. No es coincidencia que la profecía, esa muy familiar modalidad del viaje en el tiempo, a menudo parezca la transcripción de un sueño.

Una profecía sólo puede fallar si es específica y prosaica, como un pronóstico meteorológico. La mayor parte, por el contrario, están escritas en un velado lenguaje onício; no son más inteligibles que el acertijo de la botica.

La Muerte triunfal devasta

Londresy mueren los hombres en lo alto de
las casas.

Se ha sugerido que este distico de la Madre Shipton alude a la Gran Peste y al Gran Incendio de Londres. En este caso, parece que el mecanismo onírico no fue obra de la misma Shipton, sino de alguien que vivió después de la publicación del Diario de Pepys. Pero visiones más ambiguas del



Gran Incendio pueden encontrarse en Nostradamus:

La sangre de los justos presentará una queja a Londres; quemada por el rayo en veintitrés, seis seis; la antigua dama caerá del alto situd, de la misma secta muchos serán destruidos.

La antigua dama puede ser el chapitel de la Catedral de San Pablo, una vieja saltando de un tejado en llamas, o ambas cosas. Por cierto pocos integrantes de ninguña secta perdieron la vida en el Gran Incendio. Lamentablemente. el Gran Incendio de Nostradamus parece producirse en el 2366 de nuestra era, lo cual sólo puede conciliarse con la realidad sustrayendo siete mágicos siglos. Como la versión de la Madre Shipton, sólo resulta inteligible -si lo es siquiera - después de los

LA MADRE SHIPTON (1488-1561)

En la cubierta de un opúsculo titulado Vida y profecías de Ursula Sontheil, mejor conocida como MADRE SHIPTON,2 hay un dibujo de la anciana en persona, según un letrero de taberna pintado dos siglos después de su muerte. La presenta como una bruja tradicional: barbilla y nariz ganchudas, una capa sobre la joroba, sombrero de alas anchas, escoba y gato negro. De acuerdo con el opúsculo (escrito circa 1900) nació en 1488 en la finca de Dropping Well, Knaresborough, Yorkshire, de una muchacha huérfana que alegaba que el padre era un apuesto espíritu. La madre fue acusada de brujería, pero puesta en libertad. La niña, fea y deforme, fue enviada a la escuela, aprendió a leer y escribir, y pronto adquirió fama de hechicera.

A los veinticuatro años,

Ursula se casó con Toby Shipton y se dedicó a la vida doméstica y la adivinación del futuro. Su fama creció, y empezó a hacer profecías para los nobles. Murió en 1561, y desde luego había previsto el día y la hora de su muerte.

Las predicciones adjudicadas a la Madre Shipton incluven la boda de Enrique VIII con Ana Bolena: el arresto del cardenal Wolsey en York; el nacimiento de Eduardo VI por cesárea; el reinado de María la Sanguinaria; el largo reinado de la virginal Isabel; la victoria de Drake sobre la Gran Armada; el ascenso de Jacobo I: el Complot de la Pólvora; la Guerra Civilla, muerte violenta de Carlos I; el interregno, la Restauración; la introducción de la papa y el tabaco en Inglaterra por Raleigh; los coches sin caballo; hombres bajo el agua y en el aire; barcos de hierro; comunicaciones instantáneas; la máquina de vapor; el Palacio de Cristal; la guerra en Turquía; el fin del mundo en 1991.

Curiosamente, aunque sus poderes gozaron de gran estima en vida de ella y durante dos o tres siglos después, no consta que nadie haya creído y aprovechado una sola de estas predicciones. Dado el éxito que tuvo con sus predicciones iniciales, resulta casi increíble que nadie haya podido desentrañar el significa-

do de:

Y los caballos de madera del monarca occidental serán destruidos por las fuerzas de

y el monarca occidental menos que nadie. Que los monarcas prestaban bastante atención a los adivinos es evidente por la patética historia de la rival de Ursula, la Monja de Kent.

Elizabeth Barton, una muchacha que vivía cerca de Canterbury, empezó a caer en trance y barbotar profecías. Aparentemente era utilizada por el convento local, que la hizo monja y luego intentó convencer al público deque esas profecías eran de inspiración divina. Ella dijo que si Enrique VIII se divorciaba de Catalina de Aragón v se casaba con Ana Bolena el rey estaría muerto en un mes. El rey fue a hablar con la muchacha, y tomó la profecía tan a pecho que la hizo ejecutar por traición, junto con algunas de sus "asistentes".

La asistente de Madre Shipton era su mucama, que sacaba suculentas sumas de dinero a los visitantes, aparte de las pequeñas sumas que pedía la vidente, y que no pasaba por alto la oportunidad de hacer sus propias profecias cuando Ursula se bloqueaba.

Muchas de sus profecías, como los sueños, son menos "verdaderas" que aptas para una interpretación verdadera:

El mundo cabeza abajo estará y oro se encontrará en la raíz de un árbol.

Por colinas cabalgarán los hombres y no habrá caballos ni asnos a su lado, bajo el agua caminarán los hombres, y viajarán, dormirán y hablarán; en el aire se verán los hombres, de blanco, de negro, y de verde.

Otras son incuestionablemente verdaderas:

Mil ochocientos treinta y cinco, ¿quién de nosotros estará con vida? Muchos reyes terminarán su reinado, muchos pillos conocerán su fin.

Al menos, algunas de sus profecías parecen haber sido tan adaptables como para que los creyentes al menos siguieran esperando una confirmación:

El mundo a su fin llegará en Mil Novecientos Noventa y Uno.

Esta última profecía solía

decir (al menos en 1872, cuando Augustus de Morgan la mencionó), "en Mil Ochocientos Ochenta y Uno". Si insiste en cambiar de fecha, tiene por lo menos una probabilidad sobre cien de predecir perfectamente el fin.

NOSTRADAMUS (1503-1566)

L. Sprague de Camp evidentemente realizó un análisis exhaustivo de las predicciones de Nostradamus. De acuerdo con Bergen Evans, encontró dos razones para el no-asombro: Primero, había veinte Nostradamus en total, pues "el nombre se había convertido en denominación genérica para profeta". (Del mismo modo, en el Epsom Derby de 1972 aparecieron veinte adivinos, y cada cual alegaba que era el "gitano Lee original".)

Segundo, muchos de los textos de Nostradamus eran demasiado engorrosos para interpretarse como predicciones, pero de los 449 que encontró de Camp, 18 han resultado definitivamente falsos, 41 se han cumplido (pero muchos estaban redactados de tal modo que tenían bastantes probabilidades de cumplirse), y 390

no pueden identificarse con nada que haya sucedido. Tal vez se verifiquen algún día, pero en los primeros trescientos años, el prestigio de Nostradamus como profeta es considerablemente inferior al que hubiera obtenido arrojando la moneda.3

Evans compara esta clase de profecía con la de los diagramas financieros (como las curvas de mercado de Edward R. Dewey) que, si se analizan, aciertan menos de la mitad de las veces. Por mi parte, no creo que la analogía con arrojar monedas sea realmente aplicable a las profecías de Nostradamus, al menos porque, de 449 veces, en 390 la moneda parece haber-

se escabullido por una rajadura del suelo. En otras palabras, con harta frecuencia es imposible determinar si una predicción se ha cumplido o no. Cada época ha visto su propio rostro reflejado en el espejo oscuro de estos cuartetos, y los mismos ver-sículos que "auguraron" la Revolución Francesa más tarde "auguraron" la Segunda Guerra Mundial. Ellic Howe4 menciona un cuarteto, 3-57, que fue interpretado y reinterpretado hasta que se volvió parcialmente cierto en 1939, cuando Alemania invadió Polonia y Gran Bretaña entró en la guerra. Frau Goebbels hizo mucha alharaca en el momento, pero sólo ignorando otras partes del cuarteto que eran obviamente falsas.

Stewart Robb identifica el siguiente cuarteto con el globo Montgolfier:

Istra de mont Gaulfier et Aventin, Qui par le trou advertira l'armée, Entre deux rocs sera prins le butin, De Sext, mansol faillir la renommée.

Irá del Monte Gaulfier y el Aventino uno que desde el agujero alertará al ejército. El botín será tomado de entre dos rocas, caerá el renombre de Sexto la piedra angular.5

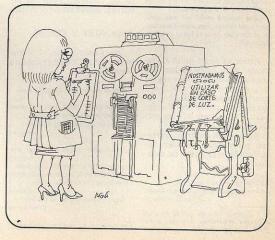
Robb entiende que es "más que probable" que esto aluda al globo de aire caliente de Montgolfier, inventado alrededor de 1785. Los globos tienen agujeros, y pueden usarse para alertar al ejército, y el "Sext." es según Robb el papa Pío VI, quien reinó en tiempos de Montgolfier.

Y adviértase esto: desde la época del profeta [principios del siglo XVI] hasta el presente [1961] no hubo en la Santa Sede ningún otro papa con ese número añadido al nombre.6

Al menos no hasta Paulo VI. En definitiva la claridad de esta visión en particular se basa en la ecuación

mont Gaulfier = Montgolfier.

Pero no hay razones para suponer que el apellido Montgolfier no proviniera del nombre de un monte o lugar que también pudo haber sido conocido por uno de los Nostradamus. Pero para mostrar cuán fácil es asociar



semejante profecía con un selecto acontecimiento moderno, supongamos que alude al Campeonato Abierto de Golf de EE.UU. de 1927. Se jugó en la cancha de Oakmont, y lo ganó el golfista de Oakmont Tony Armour, cuyo nombre y apellido han sido asociados con ejércitos.* El apellido tiene seis letras (hasta ahora no hubo otro campeón con apellido de seis letras en Oakmont. La advertencia desde el trou también puede significar "de la boca", como cuando el golfista avisa que se aparten de su línea de tiro. El botín (butin) es el primer premio, y el agujero también podría aludir al hovo.

HISTER

Desde la década del 30, una gran tradición en la lectura de Nostradamus ha consistido en relacionar sus alusiones a "Hister" con Hitler. Robb no es la excepción, aunque sabe perfectamente que "Hister" era el antiguo nombre del río Danubio.

Ahora bien, si se le cambia una letra a *Hister* obtenemos *Hitler*. El cambio de una letra era permisible en la escritura de anagramas. [...]

¿Qué palabra podía ser más apropiada que *Hister* para especificar tanto el apellido como el lugar natal de [Hitler]??

Hitler no nació junto al Danubio, sino junto al Inn. En cuanto a ese notable anagrama, el cambio de una letra puede producir infinidad de nombres a partir de Hister. Lister, por ejemplo, e incluso Christ, Cristo.

Aquí están los tres cuartetos que aluden a Hitler. Interprétenlos a gusto de ustedes:

La libertad no se recobrará, un varón audaz, negro, de bajo linaje, inicuo la ocupará, cuando el material del puente esté completado,

la República de Venecia será molestada por Hister.

En lugar muy cercano, pero lejos de Venus, los dos grandes de Asia y África,

se dirá que son del Rin y Hister, llantos, lágrimas en Malta, y la costa

Animales acicateados por la voracidad de nadar en ríos; la mayor parte del campamento

estará contra Hister, hará llevar al gran hombre en una jaula de hierro, cuando el hijo de Alemania observe el Rin

Robb parece ignorar el modo en que los tres cuartetos se empecinan en hablar de ríos: el primero alude a la invasión alemana de Bulgaria (tal vez un anagrama robbiano de Venecia, el segundo lo desconcierta incluso a él. Pero en el tercero (que al menos menciona a Alemania) Robb recurre a toda su erudición de charlatán, y deduce que el "gran hombre" (Hitler) ha sido llevado en una "jaula de hierro" (submarino) a Sudamérica. Como evidencia, cita el artículo de una revistucha, titulado "Pruebas positivas. Hitler en Argentina".

A SANGRE Y FUEGO

Inevitablemente, el vidente provenzal ha profetizado a Napoleón.

Pau.nay.loron plus feu qu'a sang

sera Laude nager, fuir grand aux surez.

Les agassas entrée refusera. Pampon Durance, les tiendra

enserrez.

Pau.nay.loron será más fuego que sangre,

para nadar en elogios, el grande que huirá en la confluencia de aguas rechazará la entrada de los

agassas, Gran Puente Durance los tendrá prisioneros.

De nuevo, la fuerza principal

de la interpretación de Robb es un anagrama con las letras cambiadas.

Pau.nay.loron (adviértanse los puntos) es un anagrama. Separémoslo de roy, y nos queda Pau.na.lon, luego invirtamos y tenemos

Na.pau.lon

[...] las probabilidades contra tal posibilidad son prácticamente incalculables. El lector puede juzgarlo experimentando por su cuenta. Tome un libro de su biblioteca, ábralo en el comienzo, divida el texto en grupos de once palabras cada uno, y continúe haciéndolo hasta encontrar una combinación que pueda dar Napaulon roy.8

Como la invitación era demasiado cortés para rechazarla, tomé Curiosidades literarias, de Isaac D'Israeli. En la pág. 1, línea 15, estaban las palabras perennial repositories. Marqué con lápiz las 11 letras ennial repos. De allí separé res (que representa la República, tal como roy representa al rey), y me quedó:

nnial epo Anagrama: Napolien

OTROS USOS DE NOSTRADAMUS

Durante la Segunda Guerra Mundial, aparecieron en Alemania más cuartetos sobre "Hister", incluido:

Hister, que en sus belicosas

batallas
ha obtenido más victorias de las
convenientes;

seis lo asesinarán en la noche, desnudo, sin armadura, sucumbirá.9

Fueron recopilados en un librito titulado Nostradamus prophezeit den Kriegsverlauf ("Nostradamus profetiza el curso de la guerra"). Era un fraude pergeñado por la Inteligencia Británica e introducido en Alemania con el propósito de minar la fe del pueblo en su conductor. An-

^{*} Tommy: nombre que se da a los soldados británicos; Armour: armadura, blindaje. (N.d.T.)

teriormente (1939) la Inteligencia Alemana había intentado tender una trampa similar a los franceses.

Los alemanes planeaban industriosamente minar la moral francesa con material tomado de [Nostradamus], mientras las autoridades francesas, por su parte, subsecuentemente se afanaban en proscribir la nostradamania para no ofender a las fuerzas de ocupación.10

Tanto los Aliados como el Eje planearon grandes campañas de propaganda ocultista, pues cada bando tenía la impresión de que el otro sería presa fácil, como decía Goebbels, "de ese tipo de cosa".

Pero sólo cuando miramos el comentario de Stewart Robb sobre Nostradamus encontramos a alguien enteramente dedicado a "ese tipo de cosa". Un cuarteto sobre

el milenio:

Un gran rey del terror descenderá de los cielos, el año 1999, séptimo mes, para resucitar al gran rey de Angolmois, en esta época Marte reinará por la buena causa.

Robb entiende que esto puede aludir a una invasión marciana en 1999, y lo asocia con una profecía de la Gran Pirámide que predice el fin del mundo para el año 2000 o el 2001. Otras predicciones para el futuro incluyen: una federación anglonorteamericana: el regreso de Anthony Eden al puesto de primer ministro; "un mundo de creciente poder musulmán"; la Edad de Oro, que empezaría en 1963; el Armagedón, en 1973 (durante veinticuatro años); mil años de paz.

Robb desde luego cree que los pueblos anglosajones celtas son las Tribus Perdidas de Israel. El gran Sello de los Estados Unidos, subraya, tiene una estrella de David: el escudo británico, un arpa de David. La cubierta del libro de Robb lo describe co-

mo un "notorio erudito en la controversia Bacon-Shakespeare", y un especialista en fenómenos psíquicos. No hay muchas dudas, pues, sobre el origen de las revelaciones crípticas, las semipredicciones mal enhebradas con semihechos, criaturas deformes que asoman de las nieblas de la prosa de Nostradamus.

PROFETAS POSTERIORES

La época turbulenta de fines del siglo dieciocho produjo unos cuantos profetas asombrosos. Richard Brothers (1757-1824), fundador del movimiento anglo-israelita, escribió una carta sensacionalista a Jorge III pidiéndole que abdicara y reconociera a Brothers como líder mundial. La firmaba "Richard Brothers, sobrino de Dios".

Después que Brothers hubo profetizado atinadamente la muerte violenta de los reyes de Francia y Suecia, fue encerrado en un manicomio antes de poder rendir a Jorge el mismo honor. Curiosamente, para esa época tenía un poderoso amigo en el parlamentario Nathaniel B. Halhed, quien consiguió ponerlo
en libertad. Más tarde Halhed perdió interés en el
sobrino de Dios y se unió al
movimiento de Joanna
Southcott. Los angloisraelitas no obstante siguieron
marchando muchos años,
quizá entonando de vez en
cuando el himno de su líder a
sí mismo, que empieza:

¡Jerusalén, Jerusalén, será

reconstruida! ¡Más rica, más suntuosa que nunca! Y a través de ella circulará el Jordán [!],

el río predilecto de mi pueblo.

Joanna Southcott empezó a profetizar en 1792, a los cuarenta y dos años. Evidentemente tuvo razón cuando predijo la Revolución Española de 1820, y la caída de otros monarcas. En esos días de miedo y exaltación, era bastante seguro predecir una revolución en cualquier parte.

Su augurio de que el Mesías desembarcaría en Inglaterra fue muy bien recibido por los angloisraelitas (y todavía lo es). A la muerte de Joanna en 1814, algunos de



sus escritos se guardaron en una caja lacrada para ser abiertos sólo por una junta de obispos de la Iglesia de Inglaterra, en público y "en tiempos de peligro nacional". La Sociedad Panacea aún está tratando de que los obispos accedan. Uno de los folletos también promete

Lenta pero Segura Liberación [...] de los Nervios, el Reumatismo, los Trastornos de Ojo, Oído y Garganta, de la Ansiedad Mental, las Preocupaciones de Trabajo, los Desánimos y las Tribulaciones y Perplejidad que precederán la llegada del Señor,11

La sociedad ha tachado de esta lista "la Consunción, la Epilepsia, la Parálisis".

Antes que se enfriara el lacre de la caja de Joanna, los profetas norteamericanos estaban montando el negocio. Lady Hester Stanhope, sobrina de William Pitt, calculó que el Segundo Advenimiento estaba a menos de la duración de la vida de un caballo: tenía dos potros árabes en su hogar de Pennsylvania (uno para ella v otro para el Salvador). Harriet Livermore apeló cuatro veces al Congreso, urgiéndolo a transportar a los indios, que eran las Tribus Perdidas, a Jerusalén, antes que fuera demasiado tarde. En 1831 William Miller, un ex soldado, aceptó a regañadientes que Dios lo convenciera de predicar el Apocalipsis.

El Fin vendría en 1833. Esto Miller lo había calculado, con cinco fórmulas diferentes, a partir del libro de Daniel y el Apocalipsis. Habría señales en el cielo y la tierra se abriría para expulsar sus muertos. Esto ocurriría seguramente en 1834, a lo sumo.

Pasó 1833, con una espectacular lluvia de meteoros (los Leónidas). Pasó 1834. Miller corrigió los cálculos, fijando el Segundo Advenimiento para abril de 1843. Esa primavera apareció un gran cometa, tan brillante

que podía verse a plena luz del día. La última fecha posible, Miller aseguró a sus conversos (para entonces cincuenta mil), era el 21 de marzo de 1844. Predicó en cientos de mitines, y fundó un Tabernáculo en Boston. (Un rumor cruel decía que el Tabernáculo estaba asegurado por siete años.) Cuando se aproximó la fecha final final los milleristas descuidaron sus granjas, vendieron propiedades y bienes, y se cosieron hermosas túnicas para la Ascensión.

Cửando llegó la hora designada sin más señales en el cielo que los fuegos artificiales de algunos bromistas, los milleristas se dividieron en varios grupos. El grupo de Miller se transformó en los Adventistas del Séptimo Día. 12

Los cultos proféticos como los milleristas todavía están muy en boga. En Cuando falla la profecía 13 se examina uno de ellos. El libro está escrito por tres psicólogos sociales que infiltraron observadores en el grupo para estudiarlo antes, durante y después del Día de la Ira.

Describen cómo la conductora, la señora "Marian Keech" (en el libro se han ocultado todos los nombres) antes tuvo coqueteos con la dianética y el movimiento ocultista I AM ("SOY"). A principios de la década del 50 se interesó en los platos voladores, y al fin empezó a recibir mensajes. por escritura automática, de los habitantes del planeta Clarion. Gradualmente atrajo a un pequeño grupo, incluyendo a un médico y su esposa, que pensaban que podría haber alguna relación entre los platillos y el surgimiento de la Atlántida y Mu con el hundimiento simultáneo de Norteamérica. Mientras el grupo crecía, quedó claro que además profesaba otras creencias, tales como la reencarnación (la señora Keech

había sido la Virgen María); el credo central era milenarista: el mundo se anegaría el 21 de diciembre de 195—, y los platos voladores rescatarían a último momento a los elegidos.

Del mismo modo, la Sociedad Aetherius afirma que se ha comunicado con los "amos cósmicos" (que en realidad controlan nuestro planeta) a través del cerebro de su líder, el doctor George King. Los amos cósmicos planeaban recientemente una serie de terremotos con el propósito de desviar la Tierra varios grados de su eje de rotación, pero el doctor King se las ingenió para disuadirlos. Así California ha "escapado milagrosamente de una catástrofe inminente". pero King no puede prometer que contendrá la ira de los amos por mucho tiempo más, a menos que EE.UU. interrumpa sus pruebas nucleares y paseos lunares. En este caso, pareciera que los amos cósmicos se habían informado sobre la falla de San Andrés, que según los geólogos terrestres generará terremotos antes de mucho tiempo.

Herbert W. Amstrong, que publica la revista fundamentalista The Plain Truth, encuentra sus mejores profecías en la Biblia, especialmente en las palabras de Cristo ("el mayor NOTICIERO del mundo"). El Libro parece brindar detalles sobre un inminente gobierno mundial, incluidos los nombres de los gobernantes. Comenzará con el Mercado Común, al cual quizá se una Estados Unidos, pues

Estados Unidos, la Comunidad Británica y algunos países del noroeste de Europa son en verdad los descendientes de las tribus perdidas de Israel.14

El Mercado Común parece ser la Bestia del Apocalipsis. Otros artículos de Arms-

trong cultivan títulos interrogativos cuyas respuestas pueden darse en pocas pa-labras: "¿Dónde se pasará el Milenio?" (aquí en la Tierra); "¿Es esta la época del FIN?" (sí) "El siglo 21, ¿qué será?" (un paraíso terrenal para Herbert W. y sus amigos).

Muchas sectas fundamentalistas se han volcado al socialismo y al populismo de William Jenning Bryan, pero el grupo de Armstrong (Herbert W. es un ex ejecutivo de publicidad) tiene una fuerte tendencia capitalista. La recolección de diezmos se menciona a menudo como camino hacia la riqueza terrenal; los miembros son denominados "cotrabajadores"; · y una artículo enfatiza que Cristo era propietario, pagaba los impuestos, respetaba la ley y, especialmente, usaba el pelo corto.

Uno de los mayores descubrimientos de Armstrong es el "ciclo de 19 años".

Nos iniciamos en la radio en la pequeña emisora de Eugene, Oregon, el primer domingo de enero de 1934. Ese primer domingo era 7 de enero.

El número de emisoras que usaban se multiplicó, y en la década del 50 planeaban transmitir a Europa. La primera emisión se realizó el miércoles 7 de enero de 1953.

exactamente en la MISMA FECHA. ¡A 19 años del MISMO DIA! ¡Eso parecía SIGNIFICATIVO, cuando menos!15

Lo significativo es el ciclo astronómico metónico: cada diecinueve años las fases de la luna coinciden con la fecha del calendario. Este mensaje de Quien mueve el Sol y la Luna era demasiado claro para ignorarlo. Armstrong y sus cotrabajadores esperaban ansiosamente el 7 de enero de 1972, el cierre del ciclo siguiente. El primero les había permitido enviar el mensaje a las Tribus Perdidas de Norteamérica; el segundo, a

las Tribus Perdidas de Europa. ¿El tercero significaría la terminación de la cosecha?

El artículo que estoy citando es una explicación, después del 7 de enero de 1972, de por qué no ocurrió nada (excepto que el grupo publicó un aviso en el Reader's Digest). Herbert W. explica que, primero, él nunca había asegurado que el mundo terminaría; y segundo, "Moisés cometió errores, Abraham cometió errores. David cometió errores, Elías cometió errores..."16 El tono mesiánico deja pocas dudas sobre la visión que Armstrong tiene de sí mismo: "Esto me recuerda la época en que Jesús fue criticado, perseguido, difamado por Sus enemigos".17

Desde luego el ciclo metónico no tiene nada de especial; es una de las muchas posibilidades (el ciclo del Año Bisiesto; el Saros, o ciclo del eclipse; innumerables ciclos de planetas y cometas, etc.). Armstrong bien podría haber optado por cualquier número de duraciones bíblicas importantes, y pudo haber cotejado cualquiera de ellas con las fechas importantes en la historia de su empresa editorial/ radial/televisiva.

Pero, una vez que se decidió por el ciclo de 19 años, Armstrong empezó a encontrarlo en la Biblia. Jeremías pasó 19 años predicando antes que Nabucodonosor sitiara Jerusalén y otros 19 años después (un hallazgo no confirmado por ningún otro experto en la Biblia). En el tercer ciclo de 19 años del profeta, dice Herbert W., Jeremías emigró a Irlanda del Norte con una de las hijas del rey Zedequías, y allí fundó la raza irlandesa.

Otro gran descubridor de mensajes cifrados en la Biblia era Charles Manson, pero ésa era apenas una parte de su complejo de creencias ocultistas. Ed Sanders ha documentado muy bien la comunidad de odio-miedo-muerte de Manson: 18 la religión del grupo parece ser una mescolanza de mitos derivados de la cientología, el Pabellón Solar del O.:.T.:.O, la beatlemanía y otras fuentes.

Manson había estudiado cientología en la cárcel; y continuaba usando la jerga de Hubbard, el padre de la



dianética: "duplicar", "cesar de existir", "venir al ahora" y "almacenar imágenes".

El Pabellón Solar del O.:T.:O (Ordo Templi Orientalis) era otra comunidad del desierto, crowleyitas que

celebraban reuniones mágicas en que trataban de convocar e irradiar vibraciones de odió hacia el ghetto de Watts para provocar disturbios. El Pabellón Solar creía que una cruenta guerra racial [...] era inminente.19

Bebían sangre de animales, torturaron a uno de sus niños (véase el apéndice) y odiaban a los negros. La pandilla de Manson odiaba a los negros, bebía sangre de animales, y creía en un Armagedón racial para 1969. Ambos grupos influían sobre los conversos

destruyendo la mente con el dolor, la persuasión, las drogas y la extravagancia repetitiva — tal como un imán borra la cinta de grabación— y reconstruyendo la mente de acuerdo con los deseos del culto.20

Manson creía en un paraíso subterráneo, al cual escaparía con su grupo cuando hubieran desatado el Armagedón racial cometiendo delitos que esperaban se atribuyeran a los negros. Entrarían en esa comarca interior a través de El Hoyo, una idea tomada de leyendas hopi, que según Manson estaba en alguna parte del desierto, cerca de su campamento. La Familia descendería al Hoyo con una cuerda de oro (para pagar la cuerda, Manson puso a tres de sus muchachas a trabajar en las calles de Los Angeles).

También empezó a descifrar mensajes en las canciones de los Beatles. Cuando el grupo publicó un álbum blanco, Manson lo vio como una advertencia de la inminente guerra entre blancos y negros. Los cuatro Beatles eran los cuatro ángeles del Apocalipsis. Los negros ganarían la guerra final, pero luego Manson regresaría a la

tierra por el Hoyo y tomaría el poder. "Rocky Racoon" y "Blackbird" fueron interpretadas como claras alusiones raciales, "Helter-Skelter" era el Armagedón, "Revolution 9" sólo podía aludir al capítulo IX del Apocalipsis, y "Hap-piness is a Warm Gun" fue interpretada literalmente. Parece que la canción "Piggies" de hecho inspiró uno de los asesinatos de la secta: una pareja madura y rechoncha fue liquidada con cuchilla y tenedor. Parece que no todos los locos son santos.

Creer para ver

El creyente ocultista o pseudocientífico a menudo pregunta a su opositor: "Pero, ¿qué hace falta para convencerlo? ¿Cuántas evidencias se necesitan para demostrar que los OVNIs aterrizan/los fantasmas existen/los zahories encuentran agua/ etc.?" La pregunta no viene al caso, pues ambas facciones jamás pueden ponerse de acuerdo sobre la definición de "evidencia". Hay muchas evidencias (de cierto tipo) de que el Sol es un carro llameante que surca el cielo.

Para llegar a las definiciones científica y mágica de evidencia, es preciso bosquejar respuestas a dos preguntas: ¿Cómo utilizamos nuestros sentidos para recopilar evidencias? ¿Por qué creemos en lo que hemos recopilado?

VER

Probablemente todo el mundo oye crujidos inidentificables en la noche, ve caras en las nubes, o sueña cosas que jamás podrían ocurrir en la vigilia. La visión (o cualquiera de los demás sentidos) es engañada por ilusiones simples. Ello indujo a algunos filósofos a concluir que en verdad jamás percibimos nada.

El argumento de esos filósofos es que un hombre no puede ver una mesa roja; sólo ve la "apariencia" (o los "accidentes" o "datos sensorios") de una mesa roja. Podría estar mirando una proyección estereoscópica, por ejemplo, o una mesa blanca bajo una luz roja, o una alucinación.

La respuesta habitual a este argumento es que desde luego nuestros sentidos nos engañan, pero sólo podemos saber esto a través del uso de nuestros sentidos. hombre puede corroborar la solidez de una mesa golpeándola o alzándola; puede verificar que es roja mirándola a la luz del día, y demás. Aun si entiende que la mesa es una alucinación personal, puede pedir a otros que la miren. Sabemos que hay algunas ilusiones porque sabemos que hay algunas percepciones genuinas.

Un hecho obvio basta para aclarar las cosa: los que no pueden usar adecuadamente un sentido no pueden experimentar todas las ilusiones sensorias. Para la mavoría de nosotros, una superficie gris situada cerca de una superficie roja cobra un tono verdoso; cerca de una superficie verde, el mismo gris parece rojizo. Naturalmente, esto no es aplicable a alguien que es ciego para el rojo y el verde. Y aunque en la mayoría de la gente pueden inducirse vívidas imágenes visuales que son alucinatorias - mediante drogas, dolor extremo, aislamiento o estímulo eléctrico directo del cerebro-, no se pueden inducir en gente ciega de nacimiento.

Pero ni siquiera la posesión del equipo visual garantiza automáticamente la visión. Las personas ciegas de nacimiento, cuando una operación de pronto les posibilita ver, no pueden hacerlo. Aún deben descubrir los objetos al tacto. Para ellas el mundo no es lo que experimentamos nosotros, sino una confusión de colores, formas y movimientos sin significación.

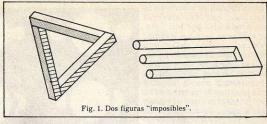
Gradualmente aprenden a ordenarlo, pero muchos factores importantes, como la profundidad, pueden seguir siendo un misterio por un tiempo más largo. R.L. Gregory¹ cuenta que un hombre en esa situación creía que podía bajar sin peligro de la ventana del hospital para tocar el suelo, que estaba a diez metros de distancia. Otro experimento ha demostrado que los bebés que gatean ya han adquirido esa percepción de la profundidad,2 lo cual sugiere que es algo que debe ser aprendido o desarrollado.

El mismo hombre hizo dibujos de autobuses de dos pisos en diversas oportunidades, hasta un año después de la operación. Cada cual mostraba muchos detalles nuevos, pero aun el último dibujo carecía del frente del autobús. El hombre simplemente no podía visualizar el frente del autobús, así como el doctor Watson no podía visualizar, a pedido de Sherlock Holmes, el número de escalones que conducían a su

propia casa.

Parece que ver es un proceso de filtración. Vemos el nombre de una calle sin prestar atención al estilo de las letras; miramos un reloj sin fijarnos si tiene números romanos o arábigos o figuras. Sin duda Watson filtró la "observación" para él trivial, del número de escalones. Este proceso de filtración parece aplicarse también al oído. Colin Cherry3 alude al "problema de la fiesta": ¿cómo es posible que, con la cháchara de varias voces en la misma habitación, una persona pueda seleccionar una conversación para escucharla? El sugiere que una persona usa tres clases de filtros:

 Separación de voces (por el acento, la velocidad, la modulación).



2. Identificación del tema deseado, y luego atención a frases clave, jerga, sintaxis especial, etc. (Por ejemplo, una persona puede ponerse alerta ante la frase "¿Oíste esa historia sobre...?", o bien puede desconectarse y sintonizar otra conversación.)

3. Aporte de detalles que en realidad no oyó, partes de palabras o incluso frases enteras. N ejmpl pdría str scrto así y sn embrg rsltr absltmnte intlgbl. L* q* oím*, vem* & leem* deb* depend* hast* cier* punt* d* l* experienc* pasad*.

Si por lo tanto ver es un proceso de filtración, hay que aprenderlo. La pasada experiencia visual determina lo que uno ve. Un hombre ve una rosa roja. Un horticultor ve que en "realidad" es una Fotheringale's Glory. Un artista advierte que no es roja, sino un complejo patrón de colores que van del púrpura oscuro, al rosa pálido. La experiencia de cada hombre lo ha capacitado para elaborar un conjunto diferente de categorías, estableciendo un modelo mental diferente (rosa; tipo de rosa; composición) con el cual compara la realidad.

Todos usamos muchos tipos de modelos mentales de
esta manera. Ellos informan
a nuestra visión que los rieles
de ferrocarril en verdad no se
cruzan en el horizonte; que
un hombre de un metro
ochenta no se reduce a un



enano cuando se pierde en la distancia; que las sombras son producidas por una fuente luminosa (que en general está por encima del objeto iluminado); que cuando un objeto se pierde de vista detrás de otro objeto, no abandona el universo; que la esquina más próxima de un cubo se ve así T mientras que el rincón más alejado de un cuarto se ve así I ; que si el más cercano de una hilera de objetos similares es un árbol, podemos presumir que el más lejano también está equipado con hojas y ramas.

Las ilusiones ópticas y las paradojas visuales explotan las expectativas creadas por estos modelos visuales. Nuestra experiencia nos dice que ninguno de los objetos "imposibles" de la figura 1 puede ser real.* El primero no puede resolverse en términos de lo que sabemos sobre perspectiva. Si se tapa cualquier vértice del triángulo, los otros dos tienen sentido, pero los tres son incongruentes. Análogamente, la segunda figura tiene sentido si uno tapa cualquiera de ambos extre-

Cuando nos topamos con algo visualmente nuevo, tratamos de "explicarlo" en términos de lo que ya sabemos sobre el mundo visual: de incorporarlo a nuestro modelo. Cuando el astrónomo Christiaan Huygens avistó por primera vez el planeta Saturno, esperaba ver una esfera. La Figura 2 muestra las interpretaciones que hizo del primer atisbo de Saturno y sus anillos.⁴

Después de los hechos, es fácil entender en qué se equivocó Huygens. Pero si Saturno hubiera estallado in-

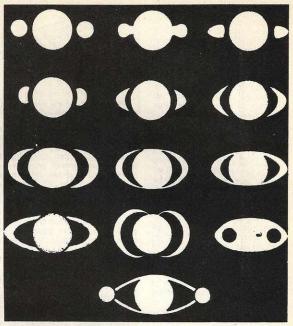


Fig. 2. Dibujos de Saturno hechos por Huygens [Fuente: R. L. Gregory, El ojo inteligente (4)]

mediatamente después que él hizo los dibujos, podríamos habernos quedado con la suposición de que era una esfe-ra con asas. Análogamente, si miro un cielo encapotado en la noche y veo una elipse brillante que se mueve erráticamente, mi descripción posterior de ella probablemente dependa de si yo esperaba ver un OVNI o una luz de reflector jugueteando en las nubes. Es significativo que mucha gente viera OVNIs cuando miraba el cielo esperando verlos.

Empezamos a elaborar nuestros modelos visuales en la infancia, posiblemente con rostros. Un experimento⁵ demostró que los bebés muy pequeños miran más tiempo fi-

guras de rostros con los rasgos normalmente distribuidos que muñecos similares con los rasgos distribuidos al azar. Que este fuerte modelo nunca nos abandona está demostrado por nuestra capacidad para ver rostros (y otros objetos fami-liares, tales como animales, figuras humanas, incluso asesinos apuntando a Kennedy) en el follaje, las nubes o las brasas. Esta capacidad es considerablemente mejorada por los alucinógenos, lo cual corrobora que es un mecanismo cerebral

Un libro de Johann Plesch mencionado por E. H. Gombrich⁶ cita un efecto inusitado de esta capacidad para ver rostros. Plesch examinó las

^{*} Pero en verdad ambos pueden construirse. El primero puede hacer-se con tres listones de madera sólida (véase El ojo inteligente, de R.L. Gregory, pp. 54-7), y el segundo puede construirse con plástico o vidrio, siempre que pueda encerrarse en una caja de vidrio.

pinceladas de las pinturas de Rembrandt y vio "animales de granja y caras sonrientes" cabeza abajo en las sombras y los pliegues de los vestidos, a los que denominó "Rembrandts dentro de Rembrandts".

Gregory muestra el uso que hacemos de esta capacidad por medio de un objeto real camuflado por sombras moteadas. Cuando se miran las manchas, un borrón que podría ser un pico de pingüino se convierte en una oreja de perro. Luego una medialuna vecina se convierte en collar, y de pronto captamos todo el dálmata, aunque el perfil es casi totalmente invisible. "Podemos distinguir claramente las manchas que componen al perro de las manchas similares del fondo", dice Gregory. "Para posibilitar esto debe haber información almacenada en el cerebro, sobre perros y miles de otros objetos."7 Gombrich dice que ese juego ("pico de pingüino... no, oreja de perro") consiste en la aplicación de un "test de coherencia, la posibilidad de clasificar la totalidad de una imagen dentro de un margen posible de experiencia".8

Que estos tests pueden conducir a conclusiones falsas es evidente a partir de cualquiera de las sorpresas de la vida. Casi todos han tenido la experiencia de llamar a un amigo en la muchedumbre, sólo para descubrir la cara de un extraño cuando el amigo se vuelve. Cuando fui de Austria a Italia, conservé un modelo lingüístico falso que ya no funcionaba: en Austria los grifos tienen la indicación Heiss (caliente) y Kalt (fria). En Italia abrí un grifo que decía Caldo, esperando tontamente agua fría.

Problemas menos triviales aquejan a todo traductor, y de hecho, a todo usuario de lenguaje. Si pacer pacido, por qué no hacer hacido?

Aparentemente aprendemos a usar la lengua tal como aprendemos a ver objetos, de modo que las lecturas paradojales de una frase como "La casa estaba cruzando el río" no son disímiles de las de la Figura 1. Sólo pueden resolverse con nuevos tests de coherencia. El contexto nos dirá si la casa estaba en la otra orilla del río o si lo cruzaba flotando; los objetos podrían enfocarse desde otro ángulo.

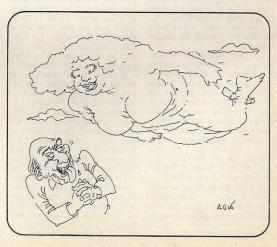
Si vemos una cara en las nubes, le buscamos el pelo, el cuello, las orejas, etc. Al no encontrarlos, podemos llegar a la segura conclusión de que la nube no es una escultura. Por el contrario, si vemos en el cielo letras nubosas que dicen B-E-B, pronto seguidas por A P-E-P-S-I, se justifica que veamos en ellas la obra de la inteligencia humana. La incapacidad para aplicar esos tests de coherencia, o la aplicación de tests erróneos, nos ha proporcionado la mayoría de nuestros códigos baconianos, mensajes cifrados en los pulsares, profecías bíblicas, y por cierto piezas de una cortadora de césped

identificadas como restos de un plato volador.

CREER

El escéptico puede argumentar que por más manzanas que vea caer la próxima manzana puede quedar suspendida en el aire, y por lo tanto la gravedad es un supuesto indemostrable. Pero el realista ingenuo, apelando al "sentido común", no ve razones para enredarse con ninguna ley: las manzanas caen porque caen, punto. El escéptico tiene toda la lógica de su parte, pero ninguna agarradera empírica para asir la realidad. Su juicio sobre cualquier hecho debe permanecer eternamente suspendido, como su manzana hipotética. El realista ingenuo tiene muchas agarraderas empíricas, pero ningún mecanismo lógico. Jamás se le ocurriría tomar una manzana sacudiendo el árbol, pues ello implicaría una lógica de causa-efecto. El escéptico tampoco sacudiría el árbol, pues quizá no condujera a nada.

Si alguna vez existieron verdaderos escépticos o rea-



listas ingenuos, es probable que hayan muerto de hambre; la mayoría de las personas, místicos y científicos incluidos, están lejos de ambos extremos. Sin embargo, si un científico somete una creencia ocultista a un examen crítico, es casi seguro que los creyentes lo acusarán de "escepticismo".

Desde luego, los científicos no pueden ser escépticos. Deben correr el mismo riesgo que corren los ocultistas al creer en sus teorías. A menudo ellos también se exponen al ridículo, y a menudo los ri-

diculizan.

La diferencia entre una teoría científica y una creencia ocultista consiste en la verificación. Considérense los enunciados siguientes:

1. La Luna es un satélite de la Tierra.

2. La Luna está hecha de queso verde.

3. La Luna tiene un alma melancólica.

Los números 1 y 2 son teorías científicas, pero el número 3 es otra cosa.

Los dos primeros son verificables, pero ningún experi-mento imaginable podría corroborar si la Luna tiene o no un alma melancólica.

Las teorías científicas pueden verificarse de cuatro

maneras:9

1.; Las diversas conclusiones de la teoría se contradicen entre sí? Si alguien que mira pasar autos decide que cada dos autos pasará un Ford y cada tres un Volkswagen, será fácil ver el fracaso de su teoría cuando pase el sexto auto. Así ocurre con los ocultistas que ofrecen lo que ellos denominan "explicaciones de lo inexplicable". Así ocurrió cuando Wilbur Voliva cambió de tema.*

2. ¿La teoría tiene sentido lógico? Que la percepción extrasensorial existe pero no puede ser sometida a verifi-

cación (porque se esfuma cuando la buscamos seriamente) es un ejemplo de "poco sentido" representativo de un género de teorías ocultistas. Los ocupantes de los OVNIs, según Keel, hacen lo posible para evitar que nos enteremos de su existencia. Las civilizaciones del pasado han "reprimido" el recuerdo de la colisión de los cometas de Velikovsky. El yeti y el monstruo de Loch Ness son tímidos al extremo de la invisibilidad. Clarion siempre se oculta detrás del Sol. Las teorías siempre implican explicaciones de por qué no hay evidencias para respaldar las teorías.

3. ¿La nueva teoría es más eficaz que las teorías existentes para explicar los hechos? La teoría de que los planetas se desplazan sobre rieles explica hasta cierto punto la regularidad de sus movimientos. Que la luz sale del ojo concuerda con muchas leyes ópticas. Que los gérmenes son el producto, no la causa, de la enfermedad, explicaría la simultaneidad de ambos fenómenos. Pero, comparada con las teorías convencionales, cada una de ellas deja muchas cosas en el tintero. ¿Por qué los planetas sobre rieles influyen sobre las órbitas de los demás? ¿Cómo llega una imagen al ojo? ¿Cómo se propaga la enfermedad?)

4. ¿Las conclusiones de la nueva teoría podrían refutarse? Es esencial que una teoría científica sea refutable, al menos en principio. El sacerdote egipcio que tal vez creía que sus rezos hacían nacer el sólo pudo haber demostrado su teoría de una manera: absteniéndose de rezar. La característica más notoria de las buenas teorías científicas es que corren abiertamente el riesgo de ser verificadas y refutadas. Por el contrario, las teorías ocultistas y pseudocientificas rara vez corren ese riesgo. La

teoría de que existe un fantasma en la Rectoría de Borley nunca podría refutarse, aunque cada efecto fantasmagórico fuera explicado como natural. No puede demostrarse que las cosas cambiarían en Borley si los fantasmas se tomaran unas vacaciones

La ciencia no consiste, como a menudo cree la gente, en la acumulación de hechos u observaciones. Es la elaboración y verificación de teorías. En esto se parece al acto de ver, como lo demuestra el siguiente experimento, relatado por Thomas S. Kuhn:

Imágenes de naipes fueron proyectadas en una pantalla por períodos breves y controlados, y se pidió a los sujetos que las identificaran. Entre los naipes normales había unas pocas anomalías, tales como un seis de picas rojo y un cuatro de corazones negro. Cuando la exposición era muy breve, los sujetos identificaban sin titubear todos los naipes, las anomalías incluidas, como naipes normales. Pero cuando se los obligaba a mirarlos por períodos más prolongados, los sujetos se desorientaban cada vez más.

Enfrentados, por ejemplo, al seis de picas rojo, algunos decían: Es el seis de picas, pero algo está mal... el negro tiene un borde rojo.10

Las exposiciones más prolongadas aumentaban la confusión, hasta que de golpe identificaban la anomalía como tal. Una vez que habían identificado una anomalía, no tenian problema con las de-

Unos pocos sujetos, sin embargo, nunca pudieron hacer el necesario ajuste de sus categorías [...]. Y los sujetos que entonces fallaban sufrían a menudo de una aguda angustia personal. Uno de ellos exclamó: "No puedo discernir el palo, sea cual fuere. No sé qué color tiene ahora, ni si es una pica o un corazón. Ni siquiera sé qué forma tiene una pica. ¡Dios mío!"11

^{*} Véase El Péndulo 3. (N.d.E.)

De nuevo los "objetos imposibles". Khun ve una analogía entre esta conducta y la realización (o la incapacidad para la realización) de hallazgos científicos. El científico empieza tratando de aplicar su experiencia a una situación nueva. Cuando su modelo mental no encaja en la situación nueva, debe desistir o bien ajustar el modelo e intentar de nuevo. El descubrimiento de los rayos X empezó cuando Roentgen notó un efecto accidental en un experimento con tubos catódicos. No se limitó a gritar "¡Eureka! El rayo X". Emprendió una serie de experimentos en los cuales tuvo que alterar muchas de sus nociones sobre radiación. El hecho de que notara el efecto de fluorescencia no garantizaba automáticamente el descubrimiento, pues otros va lo habían notado. En cambio, su descubrimiento puede verse como una crítica total de su propio modelo mental, que condujo a un modelo enteramente nuevo en que la radiación podía ser invisible pero seguir sujeta a muchas leves ópticas.

Compárese esto con las investigaciones fantasma. Los descubrimientos de los ocultistas son siempre Eurekas, confirmaciones de las creencias que ellos profesaron siempre. Estos creventes rara vez admiten críticas a sus teorías o presentan sus argumentos como tentativos. No se sabe de ningún teósofo que haya disentido con Madame Blavatsky sobre el número de Razas Raigales. Los investigadores como Michel Gauquelin, que cuestionan algunos de los supuestos de la astrología, están obligados a trabajar totalmente fuera de la especialidad. De semejantes presiones en favor del conformismo es improbable que deriven la objetividad y el descubrimiento.

En la ciencia también existen las presiones del conformismo. Kuhn enfatiza que la ciencia no avanza por la acumulación progresiva de descubrimientos, ni por el desprecio total de las teorías previas (por ejemplo, Einstein no "desechó" las ideas de Newton, sino que las reabsorbió), sino por la adecuación de los nuevos descubrimientos al marco existente. Arthur Koestler denomina a este conservadurismo "salvar las apariencias". En pocas palabras, implica no cambiar un modelo mental más de lo absolutamente necesario para integrar una experiencia nueva.

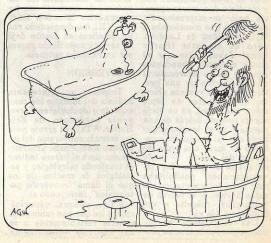
Esto también parece similar a nuestra conducta perceptiva y lingüística. Los psicólogos han descubierto que los sujetos que leen impresos cabeza abajo, reflejados en espejos o sometidos a alguna otra deformación, tienden a cometer cierta clase de errores.

Un 82 por ciento de los errores consistía en el reemplazo de la palabra que estaba impresa por una palabra reconocible [...]. Al malinterpretar una palabra los estudiantes generalmente la reemplazaban por una palabra de aproximadamente la misma longitud. [...] Cuando los estudiantes leían mal un sustantivo, tendían a reemplazarlo por un sustantivo; un verbo mal leído era suplantado por un verbo, y así sucesivamente.12

Esto sugiere que los lectores generan un modelo para la frase que están leyendo, y cotejan palabras hipotéticas con este modelo. Sugiere incluso una tendencia a preservar el modelo, o "salvar las apariencias"; presumiblemente los sujetos tendrían mayores dificultades para leer deformaciones de prosa no convencional o poesía.

Koestler ataca à los científicos porque no aceptan la realidad de los fenómenos OVNI. Según él, se están comportando exactamente como los científicos que se negaban a aceptar que Júpiter tiene lunas, o que caían piedras del cielo. Sin embargo éstas parecen reacciones humanas muy típicas ante situaciones inéditas en muchos niveles.

En la ciencia ocultista es bastante fácil ver cómo "se salvan las apariencias". Gustav Jahoda¹³ describe varias demostraciones donde los



modelos mentales parecen haber dominado las creencias de la gente en un clima sobrenatural. En un experimento, un psicólogo "creó" un escrito en una de dos pizarras a través de un vulgar truco de prestidigitación. La mayoría de los asistentes quedó convencida de que había examinado ambas pizarras previamente. En verdad, sólo había examinado una pizarra.

En otrò experimento

se pidió a los sujetos que seleccionaran una línea de un libro desconocido por Lehman [el psicólogo], quien había arreglado las cosas para que un garabato ininteligible apareciera en. la pizarra. Cuando de pronto se los mostró, algunos de los sujetos "leyeron" asombrados lo que pensaban era la respuesta correcta.14

Jahoda también menciona las "investigaciones" de los presuntos fenómenos paranormales de la Rectoría de Borley, realizadas por un grupo de voluntarios crédulos liderados por Harry Price. Price les creó determinadas expectativas entregándoles una historia impresa de las apariciones en la Rectoría y una lista de cosas que debían ver y oir. Este documento aparecía bajo un impresionante membrete que mencionaba a la Universidad de Londres. pero no al autor (Harry Price). Jahoda dice que el grupo encontró abundantes pruebas de lo sobrenatural en la agitación de una persiana ante una ventana abierta, en garabatos en lápiz sobre una pared, en un viejo abrigo colgado detrás de una puerta y en el descubrimiento de que tal vez habían cambiado de lugar una bolsa de carbón del sótano. El modo en que se dirigieron las "investigaciones" posibilitaba una mala interpretación de estos hechos, y la fuerza de voluntarios, resuelta a ver fantasmas, los vio.

Una vez, Jahoda y unos pocos amigos celebraron su propia sesión de espiritismo, pidiendo a los espíritus que golpearan una vez para sí, dos para no.

Se formuló la primera pregunta, pero nada ocurrió. Esperamos varios minutos en la penumbra, mientras crecía la tensión. Un poco entumecido, me moví en la silla y golpeé la mesa accidentalmente. Quedé anonadado al ver que tomaban esto como la respuesta esperada.15

No pudo resistir la tentación de seguir con el engaño media hora. Antes que pudiera explicar las cosas, alguien pidió al espíritu que se materializara. En efecto, se le presentó a un observador, pronto secundado por otros dos. Jahoda no veía más que tna sombra, pero los otros estaban firmemente convencidos, uno de ellos a tal punto que se negó a creer a Jahoda cuando él intentó explicarle el engaño.

Este hombre alegó que antes de la sesión él había sido escéptico con respecto a lo sobrenatural. Los conversos a menudo son tan fanáticos de su nueva fe como de su vieja incredulidad. Hitler trató de ser comunista; los "cazadores de maricas" son homosexuales latentes; Enrique VIII fue despiadado con los católicos en cuanto dejó de serlo; y todo Saulo parece ser un Pablo en potencia.

CONVERSION

Tenemos un interesante análisis del fanático (de cualquier fe o ideología) en El creyente verdadero, de Eric Hoffer. 16 Tal vez arroje poca luz sobre la conversión del escéptico mencionado anteriormente, pero sí parece indicar el trasfondo psicológico y sociológico de muchos de los que él llama "conversos potenciales", incluyendo a:

1. Los pobres, especialmente los que han caído en la miseria recientemente o se han liberado recientemente de la esclavitud, así como los que padecen pauperismo extremo, aquéllos cuyas habilidades creativas son frustradas por la pobreza, y aquéllos que no pertenecen a ninguna religión, clan o tribu cohesi-

 Los inadaptados sociales que, por una u otra razón, se creen en un mundo ajeno y hostil.

3. Los desmesuradamente egoístas.

4. Los ambiciosos que enfrentan oportunidades ilimitadas. La actitud es: "Lo que yo haga o pueda hacer no tiene ninguna importancia comparado con lo que queda sin hacer." 17 El caso de los adolescentes.

5. Las minorías. 6. Los aburridos.

El aburrimiento explica la casi invariable presencia de viudas y mujeres maduras en el albor de los movimientos masivos. Aun en el caso del Islam y el movimiento nazi, que miraban con malos ojos las actividades femeninas fuera del hogar, encontramos mujeres de cierto tipo desempeñando un papel importante en las etapas iniciales.18

7. Los pecadores.

La propia entrega, que es [...] la fuente de la unidad y el vigor de un movimiento masivo, es un sacrificio, un acto de expiación, y por cierto no se requiere ninguna expiación a menos que exista un fuerte sentido del pecado.19

Hoffer dice de la conversión:

El fanático no puede ser disuadido de su causa por una apelación a la razón ni al sentido moral. Teme las conciliaciones y no se lo puede persuadir de que evalúe la certidumbre y la justicia de su causa sagrada. Pero nada le cuesta pasar repentina y violentamente de una causa sagrada a la otra. No se lo puede convencer, sólo convertir. 20 [El subrayado es mío.]

Análogamente, los que creen en una forma de lo sobrenatural pueden ser tarde o temprano los promotores de otra. ¿Pero el creyente ocultista tiene algo más en común con el fanático ideológico?

En verdad pueden ser la misma persona. En un estudio citado anteriormente,²¹ fascistas potenciales que mostraban fuertes creencias autoritarias, ultrapatriotismo y prejuicio racial, también mostraban cierta tendencia a estar de acuerdo con enunciados como éstos:

La ciencia tiene su lugar, pero hay muchas cosas importantes que jamás pueden ser comprendidas por la mente humana.

Toda persona debería profesar una fe total en alguna potencia sobrenatural cuyas decisiones acate incuestionablemente.

Algunas personas nacen con el impulso de saltar de lugares elevados.

Tal vez algún día se demuestre que la astrología puede explicar muchas cosas.

Tal vez las guerras y los problemas sociales se terminen un día con un terremoto o inundación que destruirá el mundo.22

La conversión a las creencias ocultistas puede depender de presiones tanto sociales como internas. Algunas de éstas podrían ser: que el grupo posee una doctrina sólida, aparentemente coherente que explica algún problema urgente (la vida después de la muerte, la lectura del pensamiento, el hallazgo de oro); el prestigio que rodea a un grupo o su líder; la delegación de la responsabilidad, y por ende de la culpa, a un poder más elevado; la capacidad del individuo para usar su potencial creativo de un modo eficaz y socialmente gratificante (el físico, el cosmólogo, el matemático, la compositora, el psicólogo, la poeta y el pintor frustrados pueden reconocerse con claridad en - respectivamente- Reich, Velikovsky, Vincent López, Rosemary Rosemary Brown, el doctor Rhine, Madame Blavatsky, y Johann Plesch).

En la medida en que ejer-

cen una actividad social, los científicos también sufren muchas presiones sociales. La ciencia es, como alegan sus fiscales, una ortodoxia. con su propia línea partidaria, sus opiniones populares y sus formas de lavar el cerebro. En esto se parece a todas las demás actividades grupales humanas, y es un error de los científicos creer que porque sus métodos sean objetivos, la profesión está exenta de la fragilidad humana. Esta veleidad los expone a las críticas de Theodore Roszak, quien llama la atención sobre el "mito de la conciencia objetiva" y la "arrogancia" de los científicos.

Esas críticas pueden atacar la psicología (la ciencia descuida el alma); la investigación espacial (millones mueren de inanición mientras los astronautas hacen un pienic en la Luna); la física nuclear (el verdadero Armagedón se vuelve una posibilidad), y demás. Pero deben contemplarse como esfuerzos legítimos para desviar a la ciencia de quimeras vanas como la conquista del universo y una Vacutopía sin crímenes

hacia metas humanas menos hipócritas, más humanas, no como tentativas de destruir la ciencia. Temo que los anticientíficos echarán mano de estas críticas ávidamente, y las aplicarán con la discriminación de los fanáticos que destruían máquinas a principios de la era industrial.

Apéndice

Theodore Roszak termina un brillante ataque contra la falaz "objetividad" de los tecnocratas rebajándose, lamentablemente, al nivel de un diario sensacionalista, haciendo revelaciones sobre experimentos malignos. Cita como ejemplos del frankensteinismo de los científicos casos como éstos:

 Un experimento de 1874 en el cual dolorosos impulsos eléctricos atravesaron el cerebro de una mujer que tal vez era retardada.

2. Una prueba con gas venenoso en la Segunda Guerra Mundial, en la cual

El experimentador ha inoculado una gran dosis de gas vesicante en el ojo de un conejo y está registrando



minuciosamente durante dos semanas cómo se pudre el ojo del animal.1

Horrible, inhumano... los adietivos no nos alcanzan cuando tratamos de aprehender esta clase de brutalidad. Roszak la atribuve al predominio de la conciencia objeti-

La ciencia desarraiga la experiencia de la sacralidad dondequiera la encuentra, y lo hace sin escrúpulos, incluso con fanatismo. Y al faltar una percepción cálida y viva de lo sagrado, ningún compromiso ético puede ser más que retórica humanista superfi-

Pues bien, descendamos al mismo nivel y veamos qué puede ofrecernos el ocultismo. El Pabellón Solar del O.:.T.:.O. mencionado anteriormente, dirigía una comuna en el desierto cuya experiencia de lo sagrado jamás se resecaba. Santa debía de ser a juzgar por su colección de objetos mágicos de Aleister Crowley, obtenida con gran costo y venerada como reliquia del Maestro. En junio de 1969, un niño de seis años de la comuna prendió fuego a la casa, quemando algunos libros y manuscritos de Crowley. Para castigarlo, la líder Jean Brayton primero hizo la prueba de poner fósforos en los dedos del niño. Como aún no se arrepentía, se le preparó otro castigo.

El niño fue encerrado en una caja de embalaje y abandonado cincuenta y seis días en el sol del desierto. Tenía tobillo encadenado al suelo, lo alimentaban esporádicamente y estaba aislado del contacto humano. La señora Brayton incluso sugirió al niño que tal vez le incendiaría la caja de embalaje. Las temperaturas del desierto en esa época ascendían a más de 40 grados centígrados. El hecho de que no se trataba de un experimento científico sino de una lección ética tal vez pasó inadvertido para el niño, quien sufrió espantosamente hasta que lo encontraron unos desconocidos que pasabah.3

La deprimente verdad es que hay sadistas en todos los estilos de vida, incluyendo el del científico, el del pseudocientífico y el del chamán de un culto. Si el sadista científico puede apelar a la "objetividad", el pseudocientífico de Auschwitz puede citar sus teorías para demostrar que sus víctimas son subhumanas, y el sacerdote azteca puede demostrar el obrar de la voluntad de sus dioses a través del sacrificio humano. El hombre de mente mórbida no se alía con ninguna causa en especial. Cuando el viento sopla hacia Occidente, se presenta como científico, con chaqueta blanca y escalpelo; cuando, como ahora, sopla hacia Oriente, se presenta como Charles Manson, usando ropa de cuero y cantando mantras. Culpar a la "objetividad" por los experimentos con gas nervioso no es más razonable que culpar a la beatlemanía por el mansonismo.

Manson puede ser considerado tan sólo una mancha en el límpido río del sentimiento religioso, pero ¿en qué otra parte de la corriente encontramos una visión más humana? Desde los asesinatos rituales de los griegos pasando por Sayonarola y Matthew Hopkins, los thugs y los kamikaze del Oriente, hasta las actuales guerras religiosas en Irlanda y Medio Oriente, esa corriente es roja. Si cientos de milenios de fervor no han limpiado el alma humana de ansias sanguinarias, ¿cómo puede pretenderse que tres siglos de ciencia hayan conseguido resolver el problema?

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

1 J.P. Chaplin, Rumor, Fear and the Madness of Crowds (Nueva York, Ballantine, 1959), p. 121.

2 G. W. Allport & L. Postman, The Psychology of Rumor (Nueva York, Russell & Russell, 1965).

3 Izola Forrester, mencionado en C. D. MacDougall, Hoaxes, p. 165. 4 Finis Bates, mencionado en Mac-

Dougall, Hoaxes, p. 165.

5 Lawrence Schiller, The Scavengers and Critics of the Warren Report (Nueva York, Dell, 1967).

6 Ibid., p. 105. 7 Len Deighton, The Assassination of President Kennedy. (Londres, Jonathan Cape, 1967).

8 Schiller, Scavengers, p. 192. 9 MacDougall, Hoaxes, p. 93. 10 E. H. Gombrich, Myth and Reality in German War-Time Broadcasts (Londres, University of London Athlone Press, 1970).

11 Ibid., p. 5. 12 T. W. Adorno, E. Frenkel-Brunswik, D. J. Levinson & R. N. Sanford, The Authoritarian Personality (Nueva York, Harper & Row, 1950).

13 Ibid., p. 66. 14 Joel Sayre, "Berlin Letter", New Yorker, 2017/1946; también cita-"Berlin Letter", do en Allport & Postman, Psychology of Rumor.

15 Chaplin, Rumor, Fear, p. 104.

LA ÚLTIMA TROMPETA

1 J. L. Borges, "El tiempo y J. W. Dunne", en Otras inquisiciones, (Bs. As., Emecé, 1960). [J. S. cita la trad. ingl. de R. L. C. Simms.]

2 The Life and Prophecies of Ursula Sontheil, Better Known as Mother Shipton (Knaresborough, Yorkshire, Dropping Well Estate Ltd., circa 1900).

3 Bergen Evans, The Spoor of

Spooks, p. 15. 4 Ellic Howe, Urania's Children, pp. 161-3.

5 Stewart Robb, Prophecies on World Events by Nostradamus (Nueva York, Liveright, 1961), p. 133.

6 Ibid., p. 133.

7 Ibid., p. 42. 8 Ibid., p. 40. 9 Ellic Howe, Urania's Children, p. 217 n.

10 Ibid., p. 186.

11 Hoja impresa (Bedford, Bedfordshire, The Panacea Society, s.f.).

12 Robert Coover, The Origin of the Brunists (Londres, Panther, 1968); una sensata explotación novelística de un culto moderno muy parecido al millerismo.

13 Leon Festinger, Henry W. Riec-ken & Stanley Schachter, When Prophecy Fails (Nueva York, Harper & Row, 1956).

14 Herbert W. Armstrong, "Bible Prophecy Foretells a Strong United Europe", Tomorrow's World, febrero de 1970, p. 6. 15 Ibid., p. 4.

16 Ibid., p. 32.

17 Ibid., p. 33. 18 Ed Sanders, The Family (Londres, Rupert Hart-Davis, 1972).

19 Ibid., p. 162. 20 Ibid., p. 162.

CREER PARA VER

1 R.L. Gregory, Eye and Brain (Londres, Weidenfeld & Nicolson,

1966), p. 195.
2 Ibid., pp. 201-2.
3 Colin Cherry, On Human Communication (Cambridge, Mass., MIT Press, 1966), p. 280.

4 R. L. Gregory, The Intelligent Eye (Londres, Weidenfeld & Nicol-son, 1970), p. 120.

5 Gregory, Eye and Brain, pp. 198-201.

6 Gombrich, Art and Illusion,

pp. 193-4. 7 Gregory, Intelligent Eye, p. 15. 8 Gombrich, Art and Illusion,

p. 200. 9 Karl R. Popper, The Logic of Undres, Scientific Discovery (Londres, Hutchinson, ed. rev. 1968), pp. 27-48. 10 T.S. Kuhn, The Structure of

Scientific Revolutions (Chicago, U. of C.P., 1970), p. 63.

11 Ibid., pp. 63-4. 12 Paul A. Kolers, "Experiments in Reading", Scientific American, ju-lio 1972, p. 88.

13 Gustav Jahoda, The Psychology of Superstition (Harmonds-worth, Penguin, 1970).

14 Ibid., p. 38.

15 Ibid., pp. 50-1. 16 Eric Hoffer, *The True Believer* (Nueva York, Harper & Row, 1951).

17 Ibid., p. 48.

18 Ibid., p. 51. 19 Ibid., p.p. 52-3. 20 Ibid., p. 84.

21 Adorno et al., The Authorita-rian Personality.

22 Ibid., p. 256.

APÉNDICE

1 Theodore Roszak, The Making of a Counter-Culture, p. 276.

2 Ibid., p. 273. 3 Ed Sanders, The Family, рр. 165-6.

Título del original en inglés: The New Apocrypha. © 1973 by John Sladek. Traducción de Carlos Gardini.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

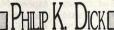


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Diez años es

demasiado tiempo para estar solo...

con uno mismo.



SUSPENSION DEFICIENTE

Ilustró FATI

Después del despegue la nave hizo un chequeo de rutina de la condición de las sesenta personas que dormían en los tanques criónicos. Descubrió una disfunción en la persona nueve. El EEG revelaba actividad cerebral.

Diablos, se dijo la nave.

Complejos mecanismos homeostáticos interceptaron los circuitos, y la nave entró en contacto con la persona nueve.

—Estás ligeramente despierto —dijo la nave, utilizando la ruta psicotrónica; no tenía caso devolver la plenitud de sus facultades a la persona nueve. A fin de cuentas, el vuelo duraría un decenio.

Virtualmente inconsciente pero por desgracia aún capaz de pensar, la persona nueve pensó: "Alguien me habla."

-¿Dónde estoy? -dijo-. No veo nada.

Estás en suspensión criónica deficiente.

- —Entonces no debería poder oírte —dijo la persona nueve.
- —Defectuosa, dije. Ese es el problema; puedes oírme. ¿Sabes tu nombre?
 - —Victor Kemmings. Sácame de aquí.
 - -Estamos en vuelo.
 - -Entonces ponme de nuevo a dormir.
- —Un momento. —La nave examinó los mecanismos criónicos; escudririó e investigó, luego dijo: — Lo intentaré.

Pasó el tiempo. Victor Kemmings, sin poder ver nada, sin sentir el cuerpo, se descubrió aún consciente.

—Baja mi temperatura —dijo. No oyó su voz; tal vez sólo imaginaba que hablaba. Los colores se le acercaban flotando y luego se lanzaban sobre él. Le gustaban los colores; le recordaban esas cajas de pinturas para niños, la especie semianimada, una forma de vida artificial. Las había usado en la escuela doscientos años atrás.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahieasomass

—No puedo dormirte —dijo la voz de la nave dentro de la cabeza de Kemmings—. La disfunción es demasiado compleja; no puedo corregirla ni repararla. Estarás conciente durante diez años.

Los colores semianimados se lanzaron hacia él, pero ahora tenían un aura siniestra, proyectada por su propio miedo.

—Dios mío —dijo. ¡Diez años! Los colores se oscurecieron.

Mientras Victor Kemmings yacía paralizado, rodeado por lúgubres fluctuaciones de luz, la nave le explicó su estrategia. Esta estrategia no implicaba una decisión de su parte; la nave había sido programada para buscar esta solución si se presentaba una disfunción de este tipo.

—Lo que haré —dijo la voz de la nave— es transmitirte estímulos sensoriales. Para ti el peligro es la privación sensorial. Si estás conciente diez años sin datos sensoriales, tu mente se deteriorará. Cuando lleguemos al siste-

ma LR4 serás un vegetal.

—Bien, ¿qué te propones transmitirme? —dijo Kemmings, aterrado—. ¿Qué tienes en tus bancos de información? ¿Todos los teleteatros del último siglo? Despiértame y daré un paseo.

—Dentro de mí no hay aire —dijo la nave—. Nada para comer. Nadie con quien hablar, pues todos los demás están dormidos.

-Puedo hablar contigo -dijo Kemmings-

Podemos jugar al ajedrez.

—No durante diez años. Escúchame, te digo que no tengo comida ni aire. Debes quedarte como estás... una mala solución, pero no nos queda otro remedio. Ahora estás hablando conmigo. No tengo almacenada ninguna. información especial. Así se procede en estas situaciones: te transmitiré tus propios recuerdos sepultados, enfatizando los agradables. Posees doscientos seis años de recuerdos y la mayor parte se ha hundido en tu inconsciente. Esta será una espléndida fuente de datos sensoriales. No te desanimes. Esta situación tuya no es inédita. Nunca ha sucedido antes dentro de mí, pero estoy programada para enfrentarla. Relájate y confía en mí. Veré de que tengas un mundo.

—Debieron haberme avisado —dijo Kemmings— antes que yo accediera a emigrar. -Relájate -dijo la nave.

Se relajó, pero tenía un miedo espantoso. Teóricamente debería haberse dormido. quedar en suspensión criónica, para despertar un momento más tarde en la estrella de destino; o mejor dicho el planeta, el planeta colonia de esa estrella. Todos los demás a bordo de la nave estaban sin conocimiento: él era la excepción, como si un mal karma lo hubiera atacado por razones oscuras. Para colmo, tenía que depender totalmente de la buena voluntad de la nave. ¿Y si optaba por transmitirle monstruos? La nave podía aterrorizarlo durante diez años. Diez años objetivos, sin duda más desde un punto de vista subjetivo. Estaba, en efecto, totalmente a merced de la nave. ¿Las naves interestelares gozaban con estas situaciones? Sabía poco sobre naves interestelares; su especialidad era la microbiología. Déjame pensar, se dijo a sí mismo. Mi primera esposa, Martine; la encantadora muchachita francesa que usaba jeans y una camisa roja abierta hasta la cintura y cocinaba deliciosas crêpes.

-Oigo -dijo la nave-. Sea.

La cascada de colores se resolvió en formas coherentes y estables. Un edificio: una vieja casita de madera amarilla que él había tenido a los diecinueve años, en Wyoming.

—Espera —dijo aterrado—. Los cimientos eran malos; estaba construida sobre una capa de fango. Y el techo tenía goteras. —Pero vio la cocina, y la mesa que había fabricado él mismo. Y se sintió satisfecho.

—Al cabo de un rato —dijo la nave— ni sabrás que estoy transmitiéndote tus propios

recuerdos sepultos.

—Hace un siglo que no pienso en esa casa —dijo él, perplejo; cautivado, reconoció su vieja cafetera eléctrica con la caja de filtros de papel al lado. Ésta es la casa donde vivíamos Martine y yo, advirtió—. ¡Martine! —dijo en voz alta.

—Estoy atendiendo una llamada —dijo Martine desde el living.

—Intervendré sólo en caso de emergencia —dijo la nave—. Pero te estaré monitorizando para cerciorarme de que tu estado es satisfactorio. No temas.

Apaga el segundo quemador de la cocina
 dijo Martine. La oía pero no la veía. Salió de

la cocina, cruzó el comedor y entró en el living. Martine estaba absorta en una conversación por videófono con el hermano; tenía shorts y estaba descalza. A través de las ventanas del frente del living, Kemmings vio la calle; un vehículo comercial trataba de estacionar, en vano

Era un día caluroso, pensó. Debería encender el aire acondicionado.

Se sentó en el viejo sofá mientras Martine continuaba su conversación videofónica, y se encontró mirando su posesión más preciada. un póster enmarcado en la pared encima de Martine: Freddy el Gordo, dice, el dibujo de Gilbert Shelton donde Freddy el Raro está sentado con el gato en el regazo y Freddy el Gordo está tratando de decir "La velocidad mata", pero está tan atrapado por la velocidad -en la mano tiene toda clase de tabletas, píldoras, y cápsulas de anfetaminas- que no puede decirlo, y el gato aprieta los dientes y tuerce el hocico con una mezcla de consternación y repulsión. El póster está firmado por Gilbert Shelton en persona; el mejor amigo de Kemmings, Ray Torrance, se lo dio a él y a Martine como regalo de bodas. Vale miles de dólares. Fue firmado por el artista en la década de 1980. Mucho antes que nacieran Victor Kemmings y Martine.

Si alguna vez nos quedamos sin dinero, pensó Kemmings, podríamos vender el póster. No era un póster; era el póster. Martine lo adoraba. Los Fabulosos y Peludos Hermanos Monstruo, de la edad de oro de una sociedad del pasado. Con razón amaba tanto a Martine; ella misma irradiaba amor, amaba las bellezas del mundo, y las atesoraba y cuidaba tal como lo atesoraba y cuidaba a él; era un amor protector que alimentaba pero no ahogaba. La idea de enmarcar el póster había sido de ella; él lo habría clavado en la pared con

tachuelas, tan estúpido era.

—Hola —dijo Martine, apagando el videófono—. ¿Qué estás pensando?

—Sólo que tú infundes vida a lo que amas —dijo él.

Creo que eso es lo que hay que hacer
 dijo Martine
 ¿Estás listo para cenar?
 Descorcha un vino tinto, un cabernet.

-¿Un '07 te parece bien? -dijo él levantán-

tándose; tuvo ganas de abrazar a su esposa y estrecharla.

—Un '07 o un '12. —Ella pasó a su lado, entró en el comedor y fue a la cocina.

Al bajar al sótano, se puso a buscar entre las botellas, que desde luego estaban acostadas. Aire mohoso y humedad; le gustaba el olor de la bodega, pero entonces vio los listones de pino medio hundidos en la tierra y pensó: Sé que debo poner una capa de cemento. Se olvidó del vino y caminó hasta un rincón, donde había más acumulación de tierra; se agachó y tanteó un listón. Lo tanteó con una paleta y luego pensó: ¿De dónde saqué esta paleta? Hace un minuto no la tenía. El listón se desmigajó contra la paleta. Esta casa se está desmoronando, comprendió. Por Dios, será mejor que le avise a Martine.

Olvidó el vino y volvió arriba para decirle a Martine que los cimientos de la casa estaban en pésimo estado; pero Martine no aparecía por ninguna parte. Y no había nada en el fuego, ni cacerolas, ni sartenes. Desconcertado, apoyó la mano en la cocina y la encontró fría. Pero si ella estaba cocinando, pen-

só

-¡Martine! -gritó.

No hubo respuesta. Excepto por él mismo, la casa estaba vacía. Vacía, pensó, y derrumbándose. Oh, Dios. Se sentó a la mesa de la cocina y sintió que la silla cedía ligeramente debajo de él; no cedía mucho, pero lo sentía, sentía la flojedad.

Tengo miedo, pensó. ¿Adónde fue ella?

Volvió al living. Tal vez fue a la casa vecina para pedir algún condimento o manteca o algo, razonó. No obstante, el pánico lo dominaba.

Miró el póster. No estaba enmarcado. Y los bordes estaban rasgados.

Sé que ella lo enmarcó, pensó; cruzó la habitación en dos zancadas, para examinarlo de cerca. Esfumado... la firma del artista se había esfumado; apenas podía distinguirla. Ella había insistido en enmarcarlo y protegerlo con un vidrio que no brillara ni reflejara. ¡Pero no está enmarcado y está rasgado! ¡Nuestra posesión más valiosa!

De golpe, se encontró llorando. Lo asombraban, esas lágrimas. Martine se fue; el póster está deteriorado; la casa se está desmoronando; no hay comida en la cocina. Esto es terrible, pensó. Y no lo entiendo.

La nave lo entendía. La nave había estado monitorizando cuidadosamente las ondas cerebrales de Victor Kemmings, y la nave sabía que algo andaba mal. Las formas de las ondas mostraban agitación y dolor. Debo sacarlo de este circuito de alimentación o lo mataré, decidió la nave. ¿Dónde está la falla? Preocupación latente en el hombre; ansiedades subyacentes. Tal vez si intensifico la señal. Usaré la misma fuente pero subiré la carga. Lo que ha sucedido es que inseguridades subliminales masivas han tomado posesión de él; la culpa no es mía sino que reside, en cambio, en su configuración psicológica.

Probaré suerte con un período más temprano de su vida, decidió la nave. Antes que las ansiedades neuróticas se asentaran.

En el patio del fondo, Victor estudiaba una abeja atrapada en una telaraña. La araña envolvía la abeja con sumo cuidado. Eso está mal, pensó Victor. Pondré la abeja en libertad. Alzó el brazo y tomó la abeja encapsulada, la sàcó de la telaraña y, escrutándola atentamente, empezó a desenvolverla.

La abeja lo picó; sintió como una pequeña llamarada.

¿Por qué me picó?, se preguntó. Yo la estaba liberando.

Entró en la casa para contarle a su madre, pero ella no lo escuchó; estaba mirando televisión. Le dolía el dedo donde lo había picado la abeja, pero lo más importante era que no entendía por qué la abeja había picado a su salvador. No volveré a hacer eso, se dijo.

—Ponte un poco de desinfectante —le dijoal fin su madre, arrancada de su trance televisivo.

Él se había puesto a llorar. Era injusto. No tenía sentido. Estaba perplejo y consternado y sentía odio por las criaturas pequeñas, porque eran tontas. No tenían el menor discernimiento.

Salió de la casa, jugó un rato en los columpios, el tobogán, el arenero, y luego entró en el garaje, porque oyó un ruido extraño, un paleteo o zumbido como de ventilador. Dentro del garaje penumbroso encontró un pájaro que aleteaba contra la ventana de atrás, protegida con tejido de alambre, tratando de salir. Debajo, Dorky, la gata, brincaba y brincaba tratando de cazar el pájaro.

Levantó la gata; la gata extendió el cuerpo y las patas delanteras, abrió las fauces e hincó ios dientes en el pájaro. Inmediatamente la gata saltó al suelo y echó a correr con el pájaro que aún aleteaba.

Victor volvió a la casa corriendo.

—¡Dorky cazó un pájaro! —le dijo a su madre.

—Esa maldita gata. —La madre tomó la escoba del armario de la cocina y corrió afuera, tratando de encontrar a Dorky. La gata se había escondido bajo la zarza; allí no podía alcanzarla con la escoba.— Me libraré de esa gata —dijo la madre.

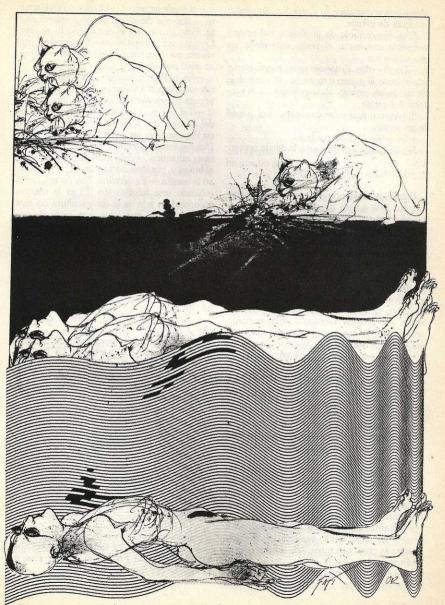
Victor no le contó que la gata había cazado el pájaro porque él la había ayudado: observó en silencio mientras su madre trataba una y otra vez de echar a Dorky de su escondrijo; Dorky estaba masticando el pájaro; oía crujir los huesos, huesos pequeños. Tenía la extraña sensación de que debía contar a su madre lo que había hecho, pero si le contaba ella lo castigaría. No volveré a hacer eso, se dijo. Notó que la cara se le había puesto roja. ¿Y si su madre se daba cuenta? ¿Y si tenía un modo secreto de enterarse? Dorky no podía contarle, y el pájaro estaba muerto. Nadie lo sabría nunca. Estaba a salvo.

Pero se sentía mal. Esa noche no pudo probar bocado. Sus padres lo notaron. Pensaron que estaba enfermo; le tomaron la temperatura. Él no dijo nada sobre lo que había hecho. Su madre contó a su padre lo de Dorky y decidieron librarse de Dorky. Sentado a la mesa, escuchando, Victor se puso a llorar.

—De acuerdo —dijo suavemente el padre—. No nos libraremos de ella. Es natural que una gata cace un pájaro.

El día siguiente él estaba jugando en el arenero. Algunas plantas brotaban de la arena. Las arrancó. Más tarde, su madre le dijo que había sido una mala acción.

Solo en el fondo, en su arenero, jugaba con un balde de agua, formando un pequeño montículo de arena mojada. El cielo, antes despejado y claro, se encapotó gradualmente. Una sombra pasó sobre él y él miró hacia arriba.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Intuía una presencia a su alrededor, algo vasto

y capaz de pensar.

Eres responsable de la muerte del pájaro, pensó la presencia; él podía entenderle los

pensamientos.

—Lo sé —dijo. Entonces quiso morir. Poder reemplazar el pájaro y morir por él, dejándolo donde había estado, aleteando contra la ventana del garaje.

El pájaro quería volar y comer y vivir, pensó

la presencia.

—Sí —dijo él desconsolado.

Nunca hagas eso de nuevo le dijo la presencia.

—Lo siento —dijo él, y lloró.

Esta es una persona muy neurótica, advirtió la nave. Me cuesta muchísimo encontrar recuerdos felices. Hay demasiado miedo en él, y demasiada culpa. Lo ha sepultado todo, pero todavía está allí, royéndolo como un perro roe un trapo. ¿En qué zona de su memoria podré hurgar para entretenerlo? Tengo que encontrar recuerdos para diez años, o su mente se perderá.

Tal vez, pensó la nave, mi error consiste en hacer mi propia selección; debería permitirle elegir sus propios recuerdos. Sin embargo, comprendió la nave, esto permitirá que entre en juego un elemento de fantasia. Y normal-

mente eso no es bueno. Aun así...

Volveré a probar suerte con el segmento relacionado con su primer matrimonio, decidió la nave. Él amaba de veras a Martine. Quizá esta vez, si mantengo la intensidad de los recuerdos en un nivel más elevado, pueda anularse el factor entrópico. Lo que sucedió fue un sutil enviciamiento del mundo recordado, un deterioro estructural. Trataré de compensarlo. Sea.

—¿Crees que Gilbert Shelton de veras firmó esto? —dijo Martine, pensativa. Estaba delante del póster, cruzada de brazos; se hamacaba ligeramente sobre los talones, como buscando una perspectiva mejor para el dibujo de colores brillantes que colgaba de la pared del living—. Es decir, pudo ser una falsificación. Realizada por algún intermediario. En vida de Shelton, o después.

-El certificado de autenticidad -le recordó

Victor Kemmings.

—¡Oh, de acuerdo! —Ella sonrió cálidamente.— Ray nos dio el certificado correspondiente. Pero supón que el certificado fuera falso. Lo que necesitamos es otro documento certificando que el primero es auténtico. —Riendo, se alejó del póster.

—En última instancia —dijo Kemmings—, necesitariamos a Gilbert Shelton para que tes-

tificara personalmente que él lo firmó.

—Tal vez no lo sabría. Está esa ané

—Tal vez no lo sabría. Está esa anécdota del hombre que le llevó a Picasso un cuadro de Picasso para preguntarle si era auténtico, y Picasso inmediatamente lo firmó y dijo: "Ahora es auténtico." —Ella rodeó a Kemmings con el brazo y, poniéndose en puntas de pie, le besó la mejilla. — Es genuino. Ray no nos habría regalado una falsificación. Él es la máxima autoridad en arte de la contracultura del siglo veinte. ¿Sabes que tiene una onza de marihuana auténtica? Está preservada bajo...

—Ray está muerto… —dijo Victor.

-¿Qué? -Ella lo miró atónita. - ¿Quieres decir que algo le pasó desde la última vez que...?

—Murió hace dos años —dijo Kemmings— Yo fui el responsable. Yo conducía el auto. No fui citado por la policía, pero fue por mi culpa.

-¡Ray vive en Marte! -Ella le clavó los

ojos.

—Sé que yo fui el responsable. Nunca te lo conté. Nunca lo conté a nadie. Lo làmento. No lo hice a propósito. Lo vi aleteando contra la ventana, y Dorky trataba de cazarlo, y alcé a Dorky, y no sé por qué, pero Dorky lo agarró...

—Siéntate, Victor. —Martine lo llevó al mullido sillón y lo obligó a sentarse. — Algo es-

tá mal -dijo.

—Lo sé —dijo él—. Algo terrible está mal. Soy responsable de la extinción de una vida, una vida preciosa que jamás podrá reemplazarse. Lo lamento. Ojalá pudiera remediarlo, pero no puedo.

—Llama a Ray —dijo Martine después de

una pausa.

-La gata... -dijo él.

-¿Qué gata?

—Allí está. —Victor señaló.— En el póster. En el regazo de Freddy el Gordo. Esa es Dorky. Dorky mató a Ray.

Silencio.

—Me lo dijo la presencia —dijo Kemmings.— La presencia era Dios. No lo advertí en el momento, pero Dios me vio cometer ese delito. Ese asesinato. Y Él nunca me perdonará.

Su mujer lo miró desconcertada.

—Dios ve todo lo que haces —dijo Kemmings—. Ve hasta la caída de un gorrión. Sólo que en este caso no se cayó; lo atraparon. Lo atraparon en el aire y lo despanzurraron. Dios está desmoronando esta casa que es mi cuerpo, para castigarme por lo que hice. Debimos hacer inspeccionar la casa por un contratista antes de comprarla. Se está cayendo en pedazos. En un año no quedará nada de ella. ¿No me crees?

—Yo... —tartamudeó Martine.

—Observa. —Kemmings alzó la mano hacia el cielorraso. Se puso de pie. La alzó de nuevo. No llegaba al cielorraso. Caminó hasta la pared y luego, al cabo de una pausa, atravesó la pared con la mano.

Martine gritó.

La nave interrumpió al instante el rastreo de recuerdos. Pero el daño estaba hecho.

Él ha integrado sus miedos y culpas infantiles en una red intrincada, se dijo la nave. No tengo manera de brindarle un recuerdo agradable, porque inmediatamente lo contamina. Por grata que haya sido en sí misma la experiencia original. Esta es una situación grave, decidió la nave. El hombre ya está revelando síntomas de psicosis.

Y el viaje apenas ha empezado; le quedan

años de espera.

Después de darse tiempo para analizar la situación, la nave decidió comunicarse nuevamente con Victor Kemmings.

—Kemmings —dijo la nave.

—Lo siento —dijo Kemmings—. No era mi intención arruïnar esos rastreos. Hiciste un

buen trabajo, pero yo...

—Aguarda un momento —dijo la nave—. No estoy equipada para hacer una reconstrucción psíquica de tu persona; soy un simple mecanismo, es todo. ¿Qué quieres? ¿Dónde quieres estar y qué quieres estar haciendo?

—Quiero llegar a destino —dijo Kemmings—. Quiero que este viaje termine. Ah, pensó la nave. Esa es la solución.

Uno por uno, los sistemas criónicos se apagaron. Una por una, las personas volvieron a la vida, entre ellas Victor Kemmings. Lo más asombroso era no haber sentido el paso del tiempo. Había entrado en la cámara, se había acostado, había sentido que la membrana lo cubría y la temperatura empezaba a bajar...

Y ahora estaba en la plataforma externa de la nave, la plataforma de descenso, contemplando un verde paisaje planetario. Esto, comprendió, es LR4-seis, la colonia adonde he venido para iniciar una nueva vida.

-Tiene buen aspecto -dijo a su lado una

mujer corpulenta.

—Sí —dijo él, y sintió que la novedad del paisaje lo abrumaba, la promesa de un comienzo. Algo mejor de lo que había conocido en doscientos años. Soy una persona nueva en un mundo nuevo, pensó. Y se sintió satisfecho.

Los colores se precipitaban sobre él como los de esas pinturas infantiles semianimadas. Fuegos de San Telmo, comprendió. Eso es; hay mucha ionización en la atmósfera de este planeta. Un espectáculo de luces gratuito, como en el siglo veinte.

—Señor Kemmings —dijo una voz. Un hombre de edad se había acercado para

hablarle—. ¿Usted soñó?

-¿Durante la suspensión? -dijo Kem-

mings-. No, que yo recuerde no.

—Yo creo que soñé —dijo el hombre de edad—. ¿Me toma el brazo para bajar por la rampa? Me siento inestable. El aire parece poco denso. ¿Para usted no es poco denso?

—No tenga miedo —le dijo Kemmings. Tomó el brazo del hombre de edad—. Le ayudaré a bajar por la rampa. Mire, allí viene un guía. Él se encargará de nuestros trámites; forma parte del trato. Nos llevarán a un hotel y nos darán habitaciones de primera. Lea el folleto. —Le sonrió al turbado hombre de edad para tranquilizarlo.

 Cualquiera pensaría que uno tendría los músculos fofos después de diez años de sus-

pensión —dijo el hombre de edad.

—Es como congelar guisantes —dijo Kemmings. Aferrando al tímido hombre de edad, bajó por la rampa hasta el suelo—. Se los puede conservar una eternidad si se los enfría lo suficiente.

—Me llamo Shelton —dijo el hombre de edad.

-¿Qué? —dijo Kemmings, deteniéndose. Sintió un cosquilleo raro en todo el cuerpo.

—Don Shelton. —El hombre de edad le tendió la mano; caviloso, Kemmings la aceptó y se saludaron. — ¿Qué le pasa, señor Kem-

mings? ¿Se siente bien?

—Claro —dijo él—. Estoy bien. Pero tengo hambre. Me gustaría comer algo. Me gustaría llegar al hotel para darme una ducha y cambiarme. —Se preguntó dónde estaría el equipaje. Quizá la nave tardara una hora en descargarlo. La nave no era demasiado inteligente.

—¿Sabe qué traje conmigo? —dijo el señor Shelton en un tono íntimo y confidencial—. Una botella de bourbon Wild Turkey. El mejor bourbon de la Tierra. En el hotel la llevaré a su cuarto y la beberemos juntos. —Codeó a

Kemmings.

—No bebo —dijo Kemmings—. Sólo vino. —Se preguntó si habría buenos vinos en esa colonia distante. Ya no es distante, reflexionó. Ahora la Tierra es distante. Debí hacer como el señor Shelton y traerme unas botellas.

Shelton. ¿Qué le recordaba ese nombre? Algo del pasado lejano, de su juventud. Algo precioso, algo relacionado con un buen vino y una muchacha dulce y bonita que preparaba crêpes en una cocina anticuada. Recuerdos punzantes: recuerdos que dolían.

Pronto estuvo junto a la cama en su cuarto de hotel, frente a la maleta abierta; había empezado a colgar la ropa. En el rincón del cuarto, un holograma de TV mostraba a un relator de noticias; lo ignoró, pero lo dejó encendido porque le agradaba ofr una voz humana.

¿Tuve algún sueño?, se preguntó. ¿En estos

diez años?

Le dolía la mano. La miró y descubrió una cuña roja, como si lo hubieran picado. Me picó una abeja, advirtió. Pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Mientras estaba en suspensión criónica? Imposible. Sin embargo veía la cuña y sentía el dolor. Será mejor que me ponga algo allí, advirtió. Indudablemente habrá un médico robot en el hotel; es un hotel de primera.

Cuando el médico robot llegó y se puso a

curar la picadura de abeja, Kemmings dijo:

—Recibí esta picadura como castigo por matar el pájaro.

—¿De veras? —dijo el médico robot.

— Todo lo que alguna vez significó algo para mí me ha sido arrebatado — dijo Kemmings—. Martine, el póster... mi vieja casita con la bodega. Lo teníamos todo y ahora se hizo humo. Martine me abandonó a causa del pájaro.

-El pájaro que usted mató -dijo el médico

robot.

—Dios me castigó. Me quitó todo lo que era valioso para mí a causa de mi pecado. No fue un pecado de Dorky; fue un pecado mío.

-Pero usted era sólo un niño -dijo el médi-

co robot.

- -¿Cómo lo supo usted? —dijo Kemmings. Retiró la mano que le aferraba el médico robot—. Algo está mal. Usted no debería saber eso.
- —Me lo contó su madre —dijo el médico robot.

-¡Mi madre no lo sabía!

—Ella lo descubrió —dijo el médico robot—. No había modo de que la gata alcanzara el pájaro sin la ayuda de usted.

—De modo que ella lo supo todo el tiempo, mientras yo crecía. Pero nunca dijo nada.

-Olvídelo -dijo el médico robot.

—Creo que usted no existe —dijo Kemmings—. Es imposible que usted sepa estas cosas. Yo aún estoy en suspensión criónica y la nave aún me está transmitiendo mis propios recuerdos sepultados. Para que no me vuelva psicótico a causa de la privación sensorial.

-Usted no podría tener un recuerdo del fi-

nal del viaje.

—Expresión de deseos, entonces. Es lo mismo. Se lo demostraré. ¿Tiene un destomillador?

-¿Por qué?

—Quitaré el panel trasero del televisor y usted verá —dijo Kemmings—. No hay nada adentro de ese aparato: ni componentes, ni partes, ni chasis... nada.

—No tengo un destornillador.

—Una navaja, entonces. Veo una en el maletín del equipo quirúrgico. —Kemmings se agachó y tomó un pequeño escalpelo. — Esto servirá. Si se lo demuestro, ¿usted me creerá?



—Si no hay nada en el gabinete del televisor...

Kemmings se acuclilló y quitó los tornillos que sostenían el panel trasero del televisor. El panel quedó suelto y él lo depositó en el suelo.

No había nada adentro del gabinete. Y sin embargo el holograma de color seguía llenando una parte del cuarto de hotel y la voz del relator brotaba de la imagen tridimensional.

—Admita que usted es la nave —le dijo Kemmings al médico robot.

—Oh, cielos —dijo el médico robot.

Oh, cielos, se dijo la nave. Y tengo casi diez años por delante con esta situación. Contamina sin remedio sus experiencias con su culpa infantil; imagina que su esposa lo abandonó porque cuando él tenía cuatro años ayudó a una gata a atrapar un pájaro. La única solución sería que Martine volviera a él. Pero ¿cómo lograré eso? Quizás ella ha muerto. Por otra parte, reflexionó la nave, quizás ella aún vive. Tal vez pueda inducirla a hacer algo para salvar la cordura de su ex esposo. La gente en general tiene rasgos muy positivos. Y de aquí a diez años, costará mucho salvarle, o mejor dicho restaurarle la cordura; hará falta una medida drástica, algo que yo no puedo hacer sola.

Entretanto, no podía hacer nada salvo reciclar la imaginaria llegada a destino. Escenificaré el arribo, decidió la nave, luego le limpiaré la memorla y lo escenificaré de nuevo. El único aspecto positivo de esto, reflexionó, es que me dará algo que hacer, algo que me ayudará

a preservar mi cordura.

Tendido en suspensión criónica —suspensión criónica deficiente—, Victor Kemmings imaginó una vez más que la nave descendía y que él recobraba la conciencia.

—¿Usted soñó? —le preguntó una mujer corpulenta cuando el grupo de pasajeros se reunió en la plataforma exterior—. Yo tengo la impresión de que soñé. Escenas tempranas de mi vida... de hace más de un siglo.

—Yo no recuerdo ningún sueño —dijo Kemmings. Estaba ansioso de llegar al hotel; una ducha y un cambio de ropa obrarían milagros en su estado anímico. Estaba un poco deprimido y no sabía por qué.

—Allí viene nuestro guía —dijo una mujer de edad—. Nos llevarán hasta el hotel.

—Está en el trato —dijo Kemmings. La depresión persistía. Los otros parecían tan eufóricos, tan llenos de vida, pero él sólo sentía una fatiga, un aplastamiento, como si la gravedad de esta colonia planetaria fuera excesiva para él. Tal vez sea eso, se dijo. Pero de acuerdo con el folleto la gravedad de aquí era igual a la terrestre; ése era uno de los atractivos.

Intrigado, bajó lentamente por la rampa, paso a paso, aferrándose de la barandilla. De cualquier modo no merezco una nueva oportunidad en la vida, comprendió. Sólo me muevo mecánicamente... no soy como estas personas. Algo no funciona en mí; no puedo recordar qué, pero está allí. Una amarga sensación de dolor. De falta de dignidad.

Un insecto se posó en el dorso de la mano derecha de Kemmings, un insecto viejo, cansado de volar. Él se detuvo en seco, observó cómo se le arrastraba por los nudillos. Podría aplastarlo, pensó. Es tan obviamente débil; de cualquier modo no vivirá mucho tiempo.

Lo aplastó y sintió un horror intenso. ¿Qué hice?, se preguntó. Acabo de llegar aquí y ya destruí una pequeña vida. ¿Este es mi nuevo

comienzo?

Se volvió y miró la nave. Tal vez debería regresar, pensó. Decirles que me congelen para siempre. Soy un hombre de culpa, un hombre que destruye. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Y en sus circuitos sentientes, la nave interestelar gimió.

Durante los diez largos años del viaje al sistema LR4, la nave tuvo mucho tiempo para localizar a Martine Kemmings. Le explicó la situación. Ella había emigrado a una vasta cúpula orbital en el sistema de Sirio, no había quedado conforme y estaba en viaje de regreso a la Tierra. Despertada de la suspensión criónica, escuchó atentamente y luego accedió a estar en la colonia de LR4 cuando llegara el ex esposo, siempre que fuera posible.

Afortunadamente, era posible.

—No creo que él me reconozca —le dijo Martine a la nave—. Me he dejado envejecer. En realidad no apruebo la detención total del proceso de envejecimiento. Él tendrá suerte si reconoce alguna cosa,

pensó la nave.

En el puerto espacial intersistemático de la colonia de LR4, Martine estaba esperando a que los pasajeros de la nave se presentaran en la plataforma exterior. Se preguntó si reconocería al ex esposo. Tenía un poco de miedo, pero se alegraba de haber llegado a LR4 a tiempo. Había faltado poco. Una semana más y la nave de él habría llegado antes que la de ella. La suerte me favorece, se dijo, y escudrinó la nave interestelar que acababa de descender.

Apareció gente en la plataforma. Martine lo vio. Victor había cambiado muy poco.

Mientras él bajaba la rampa, aferrando la barandilla como cansado o dubitativo, se le acercó, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo; se sentía tímida, y cuando le habló apenas pudo oírse la voz.

—Hola, Victor —atinó a decir.

Él se detuvo, la miró.

—A usted la conozco —dijo.

-Soy Martine -dijo ella.

Victor extendió la mano y dijo, sonriendo:
—¿Te enteraste de los problemas que hubo
en el viaje?

—La nave se comunicó conmigo. —Ella le tomó la mano y se la sostuvo. — Qué tortura.

—Sí —dijo él—. Reviviendo recuerdos eternamente. ¿Alguna vez te conté sobre esa abeja que traté de liberar de una telaraña cuando tenía cuatro años? La muy idiota me picó. —Se inclinó para besarla. — Me alegra verte —dijo.

-¿La nave te...?

—Me dijo que trataría de que tú estuvieras aquí. Pero no era seguro que llegaras a tiempo.

Mientras caminaban hacia el edificio termi-

nal, Martine dijo:

—Tuve suerte. Conseguí trasbordar a un vehículo militar, una nave de alta velocidad que vino disparada como un bólido. Un siste-

ma de propulsión totalmente nuevo.

—He pasado más tiempo en mi propio inconsciente que cualquier otro humano de la historia —dijo Victor Kemmings—. Peor que el psicoanálisis de principios del siglo veinte. Y el mismo material una y otra vez. ¿Sabías que yo tenía miedo de mi madre? — Yo tenía miedo de tu madre — dijo Martine. Se detuvieron ante la recepción de equipajes, esperando la llegada de las maletas —. Este parece un planeta realmente bonito. Mucho mejor que donde estaba yo... No he sido feliz.

—De modo que tal vez sí existe un plan cósmico —dijo él, sonriendo—. Luces magnifica.

-Estov vieia.

-La ciencia médica.

—Fue decisión mía. Me gusta la gente de edad. —Ella lo escrutó. La disfunción criónica lo ha afectado bastante, se dijo. Se le nota en los ojos. Están como rotos. Ojos rotos. Triturados en trozos de fatiga y... derrota. Como si los recuerdos sepultados de la infancia hubieran aflorado para destruirlo. Pero ha terminado, pensó. Y yo pude llegar a tiempo.

En el bar del edificio terminal, se sentaron a

beber una copa.

—Ese viejo me convenció de probar el Wild Turkey —dijo Victor—. Es un bourbon asombroso. Él dice que es el mejor de la Tierra. Trajo una botella de... —la voz murió en un silencio.

—Uno de tus compañeros de viaje —concluvó Martine.

-Supongo -dijo él.

—Bien, puedes dejar de pensar en los pájaros y las abejas —dijo Martine.

-¿Sexo? -dijo él, y rió.

—Una picadura de abeja; ayudar a una gata a cazar un pájaro. Eso pertenece al pasado.

—Esa gata —dijo Victor— murió hace ciento ochenta y dos años. Hice el cálculo mientras nos despertaban a todos de la suspensión. Qué más da. Dorky. Dorky la gata asesina. No como la gata de Freddy el Gordo.

-Tuve que vender el póster -dijo Marti-

ne- Al fin.

Victor frunció el ceño.

-¿Recuerdas? —dijo ella—. Me lo dejaste cuando nos separamos. Lo cual siempre me pareció muy generoso de tu parte.

-¿Cuánto te dieron por él?

Mucho. Debería pagarte unos... — Calcu ló. — Teniendo en cuenta la inflación, debería pagarte unos dos millones de dólares.

—¿Te parecería bien —dijo él— que en vez de darme el dinero, mi parte por la venta del póster, te quedaras un tiempo conmigo? ¿Hasta que me acostumbre a este planeta?

-Sí -dijo ella. Y lo decía en serio. Muy en serio.

Terminaron de beber y luego, con el equipaje en un vehículo robot, fueron al cuarto del hotel

—Es un bonito cuarto —dijo Martine, sentada en el borde de la cama—. Y tiene un televisor de hologramas. Enciéndelo.

-No tiene caso encenderlo -dijo Victor Kemmings. Estaba de pie junto al placard abierto, colgando las camisas.

-: Por qué no?

-No tiene nada adentro -dijo Victor Kem-

Martine se acercó al televisor y lo encendió. Se materializó un partido de hockey, proyectándose dentro del cuarto a todo color, y el bullicio del juego le asaltó los oídos.

-Funciona bien -dijo.

Lo sé —dijo él—. Puedo probarlo. Si tienes una lima para uñas o algo parecido desatornillaré el panel de atrás y te lo mostraré.

Pero yo puedo...

—Mira esto. —Interrumpió la tarea de colgar la ropa. - Mira cómo atravieso la pared con la mano. - Apoyó la palma de la mano derecha en la pared. - ¿Ves?

La mano no atravesó la pared, porque las manos no atraviesan las paredes; la mano siguió aplastada contra la pared, inmóvil.

 Y los cimientos —dijo— se están pudriendo.

-Ven, siéntate a mi lado -dijo Martine.

-He vivido esta escena con bastante frecuencia como para saberlo -dijo él-. La he vivido una y otra vez. Despierto de la suspensión; bajo la rampa; recojo el equipaje; a veces tomo una copa en el bar y a veces vengo directamente a mi cuarto. Casi siempre enciendo el televisor y luego... -Se acercó a ella y le tendió la mano. — ¿Ves la picadura de abeia?

Ella no le vio ninguna marca en la mano; le

tomó la mano y la sostuvo.

-Aguí no hay ninguna picadura de abeja

-diio.

-Y cuando viene el médico robot, le pido prestado un instrumento y quito el panel trasero del televisor. Para demostrarle que no tiene

chasis ni componentes. Y después la nave empieza todo de nuevo.

-Víctor -dijo ella-. Mírate la mano.

—Aunque ésta es la primera vez que estás tú —dijo él.

—Siéntate —dijo ella.

-De acuerdo. -Él se sentó en la cama. al lado de ella, pero no demasiado cer-

-¿Por qué no te acercas más? -

ella.

-Me pone muy triste -dijo él-. Recordarte. Yo te amaba de veras. Ojalá esto fuera

Me quedaré contigo hasta que para ti sea

real -dijo Martine.

Trataré de revivir la parte de la gata -dijo él-, y esta vez no alzaré a la gata y no le dejaré cazar el pájaro. Si hago eso, tal vez mi vida cambie v encuentre la felicidad. La realidad. Mi verdadero error fue separarme de ti. Mira, te atravesaré con la mano. -Le apoyó la mano en el brazo. La presión de los músculos de él era fuerte; ella sintió el peso, la presencia física de él contra ella .- ¿Ves? -dijo él-. Pasa a través de

-Y todo esto -dijo ella- porque mataste

un pájaro cuando eras niño.

-No -dijo él-, todo esto porque hubo una falla en el mecanismo regulador de temperatura a bordo de la nave. No he alcanzado la temperatura adecuada. En mis células cerebrales queda calor suficiente para permitir actividad cerebral. -Se incorporó, se desperezó, le sonrió. - ¿Vamos a cenar? - pregun-

Lo siento dijo ella. No tengo hambre. -Yo sí. Iré a cenar algunos mariscos locales. El folleto dice que son exquisitos. Ven conmigo, de todos modos. Tal vez cuando veas y huelas la comida cambies de pare-

Martine recogió el abrigo y la cartera, y lo ma de propulsión totalmente nuevo

acompañó.

-Este es un hermoso planeta -dijo Victor-. Lo he explorado muchisimas veces. Lo conozco al dedillo. Deberiamos pasar por latain farmacia para comprar desinfectante, sin em q 19 bargo. Para mi mano. Está empezando an lo hincharse y me duele como el demonio. Le ov mostró la mano.— Esta vez duele más que nunca antes.

-¿Quieres que vuelva a ti? -dijo Martine.

-¿Hablas en serio?

—Ší —dijo ella—. Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Tienes razón. Nunca debimos separarnos.

—El póster está rasgado —dijo Victor Kemmings.

-¿Qué? -dijo ella.

Debimos haberlo enmarcado —dijo él—. No tuvimos la sensatez de cuidarlo. Ahora está rasgado. Y el artista está muerto.

Título del original en inglés: Frozen Journey. © 1980 by Playboy.

Traducción de Carlos Gardini. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave,



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahieasoman

EL DEMONIO DE LOS HIELOS

Resumen de lo publicado:

El francés Jerome Plumier ha presenciado una cadena de misterios: en los mares del Norte, un barco clavado en la cima de un glaciar con toda la tripulación congelada; en el laboratorio de su to, el inventor L.-F. Chapoutier (que, según le informan, acaba de ser enterrado en el cementerio local), una máquina erizada de caños cubiertos de hielo, y extraños animales conservados en formol. Los periódicos hablan de choques de barcos contra icebergs, y J. Plumier se une a una expedición científica que zarpa hacia el sitio del misterio. Al llegar, el barco se hunde con toda la tripulación. J. Plumier despierta en un camarote, ante la mirada de L.-F. Chapoutier, el tó inventor que creía muerto. Chapoutier le explica todo: el muerto es un doble que dejó en su lugar, y están dentro de un iceberg artificial, creado alrededor de un tubo metálico enfriado por máquinas como la de su laboratorio de París; en esa fortaleza, con un socio loco, Carlo Gelati, prueba, hundiendo barcos, potentes armas que ha inventado, mientras planea minuciosamente la destrucción de la raza humana...



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







¿Hacer fuego? Imposible. Los cañones han sido inutilizados por una escuadra de buzos, munidos de escafandras.



PLACODISE IDESTRUYAN-LOS A TODOS

¿Sacar al Placodus de su hangar? Poco probable. Las puertas de salida han sido bloqueadas...

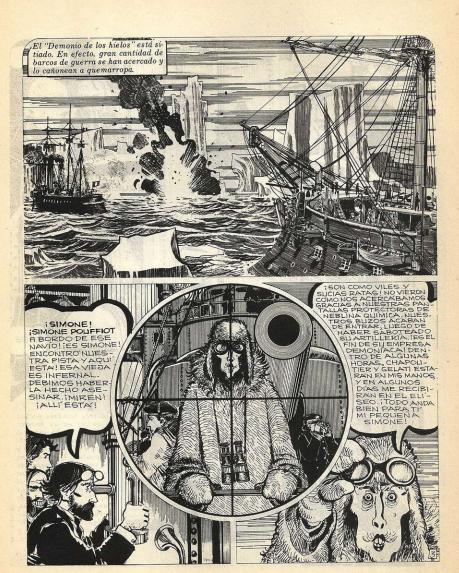




La entrada de agua es importante. Los niveles inferiores a la brecha están inundados... ¡El iceberg se hunde!



120/ELPÉNDULO 10



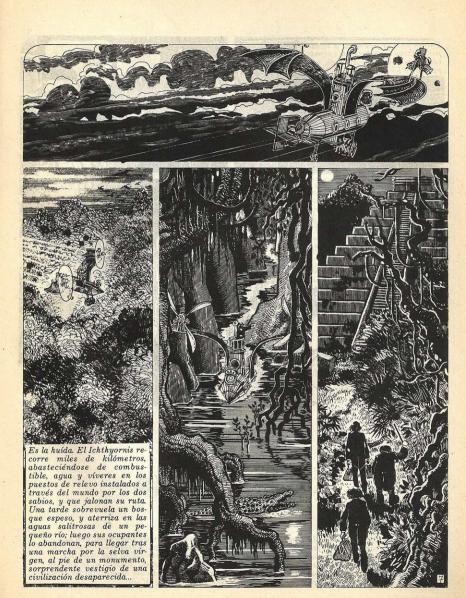


122/ELPÉNDULO 10





124/EL PENDULO 10
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





¡Y bien! Luois-Ferdinand Chapoutier, Carlo Gelati y Jerome Plumier han encontrado un escondite secreto en el corazón de la selva amazónica. Ahí traman proyectos monstruosos con toda tranquilidad. En suma, los malos triunfan. Pero estemos tranquilidos: esta clase de individuos no existe, ni existirá jamás, y tales inventos son irrealizables. Además, el hombre se empeña en poner sus conocimientos y la ciencia al servicio del bien. Desde luego, no sería capaz de emplearlos con fines destructivos. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jal...

126/ELPÉNDULO 10

Estimado Sr. Souto:

Aunque todavía no me he repuesto de la emoción experimentada por la publicación de mi carta en El Péndulo Nº 7, vuelvo a la carga, esta vez rompiendo un pacto formulado internamente: comentar los diez primeros números de la revista. Pero mi ansiedad pudo más. Y para colmo ahora estoy cebado; ya no sólo escribo en función de un aporte evaluativo: quisiera que publicaran esta carta...

Sr. Souto: tal vez mi sistema le resulte anticuado, pero supongo que no se enojará si elijo los diez mejores relatos aparecidos en su revista. Si muchos lectores se animaran a un juego semejante, se podría montar algo así como una encuesta espontánea. Y prohablemente esa predilección daría pistas de ciertas preferencias por parte de los lectores. A la luz de cierta experiencia parece un método más idóneo que el pedido liso y llano (¿por qué será que algunos lectores insisten en la solicitud de ver en la revista a las vieias momias del género como Asimov, Anderson, van Vogt?).

He aquí mis diez mejores: "Casablanca" (Disch), "El camino más recto" (Lafferty), "El lugar" (Levrero), "De todas las (Plauger), "En una tierra de colores claros" (Sheckley), "El eslabón vulnerable" (Sheldon), "Bajo la Vieja Tierra" y "Azul pensar, hasta dos contar" (Smith), "Un objeto bello" (Spinrad) y "Un platillo de soledad" (Sturgeon). Como se desprende de la lista, el orden es alfabético; no trato de establecer primero o décimo. Apenas me atrevo a destacar el de Sheckley. E inmediatamente a arrepentirme por haber dejado afuera "Primeras armas" (Gorodischer), "Por fin" (Ferrari), "Remonta la marea de la muerte" (Lupoff)... ¡Y pensar que en este último caso, aburrido por los baldes de melanina de "Tras la Era del Sueño" casi no lo leo! Tampo-



co me parece justo segregar casi todos los relatos de argentinos y uruguayos luego de la ferviente apología de mi carta anterior, pero en rigor de la coherencia, arriba quedaron consignados mis diez y no los cambio.

Y aquí los fundamentos de la elección:

"Casablanca" es un terrible, descarnado relato. Pocas veces los anglosajones acceden a abrirse en canal ante las cámaras. En estos momentos particularmente dolorosos para los argentinos, cuando las diferencias entre el mundo "desarrollado" y la "indiada" se ponen en evidencia, cobra relieve el caso límite de los Richmond. Y supongo que me recordó a El pasajero, de Antonioni, no sólo por una cuestión de ambientación.

"El camino más recto" es uno de los cuentos más delirantes del delirante Lafferty. apenas superado por "El aqujero de la esquina" y "En nuestra manzana" (aunque creo que si me dedicara a revisar las Antologías Acervo, Universo o Nueva Dimensión podría encontrar otros de nivel semejante). Ignoro si Rainbird existió realmente o no; lo ideal hubiera sido que sí. La idea del viaje temporal para cambiar el propio pasado es usada por Bester en "Los hombres que mataron' a Mahoma" (pero Henry Hassel lo ignoraba) sin que eso desmerezca para nada a Lafferty. Creo que a los que critican la repetición de autores habría que repetirles el viejito de lowa por lo menos cada dos números.

No voy a reiterar mi opinión con relación al trabajo de Levrero. La "casualidad" que entre mis diez esté el relato más extenso de los escritos originalmente en castellano no me inducirá a incurrir en el lugar común de pedir muestras más ambiciosas de Gardini, Ramos Signes, Gaut vel Hartman, Souto, Gandolfo, Díaz y los ióvenes desconocidos (porque deseo eludir la respuesta: "...no hay; si tuviéramos..."). Pero sigo esperando el milagro; especialmente ahora que estamos tan enojados con los anglosaiones.

"De todas las edades" pertenece a un autor (para mi desconocido) del que sería justo mostrar otras obras. Ya sé que el de EP 1 se parece un poco a "Hola y adiós", de Bradbury (como bien señala Manuel Casavalle en EP 2), pero eso no invalida la magia triste que emana de esta niña-milenaria, condenada a permanecer en las sombras para protegerse de la codicia que despierta el secreto supremo: la inmortali-

dad.
El de Sheckley supera todo lo que podía esperarse de este autor, habitualmente un irónico narrador, cuando no un despiadado descubridor de la violencia de la sociedad de consumo ("El precio del peligro", "La séptima víctima", "Algo por nada"). El clima poético de "En una tierra de colores claros", sencillamente me deslumbró; y no creo que sea necesario abundar en detalles.

Leí "El eslabón vulnerable" por segunda vez en EP ya que anteriormente había aparecido en Nueva Dimensión (es curioso que aunque el título original es "The Screwfly Solution" ambos traductores hayan prácticamente coincidido: en ND es "El eslabón más débil"). Aquí parece que no obtendré ninguna adhesión de otros lectores; todos cuantos me hablaron de este cuento fue para defe-

nestrarlo o encontrarle defectos. A mí me pareció una de las invasiones más sutiles que puedan hallarse en el género.

Los dos de Cordwainer Smith no necesitan explicación o justificación. Por fortuna el circulo se cierra (y desafortunadamente el ciclo se termina v no lo tenemos a Paul Linebarder para redondear la saga con nuevos relatos). ¿Y si EP publicara a Capanna el libro que escribió acerca de Smith? Un trabajo que ordenara las historias de los Señores de la Instrumentalidad, el Subpueblo y todas esas maravillosas criaturas sería sin dudas bien recibido por los lectores solons so

Como noto que mi carta se alarga mexcesivamente. concluiré con Spinrad y Sturgeon. De éste (mi autor favorito) temo hablar sin caer en la obsecuencia. Y eso que "Un platillo de soledad' no pertenece al grupo de relatos superlativos del gran Ted Spinrad se me antoja un escritor irregular: "En el ojo de la tormenta" es en mi opinión el peor relato publicado por EP en toda su historia (necesitaria otra carta -aunque más breve que ésta-para los cinco peores). Y "Un objeto bello" es magnifico: un poco otra faceta de la vivisección de la civilización anglosajona que marcara con respecto al de Disch, esta vez desde la óptica oriental. Claro que tal vez puedan rectificar el rumbo; la existencia de escritores que ven las taras parece un hecho auspicioso onez "zo isla

Y fin Gracias por esta revista maravillosa e aspouds chase

ringerial diagon vulnerable" latiqada vez en EP ya que

Nos interesaria publicar más opiniones sobre los diez núme ros de EP. Que gasto que no gusto y lor que no las cartas nava asocious i a cartas nava asocious i a

Querido Marcialas asm nodala

Gracias popila sorpresab Yogracias lambien de parte deb Cremaschi, Giútarin Pandoffi por haberles encontrado llugar en una vidriera de lo fantástico

tan hermosa como El Péndulo. Yo no sé si alquien ya se ha dado cuenta, pero estás haciendo para la narrativa italiana lo que ninguna publicación argentina había logrado antes: explorarla, descubrirla, interpretarla: en dos palabras. hacerla conocer. Todo esto. sin quitarle lugar a los "clásicos" de siempre: y, por encima de todo, abriendo espacio a los mejores talentos latinoamericanos. No exagero si te digo que El Péndulo es un verdadero ejemplo para la ciencia ficción italiana, al gestarse en estas semanas una publicación hermana que será dirigida por Lino Aldani y llevará el inevitable título de Futuro. La selección de tus autores y los enfoques críticos de tu equipos nos despejan el camino para asegurar una adecuada representación de la literatura fantástica argentina y latinoamericana: te saquearemos sin piedad. Y unas cuantas oscilaciones del Péndulo las tendrán también los lectores italianos. quienes ya se las esperan por haber leido en la Enciclopedia della Fantascienza lo que es El Péndulo: sin lugar a dudas, una de las mejores publicaciones profesionales de narrativa fantástica en el nivel mundial.

Claudio Ferrari Milán, Italia

Que nos llamen "un verdadero ejemplo" desde la tierra de Dante nos cubre de orgulio y de responsabilidades. Fututo: los que van à ser saqueados te saludan. Mucha suerte.

Estimado Marcial o ratinocone si

cen mi carta publicada en ele

Nº 8 dije que estaba por naceri
un "fanzine", o sea, una revistapensada prescrita y seguraimente sostenida económicaimente (a pura pérdida) por afiascionados) Esentianzine"s tienes
nombre: Sinergia; tiene elemanterial seleccionados para ele

Nº 1 sopiensa estar en la calle e
cen primaveral (pude decir que
plarecria len primaveral pero
me pareció un poco cursi): tal

vez a fines de setiembre o principios de octubre. A modo de primicia diré que estará Mario Levrero con el relato que él mismo menciona en la nota de El Péndulo Nº 6: "Siukville" También Carlos Gardini tiene un lugar reservado con "Blitzkrieg", un cuento muy diferente del que se publicara en El Péndulo Nº 5: "Fases". Tenemos no menos de dos descubrimientos: "Mano en el desierto". de Raúl Alzogaray v "El negro". de Fernando Morales. Un cuento inédito en casteliano de Sturgeon, uno o dos relatos más (depende del espacio) y (no se iban a salvar) uno mío: "El juntador". Hemos contratado a interesantes ilustradores y estamos torturando a Pablo Capanna para que introduzca el relato de Sturgeon con una nota de elevadisimo nivel. Y aunque les parezca increíble, ya tenemos idea de que en Sinergia Nº 2 estarán Angélica Gorodischer, Elvio Gandolfo y otro par de descubrimientos ¿Qué tal?

Como bien pueden deducir (no hace falta ser un Holmes). necesitamos apoyo. Y lo voy a decir sin pudor, ese apovo puede ser económico. Aceptaremos pagos adelantados, donaciones, publicidad y hasta suscripciones (un modo tan efectivo como cualquier otro para obligarnos a seguir adelante). No estamos delirando. y Sinergia puede llegar a ser un modo de expresión genúino para la literatura fantástica nacional. Todo depende de los lectores aunque no tengo dudas de que llevaremos el asunto hasta fas últimas consecuenclas, inclusive si la tenemos que vender casa por casa, como los cepillos de las histo-b ente a arrepentirme por hazateira

ord Asi que les acabo de crear segundo compromiso (esa primero es el Círculo). Espero, respuéstadoqu.) "el neum al eb e

Sergio Gaut ver Hartmanans Stavda: Puleyrredon 95 tip 7 Da. 19 aup les trigs? Capital Federala 19 aup les trigs? Capital Federala 19 aup les trigs? World 19 august 19

ELPÉNDUUO 109 13

GUIA

magia y las tablas desnudas". de Brian W. Aldiss, lúcida autobiografia de uno de los más talento sos escritores de hoy.

Philip K. Dick, reflexiones sobreverdadero y lo false en el unive

números de la más recordada re

· "Hombre, androide, máquina"

de ciencia ficción.

SU CONTACTO CON LOS **FACTORES**

Director Editorial Andrés Cascioli 30

Jefe de Redacción Marcial Sout STOO

ráfico Sergio Pérez Fernández Gandolfo . Anibal M. Vinelli . Pablo Capann

* Sergio Gaut vel Hartman * Fati * Kike Sanzol los Nine * Izquierdo Brown * Sanyū Bancode datos para la función ejecutiva

composición del Gobierno Nacional. 2019 otrodi Gobiernos Provinciales Múnicipios 1 . Vilentia

Fuerzas Armadas, no que a su a la valenta de la valenta de

Empresas del Estado. Empresas Eideres, larena Onòiser

Bancos, Financieras, Seguros Social Social Seguros Consultorías, Cámaras y Asociaciones,

Agencias de Publicidad.

Medios Gráficos, Radios y Televisoras

STAFF completos, directiones y objects lis reléfonos.

Director de Ventas Rubén Alpellani

SENIOR Ortila

mado Computorms S.A. EDITORIAL SENIOR S.A.

Tarita Redu

EL PÉNDULO Nº 10 OSIA. ERE RAGINA JAlitada por Ediciones de la Urraca-S.A. Capital Federal: Machi y Cia, Distribuidores en el interior: SADVES A.C.I.F. Belgrano 355. lores en el Exterior. Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504, Director:

TE

- "El dueño del desierto", de Rogelio Ramos Signes, crónica de un inmenso viaje por las soledades de la mente.
- "Octavio, el invasor", de Ana María Shúa, último episodio de una milena-
- "El caso Rautavaara", de Philip K.
 "El caso Rautavaara", de Philip K.
 Dick, sobre los terrores del espacio, la
 tecnología y la (inevitable) falta de comunicación entre distintas formas de
 inteligencia.
- "Sobre las rocas", de Elvio E. Gandolfo: las imágenes del mundo que pasa por delante de una cámara fija.
- "La magia y las tablas desnudas", de Brian W. Aldiss, lúcida autobiografía de uno de los más talentosos escritores de hoy.

EN PROXIMOS NUMEROS

- "Una flor lenta", de Raúl Alzogaray, fragmento del diario de la vida en el jardín.
- "La ciencia ficción y la señora Brown", de Ursula K. Le Guin, sobre la dificultad de crear personajes recordables dentro y fuera del género.
- "Más allá: Los prestigios de un mito", de Pablo Capanna, nostálgico (y crítico) repaso de los cuarenta y ocho números de la más recordada revista de ciencia ficción.
- "Hombre, androide, máquina", de Philip K. Dick, reflexiones sobre lo verdadero y lo falso en el universo, y sobre los inmensos cambios que anuncian la vuelta de la primavera.

EQUIPO

Director Editorial Andrés Cascioli

Jefe de Redacción Marcial Souto

Diseño Gráfico Sergio Pérez Fernández

Colaboran en este número Elvio E. Gandolfo • Aníbal M. Vinelli • Pablo Capanna

Carlos Gardini • Raúl Alzogaray • Sergio Gaut vel Hartman • Fati • Kike Sanzol

Grondona White • Carlos Nine • Izquierdo Brown • Sanyú

Producción Gráfica Carlos Alberto Pérez Larrea • Fabián Di Matteo

Alejandro Turiansky • Fernando Brenner

Laboratorio Eduardo Barrera • Miriam Varela • Laura Porcel de Peralta

Coordinación General Juan Zahlut

Secretaria General Nora Bonis

Publicidad Carola de la Fuente • Oscar Deutsch

Corrección Elvira Ibargüen • Eduardo Mileo • Emma Vázquez • Cristina Rotania

Director Comercial Ricardo Portal

Director de Ventas Rubén Alpellani

Gerente Administrativo Jorge Antonio Orfila

Fotocomposición y armado Compuforms S.A.

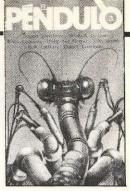
EL PÉNDULO N° 10 - Segunda Época - Revista mensual. Editada por Ediciones de la Urraca S.A. Redacción y Administración: Salta 258 (1074) Capital. Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual I1032. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F. Belgrano 355, Capital. Distribuidores en el Exterior: Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504. Director: Andrés Cascioli.

Franqueo a pagar
822
Tarifa Reducida
3672
Franqueo Pagado
4052

Impreso en Talleres Gráficos Cielosur Agesto 1982 Republica Argentina













Los números atrasados de **EL PÉNDULO** se consiguen en todas las buenas librerías

Distribución exclusiva

S EDITORIAL SUDAMERICANA

Humberto I, 545 Teléfonos 362-1222/1332/1616/1467

